

SÁTIRAS DE JUVENAL



SÁTIRA PRIMERA.

POR QUÉ JUVENAL ESCRIBE SÁTIRAS.

ARGUMENTO.—Esta sátira es una exposición de los motivos que impulsan á Juvenal para escribir, á saber: los vicios, escándalos y maldades de la sociedad romana, que enumerados aquí rápidamente, servirán luego de asunto particular á las siguientes. La importunidad de los poetas, la insolencia de los que se han enriquecido por medios ilícitos, la funesta preponderancia de los delatores, el lujo, la codicia, los numerosos crímenes, la corrupción espantosa que domina en todas las clases; tales son esos motivos, y por cierto expuestos con tan admirable gradación, que comenzando el poeta por actos meramente ridículos, concluye por espantosos delitos, que encienden su cólera; y ésta, dice, á falta de ingenio, hará las veces de la inspiración. Una duda le asalta: ¿podrá él llevar á feliz término tal empresa careciendo de talento y sobre todo de la libertad que en otros tiempos se disfrutaba? Propónese, pues, sólo hablar de los muertos; pero fácilmente se comprende que esta precaución es inútil: sus acerados dardos se dirigen contra los vivos. El estilo de esta sátira, obra de la indignación, es vivo, animado, más oratorio que poético. Las imágenes suceden á las imágenes, las acusaciones á las acusaciones, y bien se ve que no es fingida la ira que le producen los escándalos que enumera.

Casi todos los comentaristas convienen en que esta sátira debió escribirse en tiempo de Domiciano, el cual hacía pesar sobre Roma la más espantosa tiranía, y la había cubierto de espías y delatores; época en que dominaba por doquiera el vicio y el crimen y estaba proscrita, según Tácito, la libertad, no ya de hablar, sino de oír (Agrícola, c. II). Esto indican también las frases del poeta al recordar la antigua libertad, *cuyò nombre no se atreve á pronunciar.*

¿Siempre he de ser oyente? ¿Atormentarme
 Codro (1) con su Teséida cada día
 Podrá y no he de vengarme?
 ¿Impune un drama éste, una elegía
 Aquél me habrá de recitar? ¿Impune
 Me aburrirá Telefo, interminable
 Ú Orestes, no acabado, y cuyo verso
 Inmenso libro llena, sin que inmune
 Haya quedado margen ni reverso? (2).
 Su hogar ningún romano
 Conoce, como el bosque de Quirino (3)

(1) Codro, poeta obscuro, autor de un poema ó tragedia intitulada *Theséida*. Habla de él Juvenal también en la sátira tercera.

(2) Los Romanos solían escribir una sola de las caras del papiro ó pergamino. Para ponderar el poeta la extensión inconmensurable de la tragedia Orestes, dice que estaba escrita en un gran libro, ocupando las márgenes y el reverso sin hallarse concluida.

(3) Aludé á las fábulas sobre el origen de Roma, á las de los Cíclopes y Vulcano, y en general á todas las que constituían el asunto favorito de los poetas. Muchos interpretan este pasaje en un sentido literal y como si Juvenal dijera: «Nadie mejor que yo podría alcanzar fama escribiendo sobre las materias en que se ejercitan todos los poetas, pues conozco mejor que ellos estos lugares comunes.» Para admitir tal interpretación sería preciso suponer en Juvenal una presunción y confianza de su propio mérito insoportables, pues que se refiere no sólo á los malos, sino á los buenos poetas:

Expectes eadem á summo minimoque poeta.

Parece, pues, que el sentido es éste: «Yo también, que conozco esas fábulas como cualquier otro poeta, podría alcanzar fama describiéndolas en mis versos: yo también, que he practicado los preceptos de los retóricos, podría ejercitarme en las pueriles declamaciones de la escuela; pero no; otra tarea más útil y noble reclama hoy los esfuerzos del poeta, y es la corrección de los vicios por medio de la sátira.» Los que llaman á Juvenal un declamador, atrabiliario en la forma é indiferente en el fondo,

Conozco yo, y el antro de Vuleano,
 A las rocas élicas vecino.
 Los plátanos de Fronto (1), las columnas
 Con la frecuencia de lectores rotas,
 Y los convulsos mármoles, resuenan
 Sin cesar repitiendo cuanto estrago
 El Euro hiciera en las armadas flotas;
 Cómo en el negro lago
 A las dolientes sombras Eaco duro
 Con hórridos tormentos acóngoja;
 Por qué sitios Jasón halló camino
 Para lograr el áureo vellocino,
 Y cuantas lanzas el Centauro arroja,
 Del mayor y del mínimo poeta
 Lo mismo escucharás. También yo un día,
 Con la mano á la férula sujeta,
 A Sila aconsejé (2) que su tirano
 Poder por la apacible medianía
 Trocará del obscuro ciudadano.

Necia clemencia, pues, ya que los vates

harían bien en fijarse en este y otros pasajes, donde al par que muestra justa indignación y la mayor sinceridad de sentimientos pone de realce la elevada idea que tenía de la noble misión del poeta.

(1) Era Fronto un patricio, gran protector de literatos y poetas, que concurrían á su casa á leer sus obras. Acerca de las lecturas públicas es muy interesante el estudio de Mr. Nisard en su obra *Poètes latins de la décadence*, tomo I, capítulo que dedica á Stacio.

(2) En este pasaje, además de la idea principal, anteriormente indicada, se contiene una alusión, llena de la más fina ironía, á las estériles declamaciones de las escuelas, como aconsejar á Sila que deje la dictadura, pintar el paso de los Alpes por Anibal, etc. De estos ridículos ejercicios se burla también más adelante, y especialmente en la sátira décima.

Hierven, es perdonar el pergamino
 Destinado á morir. Mas ¿por qué intento
 Entrar en el camino
 Por do guió los rápidos corceles
 El alumno de Arunca (1) peregrino?
 ¡Oh mis amigos fieles!
 La razón escuchad, si os causa agrado
 Y el tiempo no os hostiga.

¿Cuando con torpes vínculos se liga
 Eunuco vil, ó al jabalí toscano
 Mevia (2), el carcax sobre el desnudo seno,
 Lanza el venablo con robusta mano;
 Cuando de orgullo y de riqueza lleno

(1) Lucilio, primer poeta satírico latino. Era natural de Suessa, ciudad de los Auruncos (hoy Sezza). De él dice Quintiliano: «*Eruditio in eo mira et libertas, atque inde acerbitas et abunde salis.*» Al juzgar á este poeta, Quintiliano se aparta de la opinión de sus admiradores, que le anteponian á los demás satíricos, y de la de Horacio, que si bien le llama agudo y chistoso, le acusa de desaliñado, y supone que el raudal de sus versos «arrastraba tal vez algo aceptable entre un torrente de cieno». El mismo Horacio dedica otra sátira entera, la décima del libro I, á la crítica de este poeta, acusándole de incorrección, dureza de estilo é infracción de las reglas. Sólo restan fragmentos de las 30 sátiras que escribió. En ellos se notan los defectos de improvisación que le atribuía Horacio, pero también se observa la energía y originalidad que debió servir de fundamento á las alabanzas de Quintiliano, Cicerón y Juvenal, así como al entusiasmo de sus admiradores. Rayaba éste en delirio, si hemos de creer á unos versos de autor antiguo, que preceden en algunos manuscritos á la mencionada sátira décima de Horacio. Quien quiera formar un juicio completo de los defectos de Lucilio, debe leer dicha sátira, donde están aquéllos magistralmente expuestos, junto con importantes preceptos acerca de este difícil género literario.

(2) Alude á la desvergüenza de las damas romanas que en tiempo de Domiciano descendían al circo para tomar parte en ejercicios gimnásticos y luchas, vestidas á la manera de las amazonas.

Con su lujo al patricio desafia
 El que mi barba rasuraba un día;
 Cuando Crispino (1), de la egipcia plebe
 Escoria, siervo despreciable, ahora
 Con la púrpura tiria se decora
 Y ciñe en el verano.
 Al sudoroso dedo anillo leve,
 Pues otro más pesado le molesta,
 Sátiras no escribir será posible?
 ¿Quién sufre ya impasible
 Ciudad tan corrompida como ésta?
 ¿Quién, aunque fuera un bronce, no arde en ira,
 Cuando á Mathón el leguleyo mira
 Conducido en su espléndida litera
 Llena sólo con él, ó cuando pasa
 En pos el delator y vil testigo (2)
 Contra el ilustre amigo,
 A quien robó de su fortuna escasa
 El resto? ¿Ese á quien Caro lisonjea
 Con dones, teme Masa
 Y el cobarde Latino se granjea
 Su Timele cediéndole? ¿Quién puede
 Soportar con paciencia
 Que el sucesor desheredado quedo,

(1) Parece que éste era un favorito de Domiciano, el cual le colmó de honores y riquezas. Probablemente es el mismo á quien alabó bajamente Marcial en estos versos:

*Sis placitum videas semper, Crispine, tonantem
 Nes te Roma minus quam tua Memphis amet.*

(2) Alude probablemente á M. Atilio Régulo, famoso delator del tiempo de Domiciano, y tan temible, que hasta á los delatores mismos, como Massa y Caro, causaba pavor. Habla de él Plinio el joven, epíst. II.

Y se alce con la herencia
 Quién, cómplice del vicio, halló seguro
 Medio para ganarse un codicilo
 De rica vieja en el amor impuro.
 Sólo una parte á Proculeyo; á Gilo
 Las otras once; cada cual alcanza
 Merced proporcionada á su privanza.
 Reciban ambos, pues, ese vil oro
 Que es precio de su sangre, y palidezcan
 Como el que acude al lugdunense foro (1)
 A hablar, ó el que clavado el diente agudo
 Siente del áspid en el pie desnudo.

¿Cómo queréis que el hígado no inflame
 Ver que obstruyendo al pueblo numeroso
 Con su séquito el paso, va orgulloso
 Este ladrón y corruptor infame
 Del huérfano, ó aquel que la condena
 Sufrió dictada por el Juez severo?
 ¡Poco le importa la infamante pena
 Si salvar ha logrado su dinero!

El desterrado Mario (2) goza y bebe

(1) Unas frases de Suetonio explican este verso. Hablando de Calígula, dice: «Estableció en Lyon certámenes de elocuencia griega y latina, en los cuales, según se dice, los vencidos debían llevar el premio á los vencedores y cantar sus alabanzas. Los autores de las composiciones peores debían borrarlas con una esponja ó con la lengua, si no preferían ser azotados ó arrojados al Ródano. *Calígula*, 20. Aunque el hecho sea dudoso, la frase *pávido como el que acude al foro lugdunense*, había llegado tal vez á ser proverbial.

(2) Mario Prisco, distinto del famoso adversario de Sila, fué condenado por las rapiñas que había cometido en Africa siendo procónsul; pero la provincia no fué reembolsada, lo cual explica el *victrix ploras*.

Desde la octava hora
Sin temor á los dioses, y entretanto
Tú gimes ¡oh provincia vencedora!
¿Y dignos de la sátira horaciana
No serán estos crímenes perversos?
¿Y no he de castigarlos con mis versos?
¿A qué cantar el celebrado lauro
De Alcides ó Diomedes,
Ó el mugir del cretense Minotauro,
Ó el loco joven en el mar caído,
Ó el volador artífice (1), hoy que hereda,
Ya que la ley á su mujer lo veda (2),
El caudal del adúltero el marido,
Diestro en mirár al techo (3),
Diestro en roncar al lado del triclinio
Con la experta nariz puesta en acecho?
¿Hoy que de una cohorte aspira al mando
Aquel á quien un día vió el flaminio
Campo en quadriga rápida cruzando
Y, en caballos su herencia disipada,
Ya la indigencia y sus horrores prueba,
El carro, nuevo Automeción (4) guiando
De Nerón y su impúdica manceba?

(1) Déjalo. padre de Ícaro.

(2) Según Suetonio, Domiciano privó del derecho de suceder por herencia á las mujeres que cometían adulterio. A esta disposición se refiere Juvenal.

(3) Alude, según Dusaulx, á un Sulpicio Galba, que solía quedarse dormido al acabar la comida, para no presenciar la liviana conducta de su mujer, cortejada por Mecenas; y queriendo un esclavo aprovecharse de la ocasión para probar el vino de Falerno, le gritó: *¡Heu puer! non omnibus dormio.*

(4) Según Turnebo se refiere á Fusco, auriga de Nerón y hecho prefecto del pretorio por Domiciano.

¡Y nunca habrá de serme permitido
 Decir esto en voz alta, cuando veo
 En hombros de seis siervos conducido,
 Y en actitud tan muelle y altanera
 Cual si fuese un Mecenas, al falsario
 A quien húmedo sello y tabla exigua
 Convirtieron de pronto en millonario?
 Contemplad la matrona (1)
 Que al sediento marido da el veneno
 Mezclado con suavísimo caleno,
 Y á inexpertas amigas alecciona
 Aun mejor que Locusta (2), porque vean
 De qué modo tan fácil é ingenioso,
 Entre el rumor del pueblo y sorda ira,
 Puede enviarse el cuerpo del espose,
 Lívido y negro, á la funérea pira.

Atrévase á cualquier delito digno
 De la estrecha Gyara (3) ó las prisiones
 Quien ser temido y respetado quiere.
 Se alaba á la honradez, mas de hambre muere!
 Y en tanto el crimen para sí arrebatá
 Ebúrneas mesas, huertos, posesiones,
 Antiguos vasos, cincelada plata.

(1) Refiérese tal vez á Agripina, mujer de Claudio, que dió muerte á éste con setas venenosas.

(2) Famosa envenenadora que, según Suetonio, suministró á Nerón el activo é instantáneo tósigo que dió muerte á Británico. Tácito, para expresar el papel que esta mujer criminal desempeñó con su infame arte en las cortes de Claudio y Nerón, dice que se la miraba como un instrumento para reinar, (*inter instrumenta regni habita*). Fué condenada á muerte por Galba.

(3) Pequeña isla perteneciente al grupo de las Spórades, lugar de destierro.

Mas ¿quién con justa cólera no estalla
 Si al suegro considera
 Vil corruptor de su avarienta nuera?
 ¿Quién ante infames matrimonios calla,
 Ó ante imberbes ya adúlteros? ¿Ingenio
 Falta? La indignación mis versos trace;
 Salgan de cualquier modo,
 Cual Cluvieno los hace (1)
 Como los hago yo. Motivo todo
 Cuanto hicieron los hombres, dé á mi libro;
 Ira, temor, anhelo,
 Gozo, placer, la intriga ó el recelo;
 En fin, cuanto ha ocurrido desde el día
 En que la mar, por el diluvio hinchada,
 De Deucalión la nave deponía
 En el monte, y fué Temis consultada,
 Y animó á blandas piedras lentamente
 De la vida el calor, y Pirra de ellas,
 Ante atónitos hombres, de repente
 Hizo surgir bellísimas doncellas.

¿Y cuándo de los vicios la abundancia
 Fué mayor? ¿Cuándo abierta
 A la avaricia fué más ancha puerta?

(1) La indignación que domina á Juvenal no le impide zaherir de paso, y por medio de un rasgo satírico, al mal poeta Cluvieno. Algunos encuentran de dudoso gusto este rasgo intercalado en un pasaje donde el autor aparece poseído de la más justa ira, deduciendo de aquí que ésta es fingida y pura declamación. Creemos que en descargo de Juvenal puede alegarse la brevedad misma de ese rasgo, que no parece incompatible con el estado de excitación del poeta, y que, por otra parte, brilla por su concisa energía.

Léase el original, y se verá que el *qualis ego vel Cluvienus*, produce por su misma concisión un efecto que no disuena ni desagradea en ese pasaje.

¿Cuándo del juego más la tiranía?
 Ya el bolsillo no basta; el arca toda,
 El heredado acervo,
 Al capricho del dado se confía.
 ¡Cuánta disputa cuando pone el siervo
 En la mesa las fichas! ¿Por ventura
 No es furor, no es locura
 Que cien sextercios juegues
 Aquí, y en tanto al aterido esclavo
 La ruin túnica niegues?
 ¿Quién, entre tus abuelas, tantas villas
 Erigió nunca, dí; y en las privadas
 Cenas cuál ostentó siete vajillas?

Ahora pequeña espórtula (1) á la entrada

(1) Según Suetonio, Ner. xvi, Nerón redujo los festines públicos que antes se daban al pueblo, á raciones que se distribuían en pequeñas cestas ó espórtulas, de donde vino á la ración misma el nombre de *espórtula*, que se distribuía á los clientes. Con este motivo Juvenal traza un animado cuadro de las relaciones que existían en su época entre patronos y clientes. Tanto unos como otros habían degenerado. En tiempos anteriores el patrono era el protector, el amigo del cliente, á quien consideraba como de su familia, y sus dones no humillaban á éste; mas ahora, de parte del señor no existe más que un refinado egoísmo, y el cliente á la vez ha perdido toda idea de decoro y de dignidad personal, acudiendo como un famélico para recibir, si es que lo logra, la miserable ración que se le arroja como una limosna. En la sátira quinta trata con más extensión este asunto, y en ella se acaba de revelar la profunda abyección á que había venido á parar la clase de los clientes. Vemos también que no sólo éstos, sino los individuos de la antigua nobleza, pretores, tribunos, tampoco se avergonzaban de acudir, para recibir su ración, á las casas de los patricios, mezclándose con ellos ricos libertos, que añadían á sus rentas los ingresos de la espórtula y hasta disputaban el puesto á los descendientes de Ascanio, considerándose por sus riquezas acreedores á ser preferidos. Unos y otros arrebatan las raciones, y entretanto el mísero cliente, el verdadero necesitado, espera en vano su turno, hasta que, cansado ya, tiene que retirarse.

Del vestibulo, espera
 Que la togada turba la arrebate.
 Mas no será sin que el custodio inquiera
 Tu rostro, recelando que cualquiera
 Con falso nombre de pedirle trate:
 Reconocido, la ración te entregan.
 Luego á la voz del pregonero llegan
 Los de troyana estirpe descendientes,
 Que también el dintel ellos oprimen
 Cual los pobres clientes.
 —Da primero al pretor, luego al tribuno;
 — Pero es que el libertino
 Antes que todos vino.
 —Soy primero, éste clama, que ninguno.
 ¿Qué temo? ¿Dudo en defender mi puesto?
 Nacer me vió el Eufrates; verdad; esto
 Aunque yo lo negara,
 Horadada mi oreja lo declara;
 Pero las Cinco Tiendas (1) me producen
 Cuatrocientos sextercios. ¿Qué nobleza
 Da la púrpura igual, cuando á Corvino
 Obliga la pobreza
 A guardar el ajeno
 Rebaño sobre el campo laurentino?
 ¡Más rico soy que Palas y Licino!

(1) *Las cinco tiendas*.—Bajo la frase *quinque tabernæ* se expresa el lugar del foro donde se reunían los banqueros y usureros para hacer sus negocios. «*Septem tabernæ, quæ tunc quinque et argentariæ, quæ nunc novem appellantur.*» Tito Livio. Parece, pues, que el pensamiento es éste: «Los negocios que yo hago en el foro me producen una renta de 40 sextercios; la cual me da derecho á ser incluido en la clase de los caballeros.» En efecto, una ley promulgada por Otón incluía en esta clase á todos los que pagaban la expresada renta.

Ceda, pues, el tribuno, venza el oro,
 Y ni ante honores sacros se someta
 Aquel que á Roma vino
 Con los desnudos pies llenos de creta (1).
 Pues cierto, cual deidad te veneramos,
 Oro funesto, en Roma, aunque no habitas
 Templos, ni altares en tu honor alzamos,
 Como la Paz y la Virtud lo tienen
 Y la Fe, la Victoria, la Concordia,
 Cuyo pórtico suena estremecido
 De las cigüeñas con el grito cuando
 Baten las alas al volver al nido (2).

Mas si el patricio mismo al fin del año
 Cuánto rindió la espórtula numera,
 Cuánto aumentó su haber, ¿qué hará el hambriento
 Que sólo de ella espera
 Toga y calzado y leña y alimento?
 Tras de los cien cuadrantes van volando
 Literas mil, y lánguida y enferma
 Ó en cinta sigue al cónyuge la esposa;
 Hay quien astuta estratagema usando,

(1) Alude á la costumbre de los Romanos de marcar con yeso ó creta los pies á los esclavos puestos en venta, estampando el sello de su dueño si pertenecían á un particular, ó el de la República si eran del Estado.

(2) Este verso ha dado mucho que decir á los comentaristas, llegando alguno hasta á afirmar que se refiere al lugar en donde el Senado solía reunirse, y que resonaba con el estrépito de los senadores. Grangeo llama á esto *meræ nugæ*. Sin entrar en inútiles investigaciones, parece que este verso debe traducirse así: «Y la Concordia (es decir, el templo) que resuena con el grito de las cigüeñas al saludar su nido.» La palabra *crepitare* no puede atribuirse más que á la cigüeña, de la cual también dice Ovidio: «*Crepitante ciconia rostro.*» (Metamorph. 6.)

Por la ausente mujer pide, mostrando
 Como si en ella fuera,
 La cerrada litera.

—Mi Gala es, dice; ¡á qué tanta demora?

¡Acaba!—¡Es Gala? Asume la cabeza.

—Déjala en paz, que está durmiendo ahora.

Ved en lo que éste tal consume el día.

La espórtula primero; luego al Foro

Do Apolo dicta fallos judiciales;

Después á las triunfales

Estatuas, donde osado é impudente,

No sé qué egipcio ó moro (1)

Con soberbia inscripción fijó la suya.

¡Monumento sagrado

Donde hasta el orinar es gran pecado!

Cansados ya los míseros clientes,

Y la esperanza de cenar perdida,

El atrio dejan ¡triste desengaño!

Si ha de comer el infeliz, es fuerza

Que afloje el bolso y compre leña y berza.

En tanto lo mejor de selva y mares

El rey de estos famélicos devora,

Entre desiertos lechos.

Antiguas mesas anchas, singulares

Por su fina labor, él atesora;

De tantas basta una

Para engullir él solo su fortuna.

(1) Créese que el poeta alude al favorito de Domiciano, Crispino, ya citado, hombre de infames costumbres, al cual pinta con tan negros colores en la sátira cuarta.

¡Cierto! Ya no hay parásitos. Mas ¡esta
 Avaricia funesta
 Del lujo, quién soporta? ¡Qué insaciable
 Gula es la tuya que hace que destines
 Entero un jabalí para ti solo,
 Cuando Natura misma dedicólo
 A ser manjar sobrado en los festines?
 Mas la pena no tarda,
 Hinchado el vientre, el traje desceñido,
 El aun no digerido
 Pavón al baño lleva,
 Y allí la muerte súbita le aguarda:
 De cena en cena corre ya la nueva
 Sin inspirar dolor. Pronto el cortejo
 Del intestado viejo
 Seguirán sus amigos, irritados
 Al verse de su herencia defraudados.

¡Qué infamias, qué maldades
 Inventarán mayores
 Que éstas que vemos hoy, nuevas edades?
 Igualarnos podrán, no ser peores;
 Llegó el vicio á su colmo. Desplegando
 Las velas, pues, tendámoslas al viento.
 Pero dices:—¡Ingenio y firme aliento
 Para tanto tendrás? ¡Dónde la antigua
 Sinceridad (el nombre
 ¡Ay! no oso pronunciar), aquella austera
 Virtud libre y severa,
 Que ante el crimen y el vicio enardecida
 Jamás calló médrosa ni oprimida?
 —¡Qué me importa si Mucio me aborrece

Ó no?—Está bien; mas pon á Tigelino (1),
 Y á un poste fijo y humo despidiendo,
 Como la tea lucirás ardiendo,]
 Y la espantosa pena
 Para cumplir, te llevará arrastrando
 El verdugo, y tu cuerpo irá dejando
 Sangriento sulco en la menuda arena.

¿Y qué? ¿Podrá el malvado
 Que con mortal acónito extinguiera
 La vida de sus deudos (2), ser llevado
 En la muelle litera
 Y despreciarme desde allí insolente?
 —Si con él te encontrases, sé prudente;
 ¡El dedo al labio, y calla! Ni aun exclames:
 «¡Es ese!», pues no creas
 Que aguarda más el delator artero.
 Cantar las glorias del piadoso Eneas
 Puedes seguro ó del Rutilo (3) fiero;
 En esto no vaciles,
 Que á nadie ofenderán ni el muerto Aquiles,
 Ni el joven Hylas, con afán buscado
 Y en las revueltas ondas sepultado.
 Cuando Lucilio, ardiendo en noble enojo,

(1) C. Fulanio Tigelino, natural de Agrigento y favorito de Nerón. Las palabras que siguen aluden á uno de los terribles suplicios decretados por este Emperador contra los cristianos: «*Et pereuntibus addita ludibria, ut ferarum tergis conteoti, laniatu canum interirent, aut crucibus affixi, aut flammandi, atque ubi defecisset dies in usum nocturni luminis urerentur.*» Tac. Ann. xv.

(2) Se refiere al mismo Tigelino, el cual dió muerte á sus tíos por medio del veneno, para obtener la herencia.

(3) Turno, capitán de los Rútulos, que pe'eó con Eneas.

Truena, y la pluma, cual desnudo acero,
Vibra sobre el malvado, éste el sonrojo
Siente de la vergüenza; con severo
Grito le hiela el corazón de espanto
Su conciencia agitada, y la secreta
Culpa le hacer sudar. La furia, el llanto,
Nacen de aquí. Tú piénsalo, medita,
Antes que la señal dé la trompeta,
Pues tarde se arrepiente
Quien ya contempla al adversario enfrente.

—Pues bien, indagaré hasta donde pueda
Llegar la pluma mía,
Y hablaré, ya que tanto no se veda,
De los que vueltos en ceniza fría
Ha mucho tiempo yacen
En la flaminia y la latina vía.

SÁTIRA SEGUNDA.

LOS HIPÓCRITAS.

ARGUMENTO.—En esta sátira flagela el poeta sin compasión á los que, aparentando una vida sujeta á los rígidos preceptos de la filosofía estoica, se entregaban secretamente á los más odiosos y repugnantes vicios. Introduce en ella á la cortesana Laronia, que dirige vivos apóstrofes á estos hipócritas, y combate la molicie de los jueces, las nupcias infames contra la naturaleza, la abyección á que habian venido á parar los patricios, concluyendo por una magnífica defensa de antiguas creencias, que, aunque adulteradas por el paganismo, conservaban todavía bastante viva la idea de la inmortalidad del alma y de la vida futura.

Más allá de la Scitia, ó la ribera
Del mar glacial me iria, cuando escriben
Centones de moral, y vida austera
De Curios (1) aparentan los que viven
En bacanal perpetua. Indocta gente,
Aunque con bustos de Crisipo exhiben
Lleno su hogar, pues solo es eminente

(1) Curio Dentato, celebrado por su frugalidad. Enviado éste como legado á los Samnitas, ellos trataron de atraerle á su causa corrompiéndole con una gran suma. Los que le llevaban el presente quedaron asombrados al verle sentado al fuego sobre un tosco banco y cenando en una escudilla de madera; pero creció su asombro cuando contestó, rechazando la oferta: «Id y decid á los Samnitas que M. Curio, más que ser rico, gusta de imperar sobre los ricos.» Val. Máximo, l. IV, c. III.

En su sentir quien de Pitaco alguna
 Efigie ó de Aristóteles ostente,
 Y haga que guarde sus armarios una
 Copia fiel de la imagen de (1) Cleantes;
 Mas no deis á su rostro fe ninguna.

¿En qué barrio de Roma estos farsantes,
 De austera faz, ansiosos de placeres,
 No hierven ya? ¿Mil vicios repugnanites

Cual rígido censor condenar quieres
 Tú, que aún en la socrática ralea (2),
 Sentina inmunda de torpezas eres?

De tus miembros la traza gigantea
 Y los cerdosos brazos son señales
 De varonil vigor; mas cuando emplea

En tus carnes el hierro, juicios tales
 No forma el cirujano que la risa
 Suelta, al curar tus asquerosos males.

Breves palabras, expresión concisa,
 Más corto que las cejas el cabello (3),
 Tal es de todos hábito y divisa.

Peribonio es más franco. Si su sello
 En él deja cruelísima dolencia,
 Y su rostro y su andar son prueba de ello,

(1) *Crisipo.... Cleantes.*—Filósofos estoicos.

(2) *Socrática ralea.*—Algunos leen, en vez de *socráticos*, *sotádicos*, aludiendo á Sotades, poeta licencioso; pero la mayoría de los comentadores sostiene la palabra *socráticos*, fundándose, ó en las corrompidas costumbres que se atribuían á Sócrates, ó en que ciertos filósofos entregados al más infame libertinaje, profesaban las ideas de Sócrates y alababan, como éste, la honestidad de las costumbres.

(3) Los estoicos tenían por regla el cortarse el pelo hasta la raíz. Persio los llama *detonsa juventus*, y de aquí también el proverbio *crine stoicus*.

Impútollo del hado á la inclemencia.
 Su necesidad á compasión me mueve,
 Y excusa á su pecado es su demencia.
 Mas aquel que le increpa, que se atreve
 A censurarle con acento duro,
 Y de virtud hablando se conmueve,
 Y se revuelca en fango, de seguro
 Ese es mucho peor.—¡Sexto lascivo!
 Dice Varilo, ¿acaso tú más puro
 Eres que yo? Y si no, ¿con qué motivo
 Quieres que te respete? De atezado
 Nubio mófese el blanco, mire esquivo
 El gallardo mancebo al jorobado;
 Mas si los Gracos con fingido celo
 Execran el motín, ¿quién indignado
 No los escucha? ¿Quién no clama al cielo
 Y á la tierra y al mar, si recrimina
 Verres cual delincuente á un ladronzuelo,
 Milón á un homicida; si fulmina
 Clodio contra el adúltero la pena,
 Ó bien contra Cetego Catilina?
 ¿Si á Sila y á sus tablas se condena
 Por los fieros triunviros? (1). ¡Cosa rara!
 Así la ley que el adulterio enfrena (2),
 Y á Marte y Venus mismos espantara
 Por su severidad, restablecía

(1) Lépido, Antonio y Octavio. Juvenal los llama *discipuli tres*, por la proscripción que decretaron á imitación de Sila. Floro, lib. v, cap. iv, llama á dicha proscripción *Silana*.

(2) Se refiere á Domiciano y al incestuoso trato que sostuvo con su sobrina Julia. Mostró hacia ella frenética pasión y fué causa de su muerte, haciéndola abortar. (Suet. Domician. xxii.)

Adúltero cruel (1) que se manchara

Con torpe unión, mientras que Julia impía

En su seno, con filtro abominable,

La incestuosa prole disolvía.

¿No es justo que á esta hipócrita y culpable

• Raza de Escauros (2) mire con desprecio ·

El ser más ruin y con desdén les hable,

Y, castigando al par su orgullo necio,

En ellos clave el implacable diente?

Laronia bien mostró su menosprecio

A uno de éstos que alzaba eternamente

La voz, diciendo:— *¿En dónde estás ahora,*

Ley Julia? ¿Duermes?—Y ella sonriente:

—«¡Feliz tiempo, exclamó, que en ti atesora

Tan acabado y singular modelo

Contra la corrupción dominadora!

(1) Refiérese á la lex Julia, promulgada por Augusto contra los adúlteros y otras análogas. Dice que por su severidad eran tales, que espantarian á los mismos dioses, principalmente á Marte y á Venus, reos de adulterio. Este y otros numerosos pasajes demuestran la mala opinión que tenía Juvenal de los dioses paganos; y aun en las ocasiones en que habla de ellos seriamente, no deja de traslucirse su incredulidad respecto á la religión oficial. Sin embargo, cuando, prescindiendo de toda idea mitológica, habla de la Divinidad, sus acentos muestran la profunda convicción de su espíritu en cuanto á la existencia de Dios. Es lo mismo que vemos en Sócrates, Platón, Cicerón, Tácito y otros sabios del paganismo.

(2) M. Emilio Scauro, que intervino en la guerra de Yugurta, fué, según Salustio, «de ilustre familia, inquieto, deseoso del gobierno, riqueza y honras, aunque disimulaba con gran astucia sus vicios». *Bell. Jug.* Valerio Máximo le alaba por su virtud en varios lugares. El *fictos Scauros* de Juvenal parece indicar que éste se inclinaba más á la opinión del segundo que á la del primero, pues la frase tiene una significación análoga al *simulant Curios* del principio. En este sentido traducimos el presente pasaje, por más que también podría decirse *engañosos ó falaces Scauros*, es decir, gentes que, á imitación de Scauro, ocultan sus vicios para engañar mejor.

¡Tenga Roma pudor! ¡Cayó del cielo
 Otro nuevo Catón! Pero ¿qué tienda
 Te da el perfume para barba y pelo?
 No te avergüences, di dónde se venda.
 Mas puesto que citáis leyes violadas,
 ¿No es bueno que en primer lugar se atienda
 A la Escantinia? (1). Fija las miradas
 En los hombres. Incurren á menudo
 Éstos en mil acciones reprobadas;
 Pero les sirve el número de escudo,
 Y sus falanges ¡oh recurso diestro!
 Ampáranse detrás de la testudo.
 Concordia les da el vicio. ¿Tan siniestro,
 Tan vergonzoso ejemplo acaso ofrece
 Aqueste intolerable sexo nuestro?
 No Catula cual Hispio se envilece,
 Tedia ni Cluvia (2), y en nefando vicio
 Aquél con doble infamia palidece.
 ¿Usurpamos nosotras el oficio
 Del letrado en las causas? ¿Por ventura
 Aturdimos el foro en algún juicio?
 Tal vez alguna muestra su bravura
 En la lucha, y tal vez el pan moreno
 Del fuerte atleta con placer apura;

(1) La ley Escantinia, atribuída á Scantinio Aricino, castigaba los vicios contra la naturaleza, con graves penas. Más tarde se impuso la de muerte.

(2) *Catula*, *Tedia*, *Cluvia*.—Famosas cortesanas. De la primera habla Marcial en el siguiente epigrama:

*«Formosissima quæ fuere vel sunt,
 Sed vilissima quæ fuere vel sunt;
 O quam te fieri, Catulla vellem
 Formosam minus, magis pudicam.»*

Mas vosotros hiláis, el cesto lleno
 Mostrando, y ya acabada la tarea.
 El huso, á mano varonil ajeno,
 En vuestros dedos rápido voltea,
 Creciendo con la estambre delicada.
 No más destreza, Aracne, ni la aquea
 Penélope mostró; ni encadenada
 Por la esposa al asiento la combleza (1)
 Presenta una labor más acabada.
 ¿Por qué legó al liberto su riqueza
 Histro quieres saber, y por qué en vida
 Prueba á la esposa dió de su largueza?
 Su cámara nupcial vió envilecida
 Aquélla, y lo sufrió. Tú, sé callada
 Y obtendrás recompensa muy subida.
 Joyas vale el silencio. ¡Y despiadada
 Sentencia luego á la mujer condena!
 ¡Del cuervo la censura se apiada,
 A la paloma hieren!»—Mientras llena
 De indignación Laronia así decía,
 La turba aquella, hipócrita y obscena,
 Confusa huyó. Mas ella ¿en qué mentía?
 Si con toga sutil de seda y oro
 Te ve, Crético, el pueblo cada día
 Juzgar á meretrices en el foro,
 Otros, ¿que harán? ¿Adúltera es Labula?
 Pague con el castigo tal desdoro;

(1) *Combleza*.—Péllex era la esclava adúltera á quien la esposa, irritada por los celos, hace hilar todo el día, dándola mal trato y obligándola á estar sentada sujeta en un banco. El original dice:

«*Horrida, quale facit, residens in codice, Pellex.*»

Mas nó usa toga igual.—Si me atribula
 El calor, si me abraso.—Ve desnudo,
 Que es torpeza que más se disimula.
 ¡Buen traje, si volviendo del sañudo
 Combate herido y vencedor, te viera
 Juzgar el pueblo antiguo, sobrio y rudo,
 Ó si depuesto el azadón te oyera!
 Al ver así vestido muellemente,
 No ya á un juez, á un testigo, ¿qué dijera?
 —«¡Tú, defensor acérrimo y ardiente
 Del pudor, y esa seda te engalana?
 Te corrompió el ejemplo, y fijamente
 A otros también corromperás mañana,
 Cual un cerdo su lepra á todos pega,
 Cual su humor la podrida á la uva sana,
 Cual su sarna al rebaño una borrega.»—
 Mas serás aun peor, que de repente
 Nadie á la sima de los vicios llega.
 Ya poco á poco te atraerá la gente (1),
 Que con collares la garganta cubre
 En reuniones secretas, que la frente
 Bajo las luengas ínfulas encubre,
 Y con gran vaso aplaca á la furiosa
 Maia y de tierna cërda con la ubre.
 No entran hembras allí. Si tocar osa
 Una el umbral, le cierran el camino.
 ¡Sólo á los hombres muéstrase la Diosa!

(1) Habla de los sacerdotes de Minerva que el emperador Domiciano había establecido en el monte Albano. Celebraban también los misterios de la Buena diosa (Ceres ó Maia), y de sus reuniones secretas eran excluidas las mujeres. Macrobio (*Saturn.*, lib. I, cap. XII) cuenta el sacrificio que hacían.

—¡Fuera profanas! Soplo femenino,
Gritan, jamás aquí la flauta hincherà. —
Tal las nocturnas fiestas imagino,
Donde en báquica danza, placentera
Turba de Baptas (1) salta, fatigando
A la impúdica diosa que venera.

A éste verás sus cejas dilatando
Con curva aguja en el hollín teñida,
Y los trémulos ojos retocando.

Otro con áurea red lleva ceñida
La cabellera, cual mujer liviana,
Y en torno de la frente recogida.

Azul seda ó finísima galvana
Dan á su muelle cuerpo vestidura,
Y entretanto por Juno soberana,
Su esclavo, aun más afeminado, jura.

Aquél tiene el espejo que llevara
Otón vil, cual si el asta ingente y dura (2)

Fuese que Turno á Arunco arrebatara,
En el cual se miraba cuando enhiesta
Al campo iba su enseña. ¡Cosa rara!

Digna de ser en los anales puesta
De nuestra edad y en la reciente historia;
¡Espejos á una guerra como ésta!

Cierto. En egregio ciudadano es gloria

(1) En Atenas se celebraban nefandos cultos, llenos de todo género de liviandades, en honor de la diosa Cotyto. Los que practicaban este degradante rito tomaron nombre, según unos, de una comedia de Eupolis, intitulada *Baptas*; según otros, de βαπτίζω, porque sumergían la cabeza en agua para purificarse.

(2) Por ironía aplica al espejo de Otón la frase de Virgilio, *Actoris Aurunci spoliū*, en el lugar en que cuenta que Actor Aurunco arrebató al valiente Turno una gruesa lanza, de que se sirvió luego para combatir con Eneas.

Cuidar la tez, y al viejo Galba muerte
 Dar, es propio de un héroe; la victoria
 Disputar en (1) Bedriaco y' extenderte
 Blando pan en la cara afeminada,
 También es propio del guerrero fuerte.

No á la asiria Semíramis armada
 Vieras así en la guerra, y más decencia
 Mostró en Accium Cleopatra consternada.

Pudor en las palabras, reverencia
 En la mesa, no esperes; allí impura
 Cibeles reina y cínica licencia.

Suena la voz con femenil blandura;
 Infame viejo de cabello cano,
 Cuyo vientre voraz nada satura,

Preside lleno de furor insano.
 Digno maestro para tal escuela,
 Que, para escarnio del honor romano,
 Con las vilezas frigias se nivela.

Graco á un flautista dote numerosa
 Cede. El contrato firmase; ya vuela

La turba hacia la mesa suntuosa.
 —Sé feliz, gritan todos, y el marido
 Su asiento ocupa al lado de la esposa.

¡Oh próceres! ¿A quién fuera debido
 Que para caso tal se recurriera?

¿Al censor? ¿Al augur? ¿Más corrompido

Monstruo, mayor se ha visto, aunque naciera
 Un becerrillo de mujer, aun cuando
 Diese á luz una vaca á una cordera?

(1) Otón, vencido por Vitelio en Bedriaco, se dió la muerte para no sobrevivir á la derrota.

Aquel que el peso resistió, sudando,
Del sacro escudo (1) que bajó del cielo,
Hoy mujeriles ropas ostentando,

Toma amplia veste y el rojizo velo.

¿De dónde, oh Marte, protector de Roma
Tanta maldad en el latino suelo?

¿Cómo invadió á tus hijos la carcoma
De los vicios? Varón claro en linaje
Infame esposa, sin vergüenza, toma,

¿Y no rompes tu yelmo con coraje?

¿Y no hieres la tierra con tu lanza,
Ni á Júpiter te quejas de este ultraje?

¡Vete, pues! Deja el campo donde avanza
Ya la vil corrupción, antes austero,
Pues que á labrarlo tu poder no alcanza.

—Al valle de Quirino llegar quiero
Pronto.—¿Por qué?—Hoy cásase un amigo.

Hay pocos invitados. Vive, empero,
Algo más, y en las actas yo te digo
Que estos contratos constarán un día,
Y toda la ciudad será testigo.

Una cosa á estas novias contraría;

Una terrible pena las tortura.

Con tierno infante retener confía

La mujer al marido; mas Natura

(1) Numa supuso que había caído del cielo un escudo, acerca del cual dijeron los Arúspices que el imperio del mundo pertenecería al pueblo que lo conservara. Este escudo fué llamado *Ancile*, y para que no pudiese ser arrebatado, ni conocido siquiera, mandó fabricar otros exactamente iguales, y encomendó su custodia á los sacerdotes Salios ó de Marte, que debían ser patricios y eran los únicos que podían llevarlos y celebrar su fiesta.

Tal privilegio denegarles quiere.
 La sucia vieja Lyde en vano apura
 Sus unguentos, su arte; en vano hiere
 Agil Luperco la extendida mano.....
 ¡Estéril es el monstruo, estéril muere!
 A otro Graco recuerda. Este villano,
 Con gladiatoria túnica y tridente,
 Corrió el circo ante el público romano.
 Y de estirpe más clara descendiente
 Que Marcelo y el gran Capitolino (1)
 Fué, y que Fabios y Paulos, y la gente
 Qué le vió desde el Podio (2), y no elimino
 Al que pagaba tan infame hazaña,
 Si es que su nombre á tu recuerdo vino.
 Nadie, á no ser el niño que se baña
 De balde (3), cree ya en manes, en infierno,
 En Carón, en la Estigia, con su extraña
 Turba de negras ranas y su eterno
 Vórtice, y en la barca que allí espera
 Almas que conducir al hondo averno;
 Mas tú júzgalo cosa verdadera.
 ¡Qué pensó Curio? ¡Qué los Escipiones?
 ¡Qué Camilo y Fabricio, y en Cremera (4)

(1) Marco Manlio, defensor del Capitolio durante la invasión de los galos.

(2) El Podio era el lugar reservado en el anfiteatro al Emperador y su corte.

(3) Alude á los niños de muy corta edad, los cuales eran admitidos á los baños públicos sin pagar el precio de entrada. Indica así el poeta el general escepticismo que dominaba en la sociedad romana, pues sólo los niños muy pequeños daban crédito á las antiguas tradiciones mitológicas.

(4) Junto al río Cremera (hoy *Valea*), afl. del Tiber, en Toscana, pereció casi entera la familia de los Fabios en la guerra de Veies, habiendo sobrevivido sólo un adolescente.

Los Fabios al morir? ¡Qué las legiones
 De la gloriosa juventud, segada
 En Cannas, y los inclitos varones
 Que de Marte inmoló la diestra airada?
 Cuantas veces allí la sombra impía
 De uno de esos descende, la sagrada
 Legión purificarse desearía,
 Si rociado laurel y azufre y teas (1)
 Les diera su mansión hórrida y fría.
 ¡Ay! Allí nuestras miseras y reas
 Almas irán, aunque al poder romano
 La hibernia orilla sometida veas,
 Y las Olcades y el feroz britano,
 Que con sus breves noches se contenta.
 Mas este pueblo, de su gloria ufano,
 Con torpes vicios su grandeza afrenta,
 Que no tiene el vencido, aunque de uno,
 Del armenio Zalates, ya se cuenta
 Baldón mayor que de mancebo alguno,
 Pues fué, de su decoro con ultraje,
 Juguete envilecido de un tribuno.
 Ved cual le contagió el libertinaje.
 Vino en rehenes, joven inocente,
 De aquí saldrá hecho hombre. Vasallaje
 Paga al vicio cualquier adolescente

(1) Alude á las tres clases de lustraciones que usaban los Romanos para purificarse: el fuego, el azufre y el agua, con la cual rociaban el laurel, que también servía para este uso. Quiere decir el poeta que es verdadera la existencia del infierno, y cada cual ha de ir allí á rendir cuenta de sus actos, lo mismo vencedores que vencidos, siendo la de aquéllos más rigurosa porque tienen vicios que aun desconocen los últimos.

Que mora en Roma. Seducciones miles
Le cercarán doquiera. Lentamente
Freno, látigo, espada, varoniles
Ropas él depondrá, y á la lejana
Artaxia llevará las huellas viles
De la afrentosa corrupción romana

SÁTIRA TERCERA.

LAS MOLESTIAS DE ROMA.

ARGUMENTO.—Umbricio, amigo de Juvenal, abandona á Roma para retirarse á Cumas. Los motivos que alega para adoptar esta resolución constituyen el asunto de la presente sátira, que es un animado cuadro del estado de Roma en aquella época. «Aquí, dice, el talento y la honradez son menospreciados; el hombre de bien no encuentra recursos para vivir, y en cambio prosperan los intrigantes, los bribones, y sobre todo los Griegos, que se insinúan en el ánimo de los patricios y concluyen por ejercer en sus palacios omnímoda influencia.» Pondera los males de la pobreza, el lujo triunfante, la general venalidad, los peligros constantes que corran en Roma las personas, por causa de los frecuentes incendios, robos, asesinatos, etc., y concluye invitando al poeta á seguir su ejemplo. La pintura que Juvenal hace de Roma podría aplicarse, con leves modificaciones, á cualquiera de las grandes capitales modernas.

Aunque la ausencia del antiguo amigo,
Duéleme, su designio cuerdo y sano
Aplaudo, pues abrigo
Busca en Cumas desierta
Y brinda á la Sibila un ciudadano.
De Bayas es la puerta
Y apacible lugar para retiro.
Yo á la Suburra (1) Prócida prefiero;

(1) Era un barrio populoso de Roma, así como Prócida una isla desierta en el golfo de Baias. Marcial dice acerca de aquel

*«Dum tu forsitan inquietus erras
Clamosa, Juvenalis, in Subura.»*

¿Pues hay yermo tan hórrido, tan fiero
 Que no halle delicioso, cuando miro
 Los incendios diarios, la frecuente
 Ruina de tanto hogar, las siempre inquietas
 Horas á los peligros mil sujetas
 De esta ciudad cruel, y en el ardiente
 Agosto el recitar de los poetas?

Pero mientras cargaban su equipaje
 En un carro, detúvose no lejos
 De la Capena húmeda(1), y los viejos
 Arcos, en el paraje
 Donde escuchaba atento los consejos
 De la nocturna amiga Numa pío.
 Sagrada fuente (2), bosquecillo ameno
 Y templo, hoy arrendados al judío,
 Cuyo haber se reduce á un cofre y heno.
 Que todo árbol allí ya es tributario,
 Y arrojadas las Musas, es guarida
 De mendigos la selva. Al solitario
 Valle Egerio (3) bajamos, y á las grutas

(1) Se refiere á los arcos de los Horacios, cerca de la puerta Capena. Llama á ésta *húmeda* el poeta, á causa de las fuentes y acueductos que había cerca de ella, por lo cual se la llamaba también *fontinalis*. Por la puerta Capena se entraba en la vía Apia, que conducía á Nápoles y Capua, y por lo tanto, á Cumas.

(2) Numa Pompilio, para dar más autoridad á sus leyes, suponía que le eran inspiradas por la ninfa Egeria, y en este sitio fué donde edificó el templo de las Camenas. La palabra *delubra* del original significa propiamente más de un templo, pues mientras que éste es un edificio consagrado á un dios, aquél está constituido por muchos edificios. Arguye de avaricia á los Romanos porque arrendaban á los judíos los lugares consagrados á musas.

(3) El bosque Aricino, donde estaba la fuente de la ninfa Egeria.

Donde alteró atrevida
 El arte la belleza verdadera;
 Si por verdosa margen contenida
 El onda allí fluyera
 Y á la nativa peña no afrentara
 Soberbio el mármol, ¡cuánto más propicio
 El Numen de las aguas se mostrara!

Aquí, la voz alzando, dijo Umbricio:
 —Puesto que en Roma protección ninguna
 A las honestas artes se concede,
 Ningún premio al trabajo, y mi fortuna
 Mermada, descender mañana puede,
 Aléjome sin pena
 Hacia el lugar donde plegó las alas
 Dédalo fatigado (1). Aun no está llena
 Mi cabeza de canas, los linderos
 Aun no he pasado de la edad madura;
 Aun queda de mi vida
 A Láquesis (2) que hilar, la frente erguida
 Llevó, y mi paso muestra
 Que ando firme y seguro
 Sin apoyar en báculo la diestra.

La patria, pues, dejemos. Viva Arturo
 Aquí, Cátulo viva, y los que tornan

(1) Según la mitología, Dédalo, fatigado de su largo viaje desde Creta, se detuvo en Cumas.

(2) Una de las Parcas. El diverso oficio de cada una de ellas es indicado en el siguiente verso latino:

«*Ut Clotho colum portet, Lachesis trahat, Atropos occet.*»

Por esto emplea Juvenal la palabra *torqueat*, que no podía aplicarse á las otras dos Parcas.

Lo negro en blanco, á quienes todo es llano;
 Los templos reparar, limpiar un puerto,
 Un río, desecar algún pantano,
 Esclavos ofrecer en almoneda,
 Y conducir hasta la pira un muerto.
 No ha mucho estos histriones
 Villas y municipios recorrían,
 Y á vil precio tañían
 En la arena del circo la corneta:
 Hoy fiestas dan, y de la plebe inquieta
 El aplauso buscando, les da un bledo
 Que muera el gladiador, si ella levanta
 El implacable dedo (1).
 Salen de allí, y la limpia de letrinas
 Contratan. ¿Y en qué cosa tú imaginas
 Que uno de estos bribones no prospere,
 Si son de los que eleva la fortuna
 Desde el polvo á la luna,
 Cuando mofarse de los hombres quiere?

¿Qué haré yo en Roma? Ignoro el fingimiento
 Ni alabar ni pedir sé un libro malo (2);
 De los astros no entiendo el movimiento,

(1) El pueblo romano podía denegar ó conceder la vida al gladiador herido en el circo, levantando el dedo pulgar, ó plégándolo sobre los otros dedos. Raras veces usaba de este derecho de gracia, como el gladiador no hubiese mostrado gran destreza y valor en el combate. Ni aun las damas sentían mayor piedad hacia el desgraciado, según indica este verso de Prudencio:

«.....pectusque jacentis
 Virgo modesta jubet, converso pollice, rumpi.»

(2) Siendo los libros muy raros, cuando se quería lisonjear al autor, se le pedía el manuscrito para copiarlo. Esto es lo que quiere decir el *poscere* del original.

Y no es maldad que cuadre
A mi carácter anunciar del padre
La muerte ya cercana.
Jamás escudriñé yo de la rana
Las vísceras, y lleve otro si quiere,
Carta ó don del adúltero á la esposa.
Ni en mí el ladrón espere
Un cómplice, y así, ni un solo amigo
Tengo, cual manco ó cual tullido inútil.
¿Quién, sino el confidente ó el testigo,
En cuyo pecho por salir inquieto
Hierva el crimen secreto
Que ha de callarse siempre, es el que alcanza
Protección y privanza?
El que honesto secreto te revela
Ningún temor abriga
Ni á la merced ó gratitud se obliga;
Mas no así para Verres quien pudiere,
Siempre que le pluguiere,
Denunciar sus delitos en el Foro.
Desprecia todo el oro
Que el turbio Tajo lleva al Oceano,
Si ha de causarte insomnios y desvelo;
No sin tristeza llegará á tu mano,
Si, precio del secreto peligroso,
El odio y el recelo
Te atrajere de amigo poderoso.

Ahora diré, sin que el sonrojo sea
Óbice para ello, cuál la gente
Es que el favor patricio se granjea.
Ver griega á la ciudad es un martirio

Que ya no puedo soportar, romanos;
 Mas tampoco se crea
 Que la canalla aquea
 Es la peste mayor. Tiempo ha que el sirio
 Orontes fluye al Tíber, y orientales
 Costumbres trajo á Roma,
 Los usos y el idioma,
 Y la femínea turba degradada,
 Que junto al circo vende su belleza.
 ¡Corred si es que os agrada
 Pintada mitra en bárbara cabeza!
 Con toga de parásito (1), y llevando
 Circense premio (2) en el unguido cuello,
 Ves ya á tu pueblo rústico, oh Quírrino;
 Y en tanto éste dejando
 A Samos, á Andros otro, quién á Amione,
 Quién á Alabanda, ó Trales (3), ó Sicione,
 Llegan al Viminal ó al Esquilino,
 Y adulando halagüefios,
 En patricias mansiones se insinúan,
 Hoy confidentes y mañana dueños.
 Ingenio pronto, cínica osadía,

(1) Esta es la significación de la palabra griega *trechedipna*, que literalmente significa *corro á la cena*, y la emplea para denotar, junto con el *ceromatico niceteria collo*, la misma idea que emite en la sátira décima, cuando dice que el pueblo romano, que antes daba imperios, sólo dos cosas desea: *pan y juegos*.

(2) El original usa la palabra *niceteria*, premio de la victoria, y eran los que se daban á los vencedores en los juegos. Los gladiadores se ungián para la palestra con aceite y cera, y por eso dice *ceromatico collo*.

(3) *Trales, Alabanda*.—Ciudades, la primera de Frigia, y la segunda de Caria.

En sus labios de frases un torrente
Aun más que Iseo.... ¿quién sospecharía
A lo que alcanza un griego? ¡Es omniciente!
Geómetra, orador, médico, artista,
Gramático, funámbulo, bañista,
Adivino, pintor, en todo es diestro
Y acabado maestro.
Si á ese Gréculo hambriento se lo ordenas,
Al cielo subirá. No mauritano,
Ni sármata, ni tracio fué aquel vano
Que intentara volar; era de Atenas.

¿Y he de sufrir su púrpura insolente;
Que á su firma se dé más importancia
Y que en lecho mejor que yo se siente
Aquel que entre higos y ciruelas vino
A Roma? ¿Pues por nada se reputa
El haber respirado en nuestra infancia
Aires del Aventino,
Y haber gustado la sabinia fruta?
¿Mas qué diré de su destreza y tino
En adular? Al necio llaman docto,
Del deforme ponderan la belleza;
De un estafermo el cuello lacio y feo
Comparan al de Alcides vigoroso,
Teniendo en alto al gigantesco Anteo.
¡Miradle absorto ante una voz chillona
Cual la del gallo que encelado canta!
Cierto, á cualquier persona
Es dado el alabar; pero fe ciega
Préstase sólo á la canalla griega.
¿Hay alguien que mejor á la Matrona

En el teatro imite,
A Tais desnuda, á Dórida liviana?
No actor, hembra parece. Y nadie crea
Que á Estratocles ó Antioco se limite
Tan rara habilidad, ó al mauelle Hemo,
Y sólo privilegio de ellos sea.
Todo griego es un cómico.—¿Tú ríes?
Suelta él la carcajada.
¿Lloras? Pues él derrama acerbo llanto,
Sin que la aflija nada.
¿Pides fuego, si empieza ya la cruda
Estación? Él embózase en su manto.
¿Tú del calor te quejas? Pues él suda.

No somos, pues, iguales. Mayor fruto
Saca el que á todas horas tomar puede
La máscara, quien beso con la mano
Sabe enviar, y, adulador astuto,
Todo lo alaba, si eructó el patrono
Bien, si orinó y hasta salió adelante
De otra necesidad más apremiante.
En tanto, nada inmune ni sagrado
Hay para él en el hogar del dueño;
Ni esposa, ni doncella, ni el casado
Imberbe, ni el pequeño
Hijo, púdico antes, y si faltan
Éstos, cortejan á la misma abuela.
Saber quieren secretos de la casa
Para inspirar temor, y ya que cito
A Grecia, pasa á los gimnasios, pasa,
Y del sabio más grave oye el delito.

La muerte á Báreas dió (y estóico era (1),
 Y su amigo y maestro), viejo astuto,
 Vil delator, nacido en la ribera (2)
 Donde el gorgonio bruto
 Perdió sus alas. Ya no encuentra asilo
 El quírite en su patria, do Erimanto
 Ó Protógenes reinan ó Difilo;
 Gente egoísta que tan sólo sueña,
 Por ley de raza, en conquistar amigos,
 Y ser la sola de su afecto dueña;
 Y así, no bien destilan una gota
 Del tósigo sutil, que la natura
 Y la patria les presta, en el oído
 Crédulo del Señor, él se apresura
 A cerrarte el umbral. Tiempo perdido
 Fué el de largos servicios, que en la ingrata
 Roma ya nadie siente
 Perder á un buen cliente.
 Mas, ¿de qué sirve serlo al desgraciado?
 ¿Qué méritos contrae, aunque togado
 Corra de noche, si al lictor impele
 El pretor á que vuele
 Antes del alba á saludar al rico,
 No logre su colega más ligero
 A Albina y Modia saludar primero?
 Ya el hijo del esclavo enriquecido
 El paso cierra sin pudor alguno

(1) Se refiere al estoico Egnacio, el cual delató falsamente á su amigo y discípulo Báreas Sorano, condenado á muerte por Neron á consecuencia de dicha delación.

(2) Tarsos, ciudad de Cilicia, célebre por una escuela de retóricos. Supuso la fábula que Perseo rompió allí la planta ó ala (ταρσιν) del Pegaso, caballo de Belorofonte.

Al ingenuo. Estipendio más crecido
 Que el sueldo del Tribuno
 A Catiena ó Calvina otro da en pago
 De sórdida caricia ó falso halago,
 Mas en ti, que eres pobre, ni siquiera
 Los ojos fijará la vil ramera.

Dame un testigo que tan justo sea
 Cual de la Madre Idea,
 El huésped fué (1), cual Numa, ó el que un día
 Libertara á Minerva temerosa,
 Cuando su templo el fuego consumía
 Al censo es la primera
 Pregunta, á las costumbres la postrera.
 ¿Cuántos siervos mantiene? ¿Qué yugadas
 Posee? ¿Su mesa es rica y succulenta?
 Según el oro que en sus arcas cuenta
 Así crédito tiene y eficacia
 Su dicho. Más que el pobre
 Por los dioses de Roma y Samotracia (2)
 Jure, y le llamarán falso testigo,
 Despreciador perjuro
 Del rayo, de los dioses, ni siquiera
 Digno de su venganza y su castigo.

(1) Escipión Nasica, al cual eligió el Senado, por causa de su probidad, para que custodiase en su casa la efigie de la diosa frigia Cibeles, traída del monte Ida á Roma, mientras se la construía un templo. También se refiere en el verso siguiente á L. Metelo, Pontífice Máximo, el cual, en un incendio del templo de Vesta, logró salvar de las llamas el Paladio, perdiendo la vista á consecuencia de esta hazaña.

(2) Los primeros eran Quirino, Marte, Jove, Juno, Palas; los últimos eran los Penates. Se consideraba este juramento como el mayor que podía hacerse.

Cuanto da asunto y causa á la chacota,
 Súfrello el pobre; si grasienta capa
 Ó toga lleva desceñida y rota,
 Si deshecho el zapato el pie no tapa,
 Ó bien si cicatrices no recientes
 Indican, mal zurcidas .
 Por el hilo grosero, las heridas.
 Nada, infeliz pobreza, en ti es más duro
 Que el escarnio, que al hombre por ti viene,
 —¡Fuera! le gritan; el ecuestre banco
 Deje al instante, si vergüenza tiene,
 En él nadie se sienta
 Sin que al tipo legal suba su renta;
 Vengan aquí los que en cualquier cloaca
 Vieron la luz, del lenocinio hijos;
 Aplauda desde aquí rico heredero
 De ilustre pregonero
 Entre la culta juventud lanista
 Que Pinirapo para el circo alista.—
 Así plugo á Otón vano (1),
 Que distinción odiosa
 Creó entre ciudadano y ciudadano.
 ¿Quién agrada por yerno cuando al dote
 De la doncella su caudal no alcanza?
 ¿Qué pobre de heredar tiene esperanza,
 Ó quién le ha visto que entre ediles vote?
 Ha tiempo ya que la quirina plebe
 A Roma abandonar debiera en masa.

(1) L. Roscio Otón publicó una ley disponiendo que los pobres y siervos ocuparan en el teatro asientos separados de los ricos, y que ninguno se sentara en las catorce gradas á no pertenecer al orden de los caballeros.

Si obstáculo muy fuerte á que se eleve
Es á cualquiera su fortuna escasa,
En Roma es invencible.
Enorme suma miserable cuarto
Cuesta, y la sobria cena
Y el vientre del esclavo nunca harto.
Comer en un barreño ya es desdoro,
Mas no á mengua lo tuvo
Quien trasladado súbito á los marzos (1),
Del sabino alimento
Se mostró y sayo véneto contento.

En gran parte de Italia nadie viste
Sino muerto, la toga.
Si al herboso teatro el pueblo asiste
Tal vez á celebrar solemne fiesta,
Y ya en la escena es puesta
La conocida farsa,
Donde al ver de la máscara amarilla
La boca descompuesta,
Tiembla de miedo lleno
Rústico infante de su madre al seno,
Traje igual ves en todos; ni la orquesta
Difiere del plebeyo ó del patricio;
Sólo túnica blanca en los ediles,
Es de su excelsa dignidad indicio.
El lujo aquí sobre las fuerzas salta;
Más de lo necesario consumimos,
Y el arca ajena suple lo que falta.

(1) Alude al mismo Curio Dentato de quien se habló en la primera nota á la sátira segunda.

Este es vicio común; todos vivimos
 En pobreza ambiciosa; ¿y qué más? todo
 En Roma ya se vende. ¿Qué te cuesta
 El saludar á Coso, ó si Veiento
 Desdeña tu saludo y no contesta?
 Si el siervo favorito la primera
 Barba (1) depone, ó bien la cabellera,
 La casa al punto llenan los regalos
 Que él vende luego.---Toma estos presentes,
 Tómalos para tí.—Y así tributo
 Pagándole, aumentamos los clientes
 El peculio del siervo djsoluto.

¿Quién teme, ó temió nunca la ruina
 En la helada Preneste ó en Volsena,
 Que en selvosas gargantas se reclina,
 Ó en Gabia tosca, en Tibur montuosa?
 Mas nosotros expuestos á mil males
 Vivimos sin temor una ruinosa
 Ciudad, que con puntales
 Frágiles en gran parte se sostiene;

(1) Entre los Romanos y Griegos solía celebrarse con fiestas domésticas la primera vez que un joven se afeitaba y rasuraba el cabello, porque esta era señal de haber pasado de la adolescencia. Generalmente consagraban á cualquier dios, y sobre todo á Júpiter Capitolino, estas primicias de la virilidad. Tal costumbre, sin embargo, no se observaba en los tiempos primitivos, pues Juvenal habla en una de sus sátiras de los reyes barbados y de los cónsules con cabello, remontándose sólo, según Plinio, al año 454, en que Ticinio Menas trajo barberos de Sicilia. Conformándose con esta costumbre de festejar la primera barba, los clientes solían regalar al siervo favorito tortas hechas de miel, aceite y harina, que después vendía aquél para acrecentar su peculio; por esto las llama el poeta *libis re-nalibus*.

Pues con ellos el vilico contiene
Techo ruinoso y muros,
Y tapando las grietas, luego exclama
Cuando el riesgo es mayor:—¡Dormid seguros!
Yo vivir quiero en sitios do la llama
Del incendio, ni el miedo me despierte
De noche. Ucalegón por agua clama
Ya, y los ligeros muebles acarrea;
Ya el tercer piso humea,
Y tú lo ignoras; más si el fuego prende
En el piso más bajo, al desdichado
Que en el desván habita,
Donde la teja sólo le defiende
De la lluvia, y su huevo deposita
La encelada paloma, ¿que le aguarda?
Tan solo ser el último que arda.

Más pequeño que Prócula y estrecho,
Era de Codro el lecho;
Seis orzas, el ornato de su mesa,
Debajo un cantarillo,
Y de Quirón la estatua, componían;
En vieja cesta algún que otro librilla
Griego guardaba, y sus divinos versos
Los ratones famélicos roían.
Nada era esto, nada, no lo dudo;
Mas perdió el infeliz toda esa nada;
Y tal será su suerte, que desnudo
Mendigará, sin conmovier un pecho,
Ni hallar un pan, un hospedaje, un techo.
Mas si del rico Asturio en la morada
Voraz la llama prende,

Túrbase Roma, enlútanse los nobles
 Ante el horrible estrago
 Y las Audiencias el Pretor suspende.
 Todos lloramos el suceso aciago,
 Al fuego se aborrece (1).
 Aun el palacio arde, y ya hay quien brinde
 Mármoles y dinero. El uno ofrece
 Blancas estatuas de belleza rara;
 Quién la obra más preclara
 Del cincel de Eufranor y Policeto;
 Quién las alhajas que guardara antes
 De los feacios dioses el tesoro;
 Quién libros; quién estantes;
 Quién un busto de Palas,
 Y quién un celemín lleno de oro.
 Tal su mansión con rico mobiliario
 El opulento Pérsico repuso;
 Ni faltó quien supuso
 Que acaso él mismo fuera el incendiario (2).

Si al circo puedes renunciar, dispuesta
 Tendrás á cualquier hora
 En Fabrateria, ó en Frosino, ó Sora,
 Magnífica mansión por lo que cuesta

(1) En las grandes calamidades se prohibía en las casas el uso del fuego. Esta es, según el antiguo escoliasta, la significación de la frase *odimus ignem*, en vez de la que á primera vista parece más natural en este pasaje, ó sea la de execrar el incendio, causa de tanta ruina.

(2) Idéntica idea es la de Marcial en el siguiente epigrama:

*«Empta domus fuerat tibi, Tongiliane, duoenis.
 Abstulit hanc nimium casus in Urbe frequens.
 Collatum est decies. Rogo, non potes ipse videri
 Incendisse tuam, Tongiliane, domum?»*

Un año en Roma tu antro tenebroso.
 Allí huerto tendrás y pozo breve
 Que sin cuerda ni esfuerzo muy penoso,
 Agua á las plantas delicadas lleve.
 Vivirás con tu arado allí contento
 Cuidando el huerto, que sobrado y harto
 Dará á cien pitagóricos sustento (1).
 No es poco de un lagarto,
 De un lagarto tan sólo ser el dueño,
 Aun cuando en el rincon más pobre sea,
 En la más corta aldea.

¡Y cuánto, cuánto enfermo aquí no mata
 El insomnio! Manjar mal digerido
 Y en el ardiente estómago estancado,
 Causó la enfermedad. Mas ¿hay quien pueda
 Dormir de las industrias con el ruido?
 De aquí el mal viene. Para el rico sólo
 Gozar del sueño queda.
 De tanto carro la estruendosa rueda
 Por las angostas tortuosas calles,
 Los gritos del mulero, si se opuso
 Al tránsito otro carro, hasta á las focas
 Pudieran despertar y al mismo Druso (2).

Si algún negocio llámale, el potente,
 Arrollando á la turba en su litera,

(1) Se refiere á la sobriedad de los pitagóricos, que se abstentaban de carnes y sólo se alimentaban de algunas especies de legumbres.

(2) Se ignora la persona á quien alude aquí Juvenal. Probablemente sería alguno que tuviese fama en Roma por su propensión al sueño.

Corre llevado por liburno ingente.
Y él entretanto escribe, lee, dormita,
Que litera cerrada al sueño invita.
Mas antes llega él. Nos cierra el paso
La oleada que viene, y ya la densa
Turba, que sigue, nuestra espalda prensa.
Éste me da un codazo, aquél disforme
Golpe con dura tabla; cuál tropieza
En mí y con viga enorme
Ó ánfora me rompe la cabeza;
Al muslo llega el lodo, aquí me aplasta
Un jayán, en mi dedo allá un soldado
El clavo agudo del zapato engasta.

¿No ves la densa multitud, que atrae
Humeante la espórtula? Son ciento
Los convidados ya. Cada cual trae
Una cocina en pos; tanto instrumento,
Tantos enormes vasos,
Ni el mismo Corbulón (1) llevar pudiera,
Como soporta, con el cuello erguido,
El esclavo infeliz, que á la carrera
Soplando el fuego va. Su mal zurcido
Traje ya se desgarras. Aquí un abeto
En lento carro va bamboleando;
En otro, largo pino
Aplastar á la gente amenazando.
Mas si ese carro que hasta Roma trae

(1) Tácito alaba á un soldado de este nombre que se hizo célebre en las guerras de Armenia por su fuerza y valor. Tal vez á él alude Juvenal para ponderar el enorme peso que tenía que soportar el esclavo.

Mármol del Apenino,
 Súbito, roto el eje, al suelo cae,
 Y sobre el pueblo un monte se desploma,
 ¿Qué resta de los cuerpos? Piernas, brazos
 Ó huesos ¿quién encuentra? Así parece
 El plebeyo infeliz, y hecho pedazos
 Su cadáver, cual sopro desaparece.

Tranquila, en tanto, la familia espera;
 Éste soplando, aviva
 El fuego; aquél, toalla y aceitera
 Prepara y los estrígiles untados;
 Otro limpia y dispone la vajilla;
 Todos, en fin, trabajan afanados.
 Mas el mísero aguarda ya en la orilla (1)
 Y ve espantado al hórrido Caronte.
 ¡Ni aun la esperanza de pasar le queda
 El cenagoso lago, ni Aqueronte,
 Pues no lleva á la boca la moneda!

Ahora otros riesgos de la noche atiende.
 Desde altísimos techos ya descende,
 Para abrirte los cascos un ladrillo;
 Ó bien de las ventanas se desprende
 Algun roto lebrillo,
 Que cayendo con ímpetu violento,

(1) Se refiere á las orillas del Aqueronte ó de la Estigia, desde la cual eran las almas trasladadas al infierno por el barquero Caronte. Según la creencia popular, las de aquellos que permanecían insepultos no eran trasladadas, sino que iban errantes por espacio de cien años. Para pasar era preciso pagar al conductor la tercera parte de un as; por eso ponían en la boca de los difuntos una moneda. Nótese el contraste que forman estos versos con el apacible cuadro de la vida doméstica que le precede.

Deshace el pedernal del pavimento.
Si tú intestado acudes á la cena,
Merecerás la pena
De ser llamado incauto é indiscreto,
Pues á tantos peligros vas sujeto,
Cuantas ventanas vigilando veas
Abiertas á tu paso.
Harás muy bien, por tanto, si deseas
Y al cielo pides que el mayor fracaso
Que ocasionarte intenten,
Sea el que con bañarte se contenten,
Volcando encima pestilente vaso.

Ebrio y provocador que no halló uno
Con quien reñir, y de ira brama, y llora
Como Aquiles al muerto amigo caro,
Pasa la noche en claro,
Ora acostado sobre el vientre, ora
Sobre la espalda. ¿Y qué? ¿Dormir no puede
El tal mientras no riñe?
Para algunos la riña al sueño llama.
Mas aunque llora y el vapor le inflama
Del vino, al que con púrpura se ciñe,
Y al lado escolta numerosa lleva
Y lámparas de bronce, antorchas ciento,
No temas que se atreva.
Mas á mí, que del rayo amarillento
De la luna me alumbro, ó de insegura
Y tenue lamparilla, cuya mecha
Ya alargo y ya recojo, á ver si dura,
A mí, sí me desprecia. Ahora escucha
El principio y razón de la pelea,

Si es que puede haber lucha
Donde el uno recibe, otro golpea.

Fárase, y ya te intima que te pares.
No hay más que obedecer. Ni ¿qué has de hacerte
Si furioso te obliga y es más fuerte?
—¿De donde vienes? dice. ¿Quién las habas
Te dió, el vinagre con que el vientre henchiste?
¿Quién es el zapatero.
Con quién hocico de lechón comiste,
Y los picados ajos? ¿No respondes?
Ó me contestas, ó te rompo un codo.
Di en qué tugurio, en qué figón te escondes.
¿Callas? ¿Hablas? Lo mismo, de igual modo
Te hiere, te destroza,
Y luego ante el pretor te acusa airado;
Que esta es la libertad que el pobre goza.
Y tú, además de herido y magullado,
Tendrás que suplicarle que mitigue
Su ira y se contente
Con dejar que te vuelvas sin un diente.

Aun hay más riesgos. Cuando ya cerradas
Las casas ves, las tiendas en silencio,
Sus puertas con cadenas reforzadas,
Ladrón que te despoje en el camino
No ha de faltar, ó súbito asesino;
Pues mientras que seguras ya las selvas
Y las lagunas pónicas, mantienen
Los custodes armados,
De allí los bandoleros arrojados,
Cual á vivir seguro á Roma vienen.

¡En qué fragua, en qué yunque no se forjan
 Ya pesadas cadenas? Todo el hierro
 Las cárceles consumen, y ya es justo
 Que el temor nos asalte
 De que la reja ó el arado falte.
 ¡Felices, sí, felices los abuelos
 De los antiguos! Siglos venturosos
 En que Roma, regida
 Por Reyes ó Tribunos, se encontraba
 Con una cárcel sola defendida.

Más pudiera decir, pero marchando
 Los mulos ves, el sol va declinando,
 Y partir es preciso,
 Pues la vara agitando
 El mayoral, ha tiempo dió el aviso.
 ¡Adiós! De mí te acuerda, y cuando fueres
 De Roma á Aquino, de sosiego ansioso,
 Avisa á Cumas. A la Helvinia Ceres (1)
 Y á la Diana vuestra iré gustoso,
 Y en las sátiras yo, si es de tu agrado,
 Te ayudaré, viniendo á tus campiñas
 Nivasas, de la cáliga (2) calzado.

(1) Cerca de Aquino había un templo consagrado á Ceres Elvinia, llamada así por la fuente de este nombre, donde se lavaban los que iban á iniciarse en los misterios de la Diosa.

(2) La cáliga era un calzado militar, y *caligatus* significa soldado raso. Parece, pues, que el sentido de este verso es: «Yo te ayudaré como simple soldado, es decir, suministrándote datos y asuntos para que sigas haciendo la guerra á los vicios por medio de tus sátiras.»

SÁTIRA CUARTA.

EL RODABALLO.

ARGUMENTO.—Constituye el asunto de esta sátira una escena verdaderamente cómica, que si no está confirmada por la historia, no carece de verosimilitud, dado el carácter del emperador Domiciano. Supone Juvenal que, habiendo sido regalado á este un rodaballo de extraordinaria magnitud, hace convocar á los senadores y patricios con el objeto de celebrar un consejo acerca de los medios más adecuados para guisar el pez. Todos acuden temblando, creyendo que se trata de algún asunto muy grave y recelando peligros para su propia vida, lo cual sirve al poeta para describirlos, y caracterizar á cada cual con una frase de elogio ó de censura. Resulta del conjunto una pintura viva y animada de la corte imperial y del cruel y aborrecible Emperador.

La sátira empieza por una terrible diatriba contra Crispino, favorito de Domiciano, y esto ha dado motivo á algunos comentaristas, como W. E. Weber y Ribbeck, para mirar como apócrifos los 36 primeros versos, suponiendolos obra de algún retórico posterior á Juvenal. La poca relación que hay entre estos versos, que forman como el exordio de la sátira, y lo restante de ésta; la facilidad de considerar como principio de ella el verso: *Cum jam semianimum*, etc., y el parecer este exordio innecesario, ha dado fundamento á tal suposición. Mas el *monstrum nulla virtute redemptum*, el *nemo malus felix*, el fino rasgo satírico en que se refiere á las Piérides, son tan propios de Juvenal, que parece mucho más llano admitir como obra suya este exordio, que suponer una interpolación. Un principio análogo se halla en la sátira décimaquinta, y sin embargo, todos convienen en que ésta es íntegramente de Juvenal. En todo

caso, más bien que admitir una interpolación, podría considerarse este exordio como el principio de otra sátira distinta, dirigida exclusivamente contra Crispino, y entonces la presente debería principiar en el verso:

«Ya el postrer de los Flavios desgarraba, etc.»

¡Salga Crispin de nuevo! Y más de una
 Vez y de ciento lo traeré á la escena,
 Sin que jamás mi sátira le exima.
 Monstruo en quien no hallarás virtud alguna
 Que de crímenes tantos le redima;
 Muelle, y para los vicios siempre fuerte;
 Adúltero, que sólo á las viudas
 Con su amor no persigue.
 ¿Qué su poder le escuda?
 ¿Qué vale el que á los rápidos caballos
 Por sus extensos pórticos fatigue,
 Y sombra á su litera
 Inmensos bosques brinden por doquiera?
 ¿Qué sus haciendas mil, ó á peso de oro
 Los palacios comprados junto al Foro?

Nunca el malo es feliz; y cierto, menos
 El corruptor aleve,
 Profanador de la vestal sagrada,
 Que bajará al sepulcro viva en breve (1).

(1) Las vestales debían vivir en perpetua castidad, según las leyes de Numa, y la que infringía este deber, era enterrada viva junto á la puerta llamada Colina. He aquí los términos en que describe Plutarco tan lúgubre ceremonia: «Hácese allí una casita subterránea muy reducida, con una bajada desde lo alto; tienen dispuesta en ella una cama con sus ropas, una lámpara encendida y muy ligero acopio de las cosas más necesarias para la vida, como pan, agua, leche en una jarra y aceite, como si tuvieran por abominable destruir por el hambre un

Pero de hecho más leve (1)
 Quiero hablar, tal, empero,
 Que si otro lo ejecuta, bajo el juicio
 Cayera al punto del censor severo.

cuerpo consagrado á grandes misterios. Ponen á la que va á ser castigada en una litera, y asegurándola por afuera, y comprimiéndola con cordeles, para que no pueda formar voz que se oiga, la llevan así por la plaza. Quedan todos pasmados y en silencio y la acompañan sin proferir una palabra, con indecible tristeza, de manera que no hay espectáculo más terrible, ni la ciudad tiene día más lamentable que aquel. Cuando la litera ha llegado al sitio, desátanla los ministros los cordeles, y el presidente de los sacerdotes pronunciando ciertas preces arcanas y tendiendo las manos á los dioses, por aquel paso la conduce encubierta y la pone sobre la escalera que va hacia abajo á la casita: vuélvese desde allí con los demás sacerdotes, y luego que la infeliz baja, se quita la escalera y se cubre la casita, echándole encima mucha tierra desde arriba, hasta que el sitio queda igual con todo aquel terreno; y ésta es la pena que se impone á las que abandonan la virginidad que habian consagrado.» (*Vidas paralelas*, traducción de Ranz y Romanillos, t. I, página 138.)

Parecerá extraño que en época de tanta corrupción como la de Domiciano, estuviese vigente esa terrible ley; pero consta así por el siguiente pasaje de Suetonio: «Castigó severamente los desórdenes de las vestales.... las hacía morir si sólo habían cometido una falta, y si dos, enterrar vivas. Permitió, por ejemplo, á las dos hermanas Occellata y Varonila escoger el género de muerte y desterró á los seductores. Pero la gran vestal Cornelia, que había eludido las leyes largo tiempo, convicta del delito, fue enterrada viva; sus amantes, azotados hasta morir en el Campo de Marte, excepto un pretor que sólo tenía contra sí una declaración que le había arrancado el tormento. Este fue desterrado.» (*Domiciano*.)

Ponderando Juvenal el favor que Crispino gozaba en la corte, le presenta como seductor de una vestal, sin que á pesar de este crimen deje de disfrutar el mismo valimiento.

(1) El sentido es: «No voy á tratar ahora de los horribles crímenes de Crispino, sino de una cosa menos grave y que, sin embargo atraería á otro cualquiera el castigo del censor, voy á hablar del lujo de su mesa.» Sabido es que el oficio de censor era, entre otras cosas, velar por la pureza de las costumbres, contener el lujo, etc. Estas transiciones son en Juvenal más frecuentes de lo que parece, y revelan los hábitos declamatorios de

Mas licito á Crispino es lo que en Ticio,
 En Seyo, es execrable.
 ¿Qué te detiene, pues, ya que este monstruo
 Es más que el mayor crimen detestable?
 Un barbo en seis sestercios (1) compró, y eran
 A las libras iguales
 Los sestercios también, según ponderan
 Los que aun las cosas grandes exageran.
 El gasto alabo si con dones tales
 De viejo solterón gana la herencia,
 Ó á la rica matrona los envía,

la escuela; siendo, en nuestro humilde sentir, una prueba más de que no son apócrifos los primeros versos de la presente sátira. Después entra en el verdadero asunto de la misma por medio de otra transición analoga:!

«*Quales tunc epulas ipsum glutisso putemus
 Induperatorem?*» etc.

(1) El sestercio era mayor y menor. El menor equivalía á un nummo, ó $2\frac{1}{2}$ ases. Dos sestercios formaban un quinario, cuatro un denario, ó sean 10 ases; 100, 25 denarios, ó sea un áureo, equivalente á unas 20 pesetas 50 céntimos de nuestra moneda; 1.000 sestercios eran tanto como 10 áureos ó 205 pesetas, y equivalían á un sestercio mayor. Seis mil sextercios menores formaban, pues, seis mayores, ó sean 1.230 pesetas. Este es el precio que Crispino pagó por el barbo que pesaba también seis libras. En el texto se emplea el *sex millia* (sestercios menores) en equivalencia de los seis sestercios mayores.

Parcería exageración del poeta un precio tan fabuloso; si no viéramos confirmado este dato por otros escritores. Suetonio, en la Vida de Tiberio, dice que éste se lamentaba de que tres barbos se hubiesen vendido en *treinta mil nummos* (ó sean 6.150 pesetas). Curioso es también el siguiente pasaje de Séneca: «Habiéndole regalado á Tiberio César un barbo de extraordinaria magnitud, mandó que fuese llevado al mercado para su venta.—«Amigos, dijo, ó me engaño mucho, ó compran este »barbo Apicio ú Octavio.»—Contra toda probabilidad, su sospecha salió cierta. Se subastó el barbo. Octavio venció y ganó suma gloria entre los suyos, pues compró el pez por *quinque mil sestercios* (nummos).» Epíst. xcv.

Que en litera cerrada con cristales (1)

Recorre la ancha vía.

Mas no; para sí compra; hoy se ven cosas,

Ante las cuales pareciera Apicio (2)

Hombre sobrio y sin vicio.

¿Tú estos gastos, Crispín? ¿Tú que viniste

Vestido ha poco de papiro egicio?

¿Esto das por un pez? Menos costoso

Comprar acaso al pescador te fuera;

Quizá á igual precio una provincia entera

Con sus campos te brinde.

Pero hoy aun más copioso

Fruto la Apulia con sus peces rinde.

¿Qué, pues, diré yo ahora

De la espléndida mesa en que devora

El Imperante sumo?

Si áulico histrión, de púrpura ceñido,

Hoy jefe de los équites, que un día

Por las calles vendía

Siluros á vil precio, tanto oro

(1) En Herculano y Pompeya se han encontrado ventanas con vidrios espesos y transparentes semejantes al cristal. Acaso serian las piedras de Capadocia llamadas *phongites*, de que habla Plinio, que eran transparentes, de las cuales dice asimismo Séneca: «*Speculariorum usus, perlucete testa clarum transmittentium lumen.*» Ep. xc. El vidrio, conocido ya de los antiguos, pues hablan de él Aristóteles, Aristófanes y Plinio que describe los medios empleados para su elaboración, se aplicó también á las ventanas, habiéndose generalizado mucho su uso en esta forma, especialmente desde el siglo I de nuestra era.

(2) Apicio era famoso por su gula, que le hizo consumir en banquetes todo su caudal. Es el mismo á quien alude el pasaje de Séneca citado anteriormente. Compuso un libro de *gula irritamentis*, y se suicidó cuando perdió los medios para satisfacer los dispendiosos gastos á que le obligaba su mesa.

Consume en solo un plato, este es pequeño
Adorno, exigua parte
En la mesa diaria de su dueño.

Empieza ¡oh Calíope! Y pues conviene
Fijarse en esto, ayúdeme tu arte;
No es ficción, es verdad lo que recitas.
¡Oh jovencitas Piérides! narradlo,
Y válgame el llamaros jovencitas.
Ya el postrer de los Flavios desgarraba
Al orbe moribundo, y Roma entera
Ante el calvo Nerón (1) se prosternaba,
Cuando del mar de Adria en la ribera,
Junto al templo de Venus, que pregona
De la dórica Ancona (2)
El religioso celo,
Fué barbo enorme entre las redes preso,
Y las hundió. Menor no era su peso
Que los que la Meotis bajo el hielo
Guarda, y después, cuando su cárcel funde
El calor del estío,
Por el inmóvil Ponto los difunde
Gordos y entumecidos por el frío.

Tan raro monstruo el pescador prepara
Al Pontífice sumo (3)
¿Pues quién comprarlo ni venderlo osara,

(1) Domiciano, que, igual á Nerón en la crueldad, sólo difería de él en la calvicie.

(2) Ancona fué fundada por los siracusanos que huían del tirano Dionisio. Los siracusanos eran de origen dórico.

(3) El Emperador, que entre sus dignidades contaba la de Pontífice Máximo.

Cuando estaba la arena
 De tantos viles delatores llena?
 Un pleito al infeliz los vigilantes
 De la costa en seguida moverian.
 Que era el pez fugitivo
 Y en viveros del César, ya de antes
 Nutrido, sin reparo afirmarían,
 Debiendo con justísimo motivo
 Restituirse al dueño primitivo.
 Si á Armilato ó Palfurio (1) fe se presta,
 Cuanto de hermoso y raro en el mar crece,
 Doquier que nadé, al Fisco pertenece.
 Darlo ó perderlo, pues, es lo que resta.

Ya el otoño mortífero cedía
 Libre el campo á las lluvias, ya temía
 La quartana el doliente ;
 El estridor sonaba
 Del invierno deforme, y la reciente
 Presa incorrupta el cierzo conservaba.
 Mas no por eso, menos diligente,
 Su marcha el pobre pescador retarda.
 Cual si cálido el Austro le siguiera,
 Corre veloz, y luego
 El lago pasa, do celosa guarda
 Alba, aunque en ruinas el troyano fuego (2),

(1) Armilato Sura y Palfurio eran dos jurisconsultos que, por los medios más ilegítimos y con las más violentas interpretaciones, atribuían al fisco derecho sobre todo lo que era de algún valor.

(2) La ciudad de Alba había sido destruída por Tulo Hostilio, y gran parte de sus habitantes trasladados á Roma. Debía su origen, según la antigua tradición, á Lavinia, hija de Latino y viuda de Eneas, la cual llevó allí los dioses de Troya, y

Bajo el yugo opresor, posible fuera
Dar un consejo, condenar el crimen?
Pero ¿hay cosa más fiera
Que el receloso oído de un tirano?
Habladle del nublado en primavera,
De la lluvia ó del tórrido verano;
Basta y sobra con esto,
Para enviaros á la muerte presto.
Crispo jamás los brazos al torrente
Opuso, pues; ni pecho tan valiente
Tuvo, ni alma tan firme y atrevida,
Que hablar con noble libertad osara
Y á la virtud sacrificar la vida.
Así muchos inviernos, así ochenta
Solsticios vió; con estas armas pudo
Acilio, que los mismos años cuenta,
Hallar también contra la corte escudo.
Iba á su lado el infeliz mancebo
Al cual guardaba la cuchilla dura
De su señor anticipada muerte.
Fallo en verdad cruel; mas ¿quien segura
Tiene la vida ya? Suma rareza
Es hace tiempo y prodigiosa suerte
Juntar la senectud y la nobleza.
Yo prefiriera ser obscuro hermano
De los gigantes (1). Ni en el circo albano

(1) Después de hacer Juvenal una magnífica pintura de los recelos del tirano, el cual interpreta siempre las palabras de los demás en sentido de censura contra él, aunque sean inofensivas, y de recordar al desdichado mancebo muerto por Domiciano, dice que preferiría ser obscuro hermano de los gigantes, es decir, *hijo de la tierra*, como éstos eran, según la mitología, hombre obscuro. Llamábase á los de humilde origen, *e terra nati*; y

Con n mida león luchar desnudo,
 Al infeliz salv . Quien ya no entiende
 Artes patricias, y tu ardid agudo (1),
   Oh Bruto! en nuestra edad,  a quién sorprende?
 Fácil es engañar   un rey barbudo (2).

Aunque plebeyo, no más placentero,
 Iba en pos Rubrio, reo de antiguo agravio (3)
 Que ha de callar mi labio;
 Llega también el vientre de Montano (4),
 Tardo por el abdomen, y Crispino
 Exhalando de s  oriental perfume,
 Más que el que se consume
 En cadáveres dos; sigue Pompeyo (5),
 Aun más feroz, sicario envilecido,
 Que abrió   muchos las venas, susurrando
 Artera delación tenue al oído;

Cicerón usa en este sentido repetidas veces la frase *terra filius*. En cuanto al jóven   que alude Juvenal, se ignora quién fuese.

(1) Junio Bruto, para librarse de la muerte decretada por Tarquino el Soberbio contra muchos nobles, se fingió loco, y de esa manera pudo eludir la pena.

(2) Como si dijera: Fácil es engañar á las gentes antiguas, más sencillas que nosotros.

(3) No consta el hecho   que alude Juvenal. Según el antiguo escoliasta, Rubrio había deshonrado   Julia, hija de Tito, amante luego de Domiciano, el cual no se había atrevido   castigar esta falta por temor de que, divulgada la causa, cediese en desdoro de su familia.

(4) Montano de quien habla también en la sátira quinta, era famoso por su refinada gula. Juvenal se complace en pintarlo con los rasgos más degradantes: lento por su abdomen, cómplice de las noches de Nerón, sin igual en el arte de renovar el apetito, inteligente hasta el punto de distinguir una ostra del Lucrino   del promontorio Circeo, etc.

(5) *Pompeyo*, uno de los numerosos delatores de la época de Domiciano.

Y Fusco (1), el que soñando altas hazafias
 En su marmórea quinta, retenía
 Para los dacios buitres sus entrañas.
 Junto al sagaz Veiento, el sanguinario
 Cátulo (2) iba, que en amor ardía,
 Por aquella que nunca ver podía
 Su pupila sin luz; monstruo execrable
 Aun en el siglo mísero presente;
 Vil lisonjero, que pasó del puente
 Á delator, digno de ir delante
 De los aricios carros mendigando,
 Y de enviar con gesto suplicante
 Á las veloces ruedas beso blando.
 Nadie ante el pez quedóse más absorto;
 ¡Qué cosas dijo vuelto á la siniestra!
 Y el rodaballo hallábase á la diestra:
 Así elogiaba al gladiador cilicio,
 Y el rudo golpear, y el artificio,

(1) Cornelio Fusco, que pereció en guerra con los Dacios. Imperito en la guerra, dice el poeta, no la conocía sino de nombre, y desde su espléndida quinta, entre el ocio y las delicias, soñaba en realizar insignes hazafias.

(2) *Cátulo*, hombre pésimo, viejo inmoral, un verdadero monstruo, indigno, dice el poeta, hasta de mendigar tras los aricios carros. Aunque ciego, alaba el barbo como si lo viera, pero volviendo los ojos á la parte izquierda, cuando aquel estaba á la derecha. Este rasgo es sin duda de primer orden. Dice que del puente pasó á delator, porque los mendigos solían ponerse en los puentes á pedir, y para indicar también que era uno de tantos como se habían enriquecido con infames delaciones y viles lisonjas. Ponderando Juvenal la abyección de Cátulo, dice que no era digno ni aun de mendigar en Roma, sino fuera, donde estaba el *clivus aricinus*. Acerca de Cátulo, véase Plinio, lib. IV, ep. 22, que lo describe con los más negros colores, concluyendo: «*De hujus nequitia sanguinari isque sententiis in commune omnes super cœnam loquebantur.*» Dice también que no conocía «ni el honor, ni la vergüenza, ni la piedad».

De la máquina, que del escenario
A los muchachos sube hasta el velario.

No le cede Veiento. Enajenado,
Así como el fanático adivina,
Por tu furor, Belona, arrebatado,
—«Grande augurio, exclamó, señal divina
De un triunfo memorable y señalado.»—
Ó bien que algún monarca prisionero
Tuyo ha de ser, ó del britano solio
Caerá Arvirago (1). Cierto es extranjero.
Este monstruo. ¿No ves cuál sus espinas
Se erizan sobre el dorso? Sólo hallo
Que le faltó una cosa al buen patricio (2),
Decir patria y edad del rodaballo.

—«¿Qué haremos, pues? ¿Despedazarlo?»—«Afuera
Deshonra tal», Montano al punto grita;
Honda vasija búsquese que admita
En delgada pared la mole entera;
Obra tan importante necesita
De un nuevo y aun más grande Prometeo.
Venga rueda y arcilla
Y desde hoy ¡oh César! tus legiones
Lleven de ollereros siempre una cuadrilla.

Consejo digno de varón tan sabio
Prevaleció; de antiguo él conocía
De la gula imperial el desenfreno,

(1) *Arvirago*, jefe de los britanos. La idea del adulator es ésta: puesto que un barbo tan grande ha venido á tu poder, es augurio de que el más fuerte y poderoso jefe de los britanos será también sometido á tus armas.

(2) Otros leen *Fabricio*.

Y de Nerón las cenas, que alcanzaban
 Hasta la media noche desde el día,
 Do el voraz apetito renovaban
 Cuando el Falerno en el pulmón ardía.
 No hubo en su tiempo paladar más fino:
 Al bocado primero te decía
 De una ostra el origen, si el lucrino
 Escollo, ó promontorio Rutupino (1)
 Ó la circeya roca;
 Y con ver á un erizo, ya su boca
 Te señalaba el mar de donde vino.

Terminase el Consejo,
 Y ya por el Monarca despedidos
 Son los que hizo venir despavoridos
 A la albana mansión con pie ligero,
 Bien cual si se tratara
 Del duro Catto, del sicambro fiero,
 Ó cual si infausta á la ciudad llegara,
 La nueva repentina
 De que el imperio amenazaba ruina.
 Y ojalá que con tales nimiedades
 Gastase el tiempo, y no á tanto patricio
 Lanzaran al suplicio,
 Sin vengador alguno, sus crueldades.
 Sólo cuando empezó ya á ser temido
 Hasta del más obscuro ciudadano (2),

(1) Rutupia, hoy Richboroug, en el condado de Kent, en Inglaterra.

(2) Domiciano, después de haber hecho morir á los principales patricios, empezó también á amenazar á los otros ciudadanos. Entonces fué cuando Stéfano, liberto de Domicia, mujer del tirano, tramó contra él la conspiración que le causó la muerte.

Cayó de muerte herido;
Sólo esto fué lo que mató al tirano
Con sangre de los Lamias (1) aun teñido.

(1) *Los Lamias*.—Familia nobilísima de Roma, procedente de Lamo. *Æli vetusto mihi nobilis ab Lamo*, dice Horacio. La oposición entre la palabra *Lamias* y la de *Cerdonibus* (industriales) es uno de los más amargos rasgos de censura que hay en la presente sátira.

De ella, dice un escritor: «Apenas cuenta un centenar de versos, y sin embargo, está llena de ideas y de hechos. En estrecho cuadro Juvenal ha encontrado el medio de encerrar la imagen completa de la corte de un tirano. Es al mismo tiempo agradable y profundo, cómico y grave, pintor admirable de caracteres y sobre todo dramático..... La sátira descansa, es verdad, sobre una bufonada, mas á pesar de esto, dudo que ningún historiador haya pintado mejor á Domiciano y su corrompida corte.» *Aug. Vidal*. Juvenal.

SÁTIRA QUINTA.

LOS PARASITOS.

ARGUMENTO.—En esta sátira pinta Juvenal el ignominioso papel que desempeñaban los parásitos en las mesas de los ricos. A la vez que trata sin compasión á los miserables que se sometían á todo linaje de afrentas con tal de satisfacer el hambre, censura acerbamente á los poderosos que les daban las sobras de su mesa á cambio de insoportables vituperios.

Que no te da vergüenza me aseguras
Vivir de ajena mesa, y que contento
Sufres agravios tú, que ni en las duras (1)
Cenas de César, Galba ni Sarmiento (2)
Soportaron jamás; pues lo repito,
Dúdolo, aunque lo jures veces ciento.
Poco bástale al vientre. Pero admito
Que aun te falte eso poco, suficiente
Para aplacar el ávido apetito.

(1) Alude á las cenas de Augusto, que refiere Suetonio (Octavio Aug. Lxx), y en las cuales los convidados se entregaban á toda clase de desórdenes; por eso las llama *iniquas mensas*.

(2) Sarmiento fué un bufón de Augusto, y Galba de Tiberio. Habla Horacio del primero en la sátira quinta, y Marcial del segundo. El diálogo que introduce Horacio en la expresada sátira entre Sarmiento y Cicerro, que se dirigen toda clase de denuestos para divertir á los convidados, da idea del vilísimo papel que estos bufones desempeñaban en las mesas de los grandes. Juvenal, para ponderar la abyección de los parásitos, dice que sufrían afrentas que ni Galba ni Sarmiento habrían soportado.

Dime tú: ¿No hay un muelle, no hay un puente
 Donde pedir? ¿No habrá una estera, un manto,
 Con que ese cuerpo cubras indigente?

¿Tan famélico estás? ¿Tienes en tanto
 Los ultrajes que sufres en la cena,
 Que no te den bochorno ni quebranto?

Pues ¿no es mejor que estar á mesa ajena,
 Temblar de frío y el manjar grosero
 Comer, con que su vientre el perro llena?

Su mesa al ocupar, piensa primero
 Que el patricio, con don tan diminuto,
 Pagará tus servicios por entero.

De la amistad de un grande éste es el fruto,
 Comer, y al convidarte ya se tiene
 Por exento de todo otro tributo.

Si por ventura á su memoria viene
 El cliente olvidado, es porque un lecho,
 Que está vacante en el triclinio, llene.

—Conmigo comerás; goce tu pecho,
 Dice, el honor insigne que desea.
 ¿Qué más quieres?»—Y Trebio, ya deshecho,

El sueño pierde, olvida la correa,
 Teme que la parásita y mezquina
 Turba madrugue más y al dueño vea

Cuando el alba aun el cielo no ilumina,
 Cuando Bootes con su carro helado,
 Lento, del polo en derredor camina.

Y ¡qué cena le aguarda! Adulterado
 Vino le dan, que ni aun la lana embebe (1),

(1) Para teñir de púrpura una tela, los antiguos la empapaban antes en vino. Éste era de inferior calidad, y por eso dice que dan al cliente un vino tan malo, que ni aun sirve para la lana.

Y torna en coribante al convidado.
 Vuelan los platos tras disputa breve,
 Corre la sangre por doquier al punto,
 Y mancha del mantel la limpia nieve.
 ¡Cuántas veces allí fiero trasunto
 Es el banquete de campal pelea
 Y armas son las botellas de Sagunto! (1)
 El dueño, en tanto, el vino saborea
 Que recuerda la época en que ardía
 De la guerra social viva la tea,
 Ó antiguo cónsul (2); de ese nunca envía
 Al cliente, aunque enfermo y ya por tierra
 Le postre el mal; después bebe el que cría
 Setino, ó el que da la albana sierra,
 Al cual la patria y título borraron
 Polvo y vejez del vaso que lo encierra:
 Igual Helvidio y Tráseas (3) lo libaron,
 Coronados de flores, cuando el día
 Natal de Casio y Bruto celebraron.
 Aurea copa esmaltada en pedrería,

(1) Los vasos de arcilla hechos en Sagunto eran de poco precio, y por eso se ponían á los pobres.

(2) Para ponderar la antigüedad del vino emplea la frase *capillato consule*, refiriéndose á la época de los primeros cónsules, que se dejaban crecer el cabello. Quiere decir, pues, *antiguos cónsules*.

(3) Sobre Helvidio y Tráseas, véase Tácito, l. XVI. El último, no queriendo prestarse á las infames complacencias del senado con Nerón, salió indignado de la curia cuando oyó leer la apología del parricidio cometido por aquel Emperador. Acusado por los satélites de Nerón, no quiso defenderse, y recibió la sentencia de muerte con estoica serenidad. El poeta cita á Helvidio y Tráseas, no tanto para ponderar la antigüedad del vino, cuanto en odio de Domiciano, el cual ordenó la muerte de Junio Rústico por haber alabado á aquellos defensores de la república, que rendían una especie de culto á la memoria de Bruto y Casio.

Usa Virrón, mas nunca tanpreciado
 Tesoro entre tus manos se confía;
 Ó bien si te la dan, allí clavado
 Un guardia tienes que las piedras cuenta
 Y tus uñas observa con cuidado.

—«Perdona, no lo tomes por afrenta,
 Este vaso de precio muy subido
 Es, y las piedras que su esmalte ostenta
 Virrón en sus anillos ha lucido,
 Y antes con ellas adornó su acero
 El joven (1) sobre Yarbas preferido.»—

Tú el cáliz, al cual nombre el zapatero
 De Benevento (2) dió, y el cambio aguarda
 Ya por azufre, que es su uso postrero,
 Sólo podrás tocar; mas di que arda
 Con el vino abundante y la comida
 Del señor el estómago; que tarda
 Se haga la digestión; el agua hervida,
 Más que las nieves de la Escitia helada,
 En rico vaso le será servida.

Tú en una jarra tosca y mal labrada,
 Cruda la tomarás, por las huesosas
 Manos de negro ctiópe presentada;

Al cual á media noche, si es que osas
 Atravesar por la Latina vía,

(1) Eneas, preferido á Yarbas, rey de Lidia, por Dido.

(2) Vatinio, zapatero de Benevento, gran bebedor, dió nombre á cierta clase de vasos grandes y de inferior precio, llamados *catinianos*. De ellos dice Marcial:

*«Vilia sutoris calicem monumenta vatini
 Accipe; sed nasus longior ille fuit.»*

Dice que están ya reclamando el azufre, porque los vasos rotos é inútiles solían cambiarse por azufre.

Vieras surgir con miedo entre las fosas.

Un joven, flor del Asia en gallardía,

Sirve á Virrón: para cubrir la suma,

Que costó, no la hacienda bastaría

De Hostilio vencedor, ni de Anco y Numa,

Ni aun de los otros reyes la riqueza.

Tú, pues, acude, si la sed te abruma

Al jóven Ganimedes. Tu pobreza,

Él, que tantos sestercios ha costado

¿Há de atender? Su edad, su gentileza

Dignas son del señor, no del criado.

¿Cuándo se acerca á ti? ¿Cuándo obedece

Si es que lo llamas tú, y el vaso helado

Ó agua tibia solícito te ofrece?

Nunca; antes bien le enoja el cliente anciano

Que al pedirle sentado permanece

Mientras él de pié está. Señor romano

No hay ya sin estos siervos en su casa.

Mira con qué desdén tan soberano

Otro te alarga el pan. Y blanda masa

Tiene á fe ese mendrugo ya enmohecido!

¡Pobres dientes si muerdes! tabla rasa

Pronto serán. Pero el recién cocido,

Candéal y más blanco que la nieve,

Ese solo al señor será servido.

¡Cuidado con tocarlo! ¡Al que lo lleve

Mucho respeto! ¿Qué? ¿Piensas que miento?

Prueba, si á tanto tu valor se atreve.

Ya te lo impedirán.—» ¡Ved el hambriento!

¿Tu pan no has conocido, el siervo exclama,

Siendo cual es tu habitual sustento?»—

—«¿Y para esto, dirás, dejé la cama,

Y salvé el Esquilino y el opuesto
 Monte en que el aire entre el granizo brama?

¿Y he sufrido la lluvia para esto,
 Y que empapase el agua mi vestido?—
 Mas mira, mira el pez que al dueño han puesto.

De sabrosos espárragos ceñido,
 La cola en alto, os mira con desprecio
 Cuando del siervo altivo es conducido.

Un camarón á ti, por menosprecio,
 Te dan con medio huevo, muy adecuado
 Manjar á convidado de tal precio.

Con venafano (1) aceite el delicado
 Pez entretanto tu señor sazona,
 Y la pálida col, ¡oh desdichado!

Que te se ofrece ya el olor pregoná
 De la linterna; pues lo mismo sabe
 Que aquel que á nuestra Roma proporciona

La aguda prora de africana nave
 En tinaja de caña, y da motivo
 A que nadie con Bócoris se lave (2);

Ó el que ofrece eficaz preservativo
 Contra heridas de sierpes ponzoñosas.
 El dueño, come el barbo nutritivo

Que Córcega ó la costa peñascosa
 De Taurominio (3) dió, pues ya desierta
 La nuestra está de pesca tan sabrosa;

Que la gula voraz, siempre despierta,

(1) Venafro, hoy Campobasso.

(2) Es decir, tan malo y pestífero es este aceite africano, que no puede resistirse el olor que despiden los que con él se ungen. Bocchoris, nombre de un rey de Mauritania, se emplea antonomásticamente por africano, moro.

(3) Taurominio, ciudad de Sicilia.

Ganancia pingüe al pescador ofrece,
 Y en el tirreno mar, la vista alerta
 Le hallarás con sus redes. Ya no crece
 Allí ni un solo pez, y mar lejano
 Es el que nuestras mesas abastece,
 El que da lo que Lenas cortesano
 Compra y Aurelia vende (1). La murena
 Mejor del mar revuelto siciliano,
 Ponen luego á Virrón; pues cuando enfrena
 Austro su ira y las mojadas plumas
 Seca en su cárcel, lánzase serena
 La temeraria barca á las espumas
 De Caribdis. Mas tú no del mezquino,
 Sino una anguila recibir presumas,
 Deuda de larga sierpe, ó tiberino
 Pez, manchado de hielo, nauseabundo,
 Y de las dos orillas fiel vecino.
 El cual, de la Subura en lo profundo
 Penetrando, se engorda en la cloaca
 Que corre al Tiber cual torrente inmundo (2).
 Yo, pues, ante conducta tan bellaca,
 Sólo dos frases á Virrón diría
 Si escuchar se dignara mi voz flaca.
 —Nadie te exige des lo que solía
 Séneca á sus amigos inferiores,

(1) Este pasaje es bastante obscuro. Algunos le interpretan así: «Lo que, para captarse el favor de la rica Aurelia, que no tiene heredero, compra Lena y se lo regala, vendiéndolo después ella, para utilizarse de su producto.» Si se tiene en cuenta lo que se dice en una de las notas á la sátira cuarta acerca del desmesurado precio que alcanzaban algunos peces, no parecerá rara la interpretación.

(2) Se refiere á las cloacas ó desaguaderos de la ciudad hasta el Tiber.

Lo que Cota ó Pisón, pues se tenía
 Entonce en más que títulos y honores
 El dar, y esta la gala y ornamento
 Eran de nuestros inclitos mayores.

Sólo una cosa pídotte: que atento
 Trates al huésped; hazlo, aunque te vea
 Para él mendigo, para ti opulento. —

Mas ya de ánsar enorme saborea
 El hígado Virrón, y una gallina
 Casi tan gorda, y jabalí que humea,
 Digno de la certera jabalina
 Del rubio Meleagro. Luego vienen,
 Si es que la primavera ya domina

Y los ansiados truenos sobrevienen,
 Las criadillas de tierra, pues las cenas
 Abundancia mayor entonces tienen.

—«Guarda, oh Libia, tu trigo, las faenas
 Del aradó suspende, al buey desata,
 Y vengan naves de criadillas llenas»,

Grita Aledio.—Mas ved, ahora se trata
 De trinchar, para más enojo vuestro:
 ¡Mirad qué bien la operación remata,
 Saltando el trinchador, y esgrime diestro
 El volador cuchillo, y ejecuta

Cuantos primores le enseñó el Maestro!

Y ¡quién por cosa baladí reputa
 El trinchar una liebre, una gallina?

¡Ay del que chista, si es que no disfruta

Tres nombres! (1) Con baldón se le fulmina

(1) Los ingenuos usaban el *prenomén*, *nomen* y *agnomen*, como v. gr.: *Publio Cornelio Escipión*. Por eso dice *tres nombres*.

De allí, y cual por Alcides fué arrastrado
Caco (1), luego al portal se le encamina.

Nunca VIRRÓN te brinda, ó con agrado,
Vaso que llevas á los labios toma;
Mas ¡cuál entre vosotros tan osado

Habrà y de mente tan obscura y roma,
Que al señor diga:—«¡Bebe!»—Un vil mendigo
Cual tú, de rota capa, calle y coma.

Si un Dios, ó semejante á Dios, contigo
Más propicio que el hado, te legara
Cuatrocientos sestercios, ¡cuán amigo

Tuyo VIRRÓN entonces se tornara!
¡Cuánto fueras, de nada que ahora eres!
—«Á Trebio sirve, á Trebio pon, gritara.

¡De esta salchicha, HERMANO, probar quieres?» —
¡Oh dinero! tal honra á ti es debida;
¡EL HERMANO ERES TÚ! Mas si quisieras

Ser dueño y rey de tu patrono, cuida
Que ningún Eneas párvulo en tu sala
Juegue, ó hija que es mucho más querida.

Si es tu mujer estéril, ¿quién iguala
En afecto al amigo? Si es fecunda,
Y tres pare de un golpe tu Mycala,

Tampoco importa; al lisonjero inunda
El gozo, viendo el bullicioso nido,
Y si su mesa alguna vez circunda

La parásita prole, algún vestido
Verde le da, avellanas y dinero.

Hongo mortal al pobre es ofrecido,

(1) Alude á la fábula de Caco y de Hércules. Habiendo aquél robado á éste las ovejas, Hércules penetró en su cueva, le dió muerte y le sacó arrastrando por los pies.

Las setas al señor, sanas, empero,
Cual Claudio las comió cuando aun no había
Su esposa aderezado aquel postrero

Plato, y no comió más. Virrón envía
Para sí y sus amigos por manzanas
Que sólo óler podrás. No producta

Perenne otoño frutas más lozanas
En Feacia (1), y hurtadas las creyeras
Á las mismas hespéricas hermanas.

Tú atente á las que son agrias cual tueras,
Como las roe aquel que se defiende
Con el casco y escudo en las trincheras,

Y con el duro centurión aprende
Á manejar el dardo, temeroso
Del fiero azote que sobre él descende.

¿Piensas tú que por ser menos costoso
Lo hace Virrón? Por humillarte lo hace.
¿Pues qué farsa, qué actor hay tan gracioso

Como un glotón que llora? De aquí nace
Todo el secreto, y no le des más vuelta.

Obra así porque ver salir le place

Tu bilis entre lágrimas disuelta,
Y que aprietas los dientes irritado,
Por no dar á tu furia rienda suelta.

Te creiste hombre libre y convidado;
Mas él sólo te juzga un vil gorrista
Por su cocina preso, y no va errado.

(1) Según Homero, los jardines de Alcinoos, rey de Feacia, florecían con perpétuos frutos. «Jamás desaparecían ni faltaban los frutos de estos árboles, ni en invierno, ni en estío, á diferencia de lo que sucede con los que solamente reverdecen una vez al año; el soplo del céfiro daba vida á unos y maduraba á los otros,» etc. Odis., c. VII.

¿Quién tan vil que dos veces le resista,
Si ciñó, cuando niño, la áurea bula (1),
Y es más, aunque plebeyo traje vista,
Y lleve correa pobre? Os estimula
Esperanza de cena suculenta,
Pero os engaña vuestra abyecta gula.

—«Ahora en que pruebe yo quizás consienta
De esa mediada liebre, esa gallina,
Ese pernil de jabali.»—Y atenta

La vista, ya esperáis la golosina
Guardando intacto el pan que os ha quedado.

¡Oh! Quien así te ultraja, cómo atina.

Sufre, pues, tanta afrenta resignado,

Ya que á sufrirlas rebajarte quieres;

Y no tardará el día en que humillado,

La pelona cabeza sometieres

Al afrentoso golpe y al castigo;

Ni el duro azote temerás, pues eres

Digno de mesa tal, de tal amigo!

(1) Llamaban los Romanos *etruscum aurum* á este distintivo de los niños ingenuos y nobles, porque Tulo Hostilio trajo á Roma de Etruria la costumbre de usarlo. La bula representaba la figura de un corazón. La *correa* era la insignia de plebeyos, libertos y pobres, por lo cual dice Juvenal, *paupere loro*.

SÁTIRA SEXTA.

LAS MUJERES.

ARGUMENTO.—Esta es, sin duda, la composición más vasta y picante de Juvenal, donde el vigor de los rasgos, la vivacidad de los colores, la magistral perfección del estilo, las bellezas de primer orden abundan más que en ninguna otra de las suyas. Nótase, sin embargo, en el plan de ella falta de arte, pues se reduce á una serie de retratos de mujeres viciosas, que se suceden sin transición ni método; pero este defecto se halla tan admirablemente compensado con las bellezas de todo género que en la sátira abundan, que siempre quedará ésta como la obra maestra de Juvenal, el cual se muestra en ella observador sagaz, pintor habilísimo, censor justo é inflexible de las costumbres. Otro defecto aun más grave afea esta sátira, ó sean los cuadros en que se pinta al desnudo y con tal lujo de pormenores y crudeza de expresión, que no pueden trasladarse á ninguna lengua los vicios y torpezas de las damas romanas. Sean cuales fueren las razones que puedan atenuar tal violación de la moral en los escritos de un poeta pagano, y sin olvidar que su propósito era hacer aborrecibles los vicios que con tanta viveza describe, he creído de mi deber suprimir ó modificar, tanto en ésta como en las demás sátiras, aquellos pasajes que no puedan trasladarse sin ofensa del decoro.

No dudo que en los días
De Saturno (1) el pudor moró en la tierra

(1) Empieza esta sátira con una brillante pintura de aquellos tiempos primitivos que fueron denominados la *edad de oro*, muy parecida á la que hace Lucrecio en su poema *De rerum natura*.

Y largos años más, mientras las frías
 Cuevas mísero albergue, hogar y lares
 Daban al hombre, y sombra el mismo techo
 Á ganados y dueños ofrecía;
 La rústica mujer, silvestre lecho
 Con bálago y ramaje componía,
 Y su cuerpo cubría
 Con pieles de las fieras, en vecinos
 Bosques heridas. Cierito,
 No parecida á ti, Cintia, ni ¡oh Lesbia! (1)
 Á ti, cuyos ojuelos cristalinos
 Cubrió de llanto pajarillo muerto.
 Robustos hijos, con raudal copioso
 De sus nutricios pechos sustentaba,
 Y más salvaje y brava

La mitología colocaba esta dichosa edad en los tiempos en que reinaba Saturno, padre de los dioses, y antes de que Júpiter empuñara el cetro del Olimpo. Este recuerdo de la primitiva felicidad del linaje humano es un vestigio sin duda de las antiguas tradiciones consignadas en el Génesis; pero debe advertirse que los paganos confundían ese feliz estado primitivo con el salvaje, tomando por inocencia de costumbres lo que era aspereza y rusticidad. Esto es lo que indican en nuestro poeta las frases *spelunca domos, montana uxor, el sæpe horridior glande ructante marito*, etc. Al reinado de Júpiter, que ya dió el ejemplo de los vicios, corresponde, según la mitología, la *edad de plata*, y la siguiente fue la de *hierro*.

(1) Cintia era la amada de Propercio, y Lesbia la de Cátulo. Juvenal alude á la poesía del último dedicada á la muerte de un pajarillo que Lesbia amaba tiernamente:

*«Lugete o Veneres Cupidinesque
 Et quantum est hominum venustiorum.
 Passer mortuus est meæ puellæ,
 Passer, deliciæ meæ puellæ,
 Quem plus illa oculis suis amabat....
 Tua non opera meæ puellæ
 Flendo turgiduli rubent occelli.»*

Era su faz, que la del mismo esposo,
Que el hambre con bellotas aplacaba.

¡Cuán de otro modo entonces, cuando el mundo
En la infancia yacía
Y era reciente el cielo, se vivía!
Nacido el hombre del abierto roble (1),
Ó formado de arcilla,
Progenitor no tuvo. Del anciano
Pudor algún vestigio acaso brilla
En los tiempos de Jove soberano;
Mas del Jove aun imberbe é inexperto,
Cuando los Griegos del perjurio huían (2),

(1) La fábula de que el hombre había nacido de un roble abierto, provino, sin duda, de que las primeras moradas de los hombres debieron ser, antes de construir edificios, los huecos de los árboles ó las cuevas. Dice también que los primeros hombres fueron hechos de barro, *compositive luto*, que, como se ve, es una reminiscencia de las tradiciones primitivas acerca de la creación del hombre, estampadas en el Génesis.

(2) He traducido el *« nondum græcis jurare paratis,*

Per caput alte: ius),

diciendo que era el tiempo en que los Griegos huían del perjurio, porque en el fondo es la misma idea del original. Jurar por la cabeza de otro era tanto como decir que se juraba por lo más sagrado, por la vida de la persona más amada. Así se lee en Virgilio:

« Testor utrumque caput),

y el mismo poeta pone en boca de Ascanio este juramento:

« Per caput juro per quod pater ante solebat.»

Expresa, pues, Juvenal aquí, que era en los tiempos en que los Griegos conservaban aún la primitiva ingenuidad y todavía se fiaban unos de otros, por lo cual no apelaban al juramento para acreditar sus dichos, ni mucho menos osaban garantizarlos con la mentira, perjurar. Es un dardo lanzado al vuelo contra los Griegos, á quienes tantas veces moteja Juvenal, siguiendo la corriente de los escritores romanos, por su perfidia, falsedad y carácter ruin y lisonjero.

Cuando coles y pomos en abierto
 Jardín, seguras del ladrón, crecían.
 Poco después Astrea (1) huyóse al cielo
 Y en pos la Honestidad, y así dejaron
 Ambas hermanas á la vez el suelo.

¡Oh Póstumo! Antiquísimo pecado
 Es seducir á la mujer ajena,
 Y despreciar el vínculo sagrado.
 De todo crimen llena
 Ya fué la edad de hierro; la de plata
 Vió nacer al adúltero primero.
 Y sin embargo, ¿en nuestra edad ingrata
 Pactados ya los esponsales tienes,
 Ofrecida tu mano?
 ¡Ya tu cabeza peina el peluquero,
 Y el anillo tal vez ya diste en prenda?
 Cierto, tú estabas sano.
 ¡Ahora te casas, Póstumo! ¡Qué horrenda
 Furia ó que sierpe se anudó á tu pecho?
 ¡Siervo de una mujer, cuando si quieres
 Ahorcarte, cuerdas hay; y si prefieres
 Tirarte, altas y lóbregas ventanas,
 Y vecino á tu casa el puente Emilio! (2).
 Mas cumplir la ley Julia (3) quiere Ursilio,

(1) Llamábase Astrea á la Justicia, por suponerla hija de Astreo. Dice que por causa de la liviandad de Júpiter y de los hombres, poco después se fué al cielo, juntamente con el Pudor.

(2) El puente Emilio recibió este nombre de Marco Emilio Scauro, que lo construyó en la vía Flaminia. Después se llamó *Pons Milvius*.

(3) La ley de que habla aquí es la llamada *Papia Poppæa*, promulgada por Augusto para fomentar los matrimonios y castigar el celibato, todo con el fin de aumentar la población, muy mermada por las guerras civiles.

Y un heredero ansía,
 Las tórtolas y barbos despreciando
 Que el codicioso adulator le envía.
 ¿Y qué imposible habrá, si al fin un día
 Se casa Ursilio? ¿Si el que ardiente culto
 Rindió al placer, en seducir maestro,
 Y tantas veces en la cesta oculto
 La muerte eludió diestro,
 Como el bufón Latino, entrega dócil
 La necia boca al marital cabestro?
 ¿Y es esto todo? Hay más: el inocente
 Busca mujer honesta, hecha á la antigua.
 ¡Oh médicos! ¡Sangradlo! Está demente.

—Tú, Póstumo, al umbral del Capitolio
 Corre á inclinarte, y de Junón al ara
 Lleva ternera de dorados cuernos,
 Si honesta esposa á dicha te depara.
 —¿Tan escasas hoy son ya las mujeres
 Castas, las que merezcan
 Tocar las cintas de la madre Ceres (1)
 Y al padre, si lo abrazan, no estremezcan?
 —«Cuelga guirnaldas en tu puerta, amigo;
 Tiende sobre el umbral hiedra copiosa.—
 —Uno basta á Iberina.»—«¿Si? Pues digo
 Que antes conseguirás que ella gustosa
 Con soló un ojo esté.»—«Fama de honrada
 Tiene cierta doncella
 Que en el paterno campo vive hoy.»

(1) Estaba prohibido á las mujeres de malas costumbres celebrar los misterios de Ceres, siendo admitidas á ellos únicamente las de vida intachable por su honestidad.

—«Viva en los Gabios ó en Fidenas ella,
 Como en el campo, y su marido soy.
 Mas ¿quién de sus virtudes me asegura?
 ¿No habrá en cuevas y montes, por ventura,
 También peligro? ¿Acaso envejecieron
 Marte y Jove? ¿Mujer honesta y pura,
 A tus ojos los atrios (1) ofrecieron?
 ¿Habrás del circo entre las gradas una
 Á la que puedas entregar tranquilo
 Tu cariño, tu honor y tu fortuna?
 Cuando el muelle Batilo
 Baila la leda pantomima, enciende
 Á Tuccia fuego súbito, suspira
 Apula, y aun Tymele inmóvil mira;
 ¡Tymele, la inocente, que allí aprende
 La primera lección! Mas otras, cuando
 Cesa el teatro y sólo el foro suena,
 En el tiempo que media entre plebeyos
 Juegos y megalésicos (2), su pena
 Intentan aliviar, á Accio imitando,
 Ceñidor, tirso y máscara llevando.
 De una Atelana (3) en el exodio, Urbico
 Con gestos de Antenoe su risa mueve.

(1) Los atrios ó pórticos de Pompeyo y de Isis, á los cuales concurrían las mujeres.

(2) Los juegos megalésicos se celebraban en honor de Cibele, madre de los dioses, y estaban dedicados á Junio Bruto. Eran en las nonas de Abril, y los plebeyos en las calendas de Diciembre.

(3) Las atelanas eran unas obras dramáticas, donde alternaba lo serio con lo festivo. Por la licencia que en ellas reinaba fueron prohibidas de orden del Senado, y se restablecieron en la época de los emperadores. El *exodio* era una farsa licenciosa que se representaba después de una atelana ó en los entreactos.

Ama á Urbico Elia pobre, pero es caro
 El amar á un histrión; á otras conmueve
 Crisógeno, é Hispula sin reparo
 Á un trágico se rinde; pues ¿tú esperas
 Que amen á un Quintiliano hembras ligeras?
 Cásate, pues, y Equión el citarista,
 Gláfiro ó el flautista
 Ambrosio, te harán padre. Amplio teatro
 Alza, que á inmensa multitud divierta;
 Orne el laurel, ¡oh Léntulo! tu puerta,
 Orne tus postes, y en testácea cuna
 Muestre el nacido infante
 De Eurialo el gladiador todo el semblante.» —

Hipia, mujer de un senador, con Ludo
 Marchóse al Faro (1), al Nilo, á los famosos
 Muros de Lago, y ni aun Canopo pudo
 Sufrir en calma la abyección romana,
 Y de tanto impudor mostró vergüenza.
 Hipia todo lo olvida: esposo, hermana,
 Hogar, patria; no hay fuerza que la venza,
 Ni el llanto de los hijos, ni sus ruegos,
 Y ¡pasmate! ni Páris (2), ni los juegos.

Mas aunque rica, y en mullida pluma,
 Niña durmió bajo el paterno techo;¹
 Desprecia el mar, cual despreció su honra,

(1) Faro, isla unida á Alejandría por un puente. La frase *muros de Lago* se refiere á la misma ciudad de Alejandría, corte de los Ptolomeos, llamados Lagidas por el fundador de la dinastía Ptolomeo, hijo de Lago.

(2) Páris, de quien habla Juvenal en otra sátira, era un actor favorito de Domiciano. Quiere decir aquí que ni los placeres del circo, ni los del teatro, detienen á Hipia.

Que es cosa vil para liviano pecho.
 Del mar tirreno la revuelta espuma
 Cruza y el Ponto mugidor tranquila,
 Sin miedo á los azares
 De tan diversos y remotos mares.
 Diz que la obligue algún motivo justo
 A riesgo tal, y trémula vacila,
 Queda pálida, inerte,
 Y se le hiela el corazón de susto,
 Pues ella sólo para el vicio es fuerte.
 Que lo ordene el esposo. ¡Cuán molesto
 El embarcarse es! Insoportable
 Es la sentina; el aire descompuesto
 Al vértigo la excita.....
 La que sigue al adúltero conserva
 El estómago firme,
 La que sigue al marido lo vomita.
 Aquélla come entre la vil caterva,
 Y en tocar la maroma, áspera y dura,
 Y en pasear la nave se extasia.

Más ¿cuál la juventud, cuál la hermosura
 De que Hípia se prendó? ¿qué la movía
 Á ser de infame gladiador esposa?
 Pues Sergiolo era viejo, carecía
 De un brazo y aguardaba
 Próximo ya el retiro; era horrorosa
 Su faz; tumor ingente
 Formado por el casco le llegaba
 A mediar la nariz, y pestilente
 Humor de sus ojillos destilaba.

Mas era gladiador, y eso los hace

Unos Jacintos. Patria, esposo, hermanos,
 Hijos pospone: hierro, hierro sólo
 Es lo que á tales hembras satisface.
 Jubilado Sergiolo (1),
 Otro Veiento ya le pareciera.

Mas ¡á qué hablarte del hogar privado,
 Á qué pensar en Hípia? Considera
 Á los rivales de los dioses; oye
 Lo que un Claudio sufrió. Cuando sentía
 Al esposo dormir, un vil tugurio
 Á su tálamo augusto prefiriendo,
 De sobornada sierva en compañía,
 Y su madeja de ébano cubriendo
 Con rubia cabellera,
 Á favor de la noche, en infamante
 Lugar entraba la imperial ramera.....
 Allí con falso nombre, el rostro oculto,
 Se dirige á su impúdico hospedaje
 Para manchar con oprobioso insulto,
 ¡Oh Británico ilustre! tu linaje.
 Luego, el salario vergonzoso pide,
 Y cansada del vicio, más no harta,
 La última en salir es, y al fin se aparta
 Cuando ya á todas el rufián despide.
 Y encendida la faz, ardiendo el pecho
 En adúltero fuego, Mesalina

(1) Perdiendo Sergiolo, dice el poeta, su carácter de gladiador, ya inspiraría á Hípia el mismo interés que su propio esposo el senador Veiento, á quien había abandonado. Esta afición á los gladiadores era muy común en las corrompidas matronas romanas, citándose entre otras á la emperatriz Faustina, famosa por sus desórdenes.

Torna, llevando al profanado lecho
Conyugal, el olor de la sentina (1).

¿Del Hippomanes (2) hablaré y los versos
Y del veneno que se dió al alnado?
El imperio del sexo á tan perversos
Crímenes las arrastra, que lo menos
Es ya su liviandad. ¿Por qué un dechado
De perfecciones á Cesonia llama
Su esposo? De un millón dueño le ha hecho.
Por este precio honesta la proclama:
Y no es que Venus con su fuego el pecho
Le encienda, ó que Cupido el dardo vibre;
¿Del dote sólo vienen las saetas!
Con él, la esposa cómprale el ser libre,
Y ya aunque escriba cartas, aunque acuda
Á citas y él lo sepa, no hay reparo.
La rica que se casa con avaro
Es tan dueña de sí cual la viüda.

¿Por qué á Sertorio su Bibula inflama?
¿Tu piensas que la ama?
Pues no; sólo su rostro le cautiva.

(1) En corroboración de la pintura que hace Juvenal de los inconcebibles vicios de Mesalina, recuérdese lo que dice Tácito: «*Jam Messalina, facilitate adulterorum in fastidium versa, ad incognitas libidines profuebat.*» ANN. XI, 26.

(2) El Hippomanes era un licor ponzoñoso, que excitaba á las pasiones. Los antiguos decían que era un filtro hecho con cierta excrecencia que aparece en la cerviz de un potro recién nacido. Teofrasto supone que era una composición de los árabes. Más adelante habla Juvenal de la locura que produjo este brebaje en Calígula, á quien se lo administró su esposa Cesonia. Suetonio dice también: «*Creditur potionatus a Cesonia uxore amatorio quidem medicamento, sed quod in furorem verterit.*»

Que la expresión de la mirada viva
 Ó la tersura de la tez le falte,
 Quedando el cutis árido y marchito;
 Que pierda de sus dientes el esmalte:
 —«¡Sal! le dirá el liberto favorito.
 Tu maleta dispón y vete presto,
 Pues verte moquear nos es molesto,
 Y además otra viene
 Con las narices secas á tu puesto.»—

Así, mientras florece
 Con hermosura juvenil, domina;
 La oveja canusina
 Pide al esposo, y viñas en Falerno.
 ¿Al ruego él cede tierno,
 Y piensa que se aplaca? Su afán crece,
 Y todo esclavo que halla en su camino,
 Cuantos tiene el vecino,
 Los ergástulos todos apetece.

En el mes de la bruma, en que se encierra
 El mercader Jasón en su cabaña
 Y abandonar la tierra,
 Al navegante audaz la nieve impide,
 Asáltale el deseo
 De rica copa de cristal, ó pide
 Luego murrino (1) vaso y el famoso

(1) Los vasos murrinos que Pompeyo trajo por primera vez á Roma, estaban hechos de mirra y arcilla. Plinio dice de ellos: *«In pretio sunt ob nitorem et coloris varietatem purpurei, candidi et tertii ignescentes. Aliqua et in odore commendatio est.»* Otros los han creído ya de porcelana, ya de concha, de ónix ó de espato fluor. Un varón consular compró una taza de éstas en

Diamante luego, que hizo más precioso
 De Berenice el dedo. Diólo un día
 Agripa incestuoso
 Á la culpable hermana
 En el país donde descalzo el rey
 El sábado celebra, y á los cerdos
 Permite envejecer antigua ley.
 —Mas ¿ni una sola habrá que te contente
 Entre tantas? (1)

—Sea rica, continente,
 Fecunda, de belleza peregrina;
 Viejos abuelos en el atrio ostente,
 Y más que una sabina
 De aquellas que la tea
 De una guerra cruelísima apagaron,
 Esparcido el cabello (2), casta sea.
 (Ave rara en la tierra, semejante
 Á negro cisne.) ¿Habrá algún hombre, empero,
 Que á una mujer tan intachable aguante?
 Rústica veneciana yo prefiero
 Mil veces, á la gloria relevante
 De ser tu esposo ¡oh Madre de los Gracos,
 Cornelia, si con ínclitas virtudes
 Junto el orgullo ostentas

70 talentos. Petronio tenía una de 300 talentos, que rompió para que no cayese en manos de Nerón, y éste gastó en otra 40.000.000 de sestercios. (Véase C. Cantú, *Hist. Univ.* t. VII, p. 556, ed. de Gaspar y Roig.)

(1) Es una objeción de Póstumo, á la cual luego contesta el poeta.

(2) Las mujeres sabinas lograron apaciguar los ejércitos de Tacio y Rómulo, interponiéndose suplicantes, para evitar el combate, entre sus compatriotas y sus esposos. En estos versos se alude á la famosa tradición del robo de la Sabinas y la guerra que fué su consecuencia.

Y en dote insignes triunfos me presentas!
 ¡Guarda tu Aníbal, tu Sifax vencido (1)
 Con horroroso estrago!
 ¡Vete, vete también con tu Cartago!
 — «Depón las flechas, el rigor suspende,
 Alma Diana, y tú, perdona, Apolo;
 Nada hicieron mis hijos, herid sólo
 Á la culpable madre»,—
 Dice Anfión; mas el dios el arco tiende,
 Y á la prole infeliz hiere y al padre;
 Mientras Niobe (2), más que alba lechona (3),
 Fecunda ser pretende,
 Y de estirpe más noble que Latona.

¿Qué vale el ser hermosa, el ser honesta,
 Si de ello haces alarde? Esa preclara
 Virtud, eximia y rara,
 Ninguna dicha da, pronto decae

(1) Se refiere á Sifax, rey de Numidia, vencido, juntamente con Aníbal, por Escipión el Africano de quien era hija Cornelia, madre de los Gracos. Dice de ella Plutarco que fué de eximia virtud, pero orgullosa.

(2) En este pasaje confirma Juvenal, con el ejemplo de Niobe, la máxima de que es intolerable una mujer soberbia, aunque tenga otras buenas prendas. Era Niobe, según la fábula, mujer de Anfión y envanecida con su nobleza y fecundidad, redarguyó á las mujeres tebanas porque sacrificaban á Latona, pretendiendo que se le rindiese este culto á ella por mereerlo más, á causa de su numerosa prole. Irritados por la injuria hecha á su madre, Diana y Apolo hirieron con sus saetas á todos los hijos de Niobe, y ésta fué convertida en piedra. El poeta alude á esta fábula, poniendo en boca de Anfión las palabras *parce praecor*. etc.

(3) Virgilio, en su *Éneida*, dice que los troyanos vieron en el sitio donde luego fué edificada Alba, una lechona amamantando treinta hijuelos. Alude aquí Juvenal á este hecho, del cual hace también mención en la sátira duodécima.

Si su ponzoña la altivez le presta,
Y más mirra que miel consigo trae.
¿Quién tan rendido habrá que aunque encarezca
De esposa tal las prendas superiores
Siete veces al día, no la aborrezca?

Otros defectos hay, tal vez menores,
Mas que también del cónyuge la ira
Provocan; pues ¿habrá mujer más vana
Que la necia que piense
Que no la hallarán bella, si no aspira
A parecer que es griega, ¡si es toscana,
Si de Sulmona es, que es ateniense?
En todo el griego, ¡y nunca mayor mengua
Se vió, que el olvidar la propia lengua!
En griego muestran su temor; si el odio
Ó el amor las inflaman,
Dícenlo en griego, y el cuidado inquieto
Y el violado secreto,
Todo, todo, y ¿qué más? en griego aman.
Pase en tiernas doncellas el capricho;
Pero aquel esqueleto
Que ochenta y seis inviernos atrás deja,
¿También hablar en griego? No hay decoro
Posible en una vieja,
Si derretida exclama:—«¡Yo te adoro!
¡Alma mia, mi vida!»—¿Cuál no agita
Frase tan dulce al pecho y lo enajena,
Si en boca fresca y juvenil resuena?
Pero aunque ella, más tierna y amorosa
Que Carpofofo y Emo, la repita,
¿Qué ilusión causará su faz rugosa?

Si á tu consorte con afecto vivo
 Tú no has de amar, renuncia al matrimonio.
 ¿Á qué el gasto excesivo?
 ¿Á qué el dispendio inútil de la cena,
 Y para el tardo vientre el digestivo? (1)
 ¿Á qué la fuente de monedas llena (2),
 Que como precio del amor ofrece
 Á la novia tu mano,
 Y do en oro acuñado resplandece
 El triunfador del dacio y del germano?
 Mas si rendirte á discreción te plugo,
 Si á ella amas sólo, inclina la cabeza,
 Ofrece la cerviz, disparte al yugo.
 No hallarás una que al marido exima,
 Y por más que te adore, en torturarte,
 En tus despojos goza. Así, no creas
 Que aunque el mejor de los maridos seas,
 Menos gravoso te será el casarte.

Nada podrás ya dar si ella se opone;
 Ni vender ni comprar, si ella no asiente:
 Mandará en tus afectos; al amigo
 Viejo, á quien vió tu puerta adolescente,
 Ella echará de casa. El vil lanista,
 El gladiador, hasta el rufián postrero,

(1) El original dice *mustaoca*, que eran unos panecillos amasados con mosto, que se repartían entre los convidados para ayudar á la digestión.

(2) Era costumbre que el recién casado ofreciese á su esposa, en calidad de arras, una bandeja llena de monedas de oro y de plata. Con las palabras *dacius* y *germanicus* designa el poeta á Domiciano, el cual, vencido por los dacios y los germanos, quiso, sin embargo, condecorarse con esos nombres, á estilo de los triunfadores. Es, por lo mismo, un fino rasgo satírico del poeta.

Libres son en testar. Derechos tales
Tú no ejerces jamás; el heredero
Designado será entre tus rivales.

—«¡Crucifica á este siervo!»

—«¿Por qué crimen?

¿Lo merece? ¿Hay testigos? ¿Quién delata?

Espera; nunca es larga la demora,

Siempre que á un hombre de matar se trata.»

—«¡Necio! Un esclavo, ¿es hombre? Nada dijo,

Nada hizo; el matarlo será injusto;

Pero así yo lo quiero, yo lo exijo,

Y por toda razón, baste mi gusto.»—

Reina, pues, sobre el hombre. Mas en breve
Deja su imperio, deja el propio techo;
Pisa el velo nupcial, y á nuevo enlace
Corre, y después al despreciado lecho
Torna otra vez. Las puertas, adornadas
Para las nuevas nupcias, abandona,
Las cortinas colgadas,
La hiedra aun verde que el umbral corona.
Así el número crece,
Así en otoños cinco su fe jura
Á ocho maridos (1); honra que merece
Que cual blasón se escriba
Encima de su propia sepultura.

(1) Séneca dice también, aludiendo á esta liviandad de las mujeres romanas: «*Nec consulum, sed maritorum numero annos suos computant*» (De benef.), y Marcial:

«*Aut minus aut non plus tricessima lux
Et nubit decimojam Thelesina viro.*»

Mientras tu suegra viva,
 Nunca aguardes la paz; hábil maestra
 De tu mujer, la enseñará á arruinarte:
 Ella también la adiestra
 Del adulterio en el infame arte.
 El billete amoroso
 Ella le dicta; ella soborna al guarda;
 Ella protege, criminal tercera,
 Á oculto amante que impaciente aguarda.
 ¿Piensas tal vez que la virtud austera
 La enseñe? Siempre ha sido provechoso
 Á estas torpes ancianas
 Hijas tener más torpes y livianas.

Casi hay pleito que mujer no mueva;
 Si acusada no fué, Manilia acusa:
 Ella forma el libelo, ella la prueba,
 Y ni aun dictar á Celso el abogado,
 El exordio y los tópicos rehusa.

Pues ¿quién ignora el femenino unguento (1),
 Y el manto en tirio múrice teñido?
 ¿Quién no vió el palo por su mano herido,
 Y cuál le retan del escudo armadas,

(1) Los atletas solían unguirse el cuerpo para los ejercicios del circo, después de los cuales se cubrían con un manto (*endromyden*) para enjugarse el sudor. También los soldados, para adquirir agilidad en los movimientos, se ejercitaban en atacar un palo hincado en el suelo. Las damas romanas, imitando á unos y otros, se ocupaban en estos trabajos del circo y de la vida militar, olvidándose de su decoro y de la debilidad propia del sexo. El sentido es, por lo tanto: «¿Quién ignora ya que las mujeres descienden al circo como los atletas, y usan los unguentos y el manto de éstos, ó se ocupan en ejercicios gimnásticos como los militares?»

Según el arte gladiatorio ordena?
 Así, tales matronas á la arena
 Por la floral trompeta (1) convocadas
 Debieran ser, si ya á más señaladas
 Empresas en su ardor no se disponen
 Y luchar en el circo se proponen.

Mas ¿qué pudor esperas
 En mujer que usa casco, que aborrece
 Su sexo, y en gimnásticas carreras
 Y luchas sólo disfrutar parece?
 ¡Gran honor, si las ropas de tu esposa
 Sacáranse á subasta! ¡Fueran cosa
 De ver! Manoplas, cíngulos, cimeras,
 La armadura de hierro que defiende
 La pierna izquierda (2), y si ella ha concurrido
 Á otros juegos, verás, feliz marido,
 Que sus ferradas botas también vende.

¡Ésta es quien suda con la seda, ésta
 La que ni aun sufre gasa tenue y fina!
 Mira el anhelo con que el golpe asesta
 Que le enseñó el maestro, cuál se inclina
 Bajo el peso del casco y se sostiene
 En las rodillas, cuán densa es la faja
 Que la ciñe, y después la risa ataja
 Cuando, depuestas armas varoniles,

(1) Se refiere á los juegos instituidos por cierta mujer pública en honor de Flora, á los cuales concurrían las de mala vida, convocadas al son de trompeta, y donde se entregaban á danzas indecentes y á toda clase de liviandades.

(2) Dice así porque los soldados cubrían con el escudo la pierna derecha, que, por lo tanto, no necesitaba armadura.

Asedianla flaquezas femeniles.
 ¡Hablad, hablad ahora,
 Hijos de Fabio, Lévido, Metelo!
 ¿Cuándo usó traje igual la gladiadora?
 ¿Ó cuándo la mujer de Accilo (1), ruda,
 Hiriendo el palo se fatiga y suda?

De discordias teatro es siempre el lecho
 Conyugal; poco el sueño en él impera;
 Pues cuanto la mujer es más liviana,
 Tanto es más que la hircana
 Tigre, á quien roba sus cachorros, fiera.
 Ella, culpable de maldad oculta,
 Sollozos falsos lanza de su pecho,
 Y finge pena fuerte;
 Al esclavillo insulta
 Ó por manceba imaginaria vierte
 Dos raudales de lágrimas, dispuestos
 Siempre á manar, cuando ella así lo ordena,
 Cual centinelas al mandato prestos.
 Tú piensas que es amor, y esto te llena
 De regocijo, y con tus labios, necio,
 Enjugarás solícito su llanto.
 ¡Oh qué billetes de tan alto precio,
 Qué cartas tú, si el escritorio abrieras
 De esa celosa adúltera, leyeras!
 Y en tanto, de tu honor con menosprecio,
 Ella se entrega al siervo ó al patricio.
 Di, Quintiliano, en el hablar maestro,
 ¿Tiene excusa tal crimen, tanto vicio?
 —«No hay arte, no, ni defensor tan diestro

(1) Accilo, un gladiador.

Que excusarla consiga.»

—«Pues discúlpate tú.»

—«Pacto fué nuestro,

Dice ella, tiempo hace,

Hacer los dos aquello que nos place.

Clama, y el cielo con el mar confunde,

Igual es al del hombre mi derecho.»

Si las sorprenden, ¿quién tan impudente
 Cual ellas es? Valor presta á su pecho
 El crimen mismo, audacia y fortaleza.
 ¿De dónde tales monstruos, de qué fuente
 Salieron? (1). La pobreza,
 Castas guardaba á las latinas antes,
 Ahuyentaban los vicios de su techo
 Las labores constantes,
 El breve sueño, las callosas manos
 En hilar tusca lana endurecida,
 Y Aníbal junto al muro, y vigilantes
 En la colina torre los romanos.
 De larga paz (2) el mal hoy nos hostiga,

(1) El alma noble de Juvenal, sublevándose contra la corrupción reinante, recuerda los tiempos gloriosos de Roma, en que, entregados sus hijos al duro ejercicio de las armas, y las mujeres á las faenas domésticas, conservaban limpias las costumbres. Nótese la belleza del cuadro, y singularmente la enérgica concisión de algunas frases: «*Parva tecta, somni breves, resatice duræque manus*, etc.

(2) Aunque la paz, considerada en si misma, sea un bien inestimable para las naciones, trae consigo la enervación y molicie de las costumbres, la degeneración de los caracteres, la corrupción, la ociosidad y otros males innumerables, si la vigilante acción del poder público no impide el desarrollo de todas las malas semillas que entonces nacen en la sociedad. En este sentido habla Juvenal de los funestos efectos de una larga paz,

La lujuria, cruel dominadora
 Más que el acero, se alza y nos castiga,
 Del vencido universo vengadora.
 Desde que huyó de Roma la pobreza,
 Ya mancha á las latinas
 Toda maldad, las liviandades todas;
 Desde entonces cubrió nuestras colinas
 La molicie de Síbaris, de Rodas
 Y Mileto, y de rosas coronada,
 Aquí también su asiento,
 Lasciva y muelle, trasladó Tarento.

El oro obsceno á la ciudad condujo
 Usos extraños; luego la riqueza
 Muelle, y el torpe lujo,
 Á la antigua virtud despedazaron.
 Pues una Venus ebria, ¿quién contiene?
 No distingue su pie de su cabeza
 Cuando media la noche, ella consume,
 Devora ostras enormes, y espumea
 El Falerno mezclado con perfume;
 Cuando la copa apura y ya voltea
 Casa y mesa en redor, y luces dobles
 Ve por doquiera. Duda, duda ahora
 De lo que Maura con Colacia hablara,
 Ó por qué causa Julia desenvuelta,
 Cuando llega á pasar cerca del ara
 Del antiguo Pudor, la risa suelta.

y llama á la molicie, fruto de ella, cosa peor que la guerra
 Obsérvese de paso qué energía en la frase:

.....*asceior armis*
Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.

Á todos los misterios conocidos
 Son de la Buena Diosa. Allí incitantes
 Músicas, convidando á los placeres
 Suenan. Suelto el cabello las mujeres,
 Cual furiosas bacantes,
 Con torpes gritos llaman á Mutino.
 Ya en sus venas enciende
 Impuro fuego la pasión; ya el vino
 Su ropa empapa y en raudal descende.
 Laufela allí disputa la corona
 Á la más corrompida cortesana;
 El premio infame gana
 Y de su triunfo cinica blasona.
 Allí á toda maldad, todo pecado,
 Abominable libertad se une;
 Y ni Príamo, por la edad helado,
 Tanta lascivia contemplara inmune,
 Ni Nestor, aunque enfermo. Mas ya es poco;
 Ansia voraz de goce, furor loco
 Agita al fin la femenil canalla,
 Estímulo febril las enardece,
 Y el brutal apetito surge y crece
 Sin respetar ya límite ni valla.

¡Pluguiese al cielo que con más decoro
 Fuese tratado el venerable rito
 Del culto antiguo! Mas el indio y moro (1)

(1) El indio y moro, es decir, hasta los pueblos más remotos saben ya lo que hizo Clodio, que fué sorprendido con hábito de mujer en casa de Pompeya, mujer de César, donde se celebraban los misterios de la Buena Diosa, á la cual sólo podían asistir las mujeres.

Conocen el delito
Del que en femíneo traje disfrazado,
Penetró audaz en el lugar vedado
Al hombre, y dovelada la pintura
Se ve, si copia varonil figura.
¿Quién antes impiamente
Despreciar á los númenes osara,
Y los vasos de arcilla, ó negra fuente
Del Vaticano, con que Numa usara
Sacrificar? Mas hoy, ¿ante qué ara
Clodio no llega? Amigos, ya os escucho
Decir: «Cerros pon, la entrada veda.»—
Mas ¿quién guarda al guardián? Diestra es la esposa,
Y sobornando á aquél hará que ceda.
Ya iguales en malicia
Son la mujer plebeya y la patricia;
Y no es mejor la que con pies desnudos
Lodo huella y escombros,
Que la que va en litera, de forzudos
Sirios llevada á los robustos hombros.

Para asistir al circo Olgunia alquila
Trajes, cortejo, amigas, la litera,
La nodriza y la rubia mensajera.
Y en tanto, su caudal gasta tranquila
Con joven gladiador, ni se detiene
En dar su último vaso, ni le asusta
La ruina de su hogar. Muchas son pobres,
Nadie el pudor de la pobreza tiene,
Nadie sus gastos al peculio ajusta.
Á lo que es provechoso
Atiende el hombre, á veces de hambre y frío,

Como la sabia hormiga, temeroso.
 Pródiga la mujer, no considera
 En que se agota el arca, y cual si el oro
 De ésta en eterno manantial fluyera,
 Ó sacase de acervo siempre lleno,
 Jamás los gastos del placer numera.

Si de música gusta, es su privado
 Uno de aquellos que la voz arriendan
 A los pretores. Siempre tiene al lado
 La cítara querida; con sus dedos
 Cuajados de diamantes,
 Hierde el laúd, y con el cresco arco
 Hace vibrar las cuerdas resonantes
 Que el delicado Hidímales tañía.
 El plectro la consuela de su ausencia,
 Y ella un recuerdo sin cesar le envía.
 Mujer de ilustres Lamias descendiente,
 Fárreo y vino ofrecía
 Á Juno y Vesta, por saber si Polio
 La olímpica corona alcanzaría
 En tarpeyo, certamen (1). ¿Más cuidado
 Mostrar pudiera por marido enfermo,
 Ó por el caro hijuelo desahuciado?
 Por un flautista inmóvil ante el ara
 No se avergüenza de cubrir su frente,
 Y las palabras que el augur dictara (2),

(1) A las fiestas que se celebraban, en honor de Júpiter Capitolino concurrían músicos y atletas, recibiendo en premio los vencedores una corona de encina.

(2) El arúspice dictaba ciertas palabras ú oraciones que habían de repetir los que encargaban el sacrificio, para hacerlo conforme al ritual establecido. Nota aquí la liviandad de las

Pronunció según rito, y conmovida,
 Palideció al caer la oveja herida.
 Dime, te ruego, oh Jano (1), tú que eres
 El más antiguo de los dioses, dime:
 ¿La súplica oyes tú de estas mujeres?
 Despacio el cielo está; y aun me imagino,
 Que hay poco allí que hacer; ésta el destino
 De un cómico os consulta; vuestra ayuda
 Aquélla para un trágico y felices
 Sucesos os reclama. Ya no hay duda,
 Pronto tendrá el arúspice varices (2).

damas romanas, que no se avergonzaban de acudir á los dioses y ofrecer sacrificios por la victoria de un vil histrión, lo mismo que si se tratara de la salud de sus esposos ó hijos. El hecho á que alude debió ser notorio, cuando lo atribuye á persona determinada:

«*Quedam de numero Laniarum et nominis Appi.*»

Otros leen *alti* en vez de *Appi*.

(1) Jano era tenido en Roma por el más antiguo de los dioses, y su culto se remontaba á los tiempos de Rómulo. Suponíasele hijo de Apolo y de Creusa y que había colonizado parte de Italia, estableciéndose cerca de Roma (*mons Janiculus*), donde acogió á Saturno, arrojado del cielo por Júpiter. Su culto era nacional y se le invocaba en todos los sacrificios. Representábasele con dos caras, para expresar que conocía lo pasado y lo futuro. Tenía una llave, indicando que él abría el año (*Januarius*). Rómulo le había construído un templo bajo el título de *Jano bifronte*; Numa le consagró otro bajo el de *Jano gémino*. Este era el que permanecía abierto durante la guerra, y cerrado en las épocas de paz. En más de mil años solo estuvo cerrado ocho veces, siendo la primera en tiempo de Numa, y la última imperando Gordiano III.

(2) Varices son las venas dilatadas é hinchadas por la sangre, que toma un color cárdeno. Quiere decir que á fuerza de estar de pie el arúspice, se le hincharán las venas de las piernas.

No es solamente en este pasaje donde Juvenal se vuelve contra los dioses paganos. Recuérdese el apóstrofe á Marte en la sátira segunda el *Marti Venerique tinenda* de la misma y otros muchos versos. Poco antes recuerda, sin embargo, con sentimiento, los tiempos antiguos, en que nadie osó despreciar á

Pero cante más bien, que no impudente
 Recorra la ciudad, y en las reuniones
 Se mezcle de varones
 Y con guerreros hable, altá la frente
 Ante el marido, y con resuelta audacia.
 Cuanto ocurre en el mundo ella lo sabe,
 Los asuntos de Sérica y de Tracia,
 De entonado y madrastra los misterios,
 Amorasas intrigas, adulterios,
 Y á quien rindió, sin duda,
 Su honor y su cariño la viüda.
 Ella vió la primera aquel cometa
 Para el armenio rey de infausto agüero
 Y el de los Partos. La última noticia
 Ella recoge, y el rumor postrero,
 Y hasta á forjarlos llega:
 Ya es el Nifates que inundó ciudades,
 É inmensos campos en diluvio anega;
 Ya montes son que el terremoto hunde,
 Pueblos que arruina. Así, por todas partes,

los dioses, y al fin de la sátira décimatercia declara que ningún dios se ha quedado sordo ni ciego para dejar de ver y castigar las malicias de los hombres. Estas contradicciones explícanse bien por el estado de confusión en que yacían todos los entendimientos, aun los más egregios, por efecto del paganismo. El culto de los falsos dioses no satisfacía á las almas; veíase además á aquéllos manchados con todos los crímenes que se castigan en los hombres, y por otra parte, la necesidad de creer en Dios es cosa que se impone á la naturaleza. En medio de esta obscuridad surgían á veces en los espíritus los restos de las antiguas creencias como las tablas de un naufragio. De esta clase son los magníficos versos de la sátira décimaquinta, en que se habla con tanta elocuencia del origen y naturaleza racional del alma humana, las ideas que resplandecen en la sátira décimacuarta, y otras muchas notables sentencias esparcidas en las demás.

Y entre cuantos encuentra en su camino,
Noticias mil difunde.

Al fin este defecto es tolerable.
Mas ¿qué diré de aquella que al vecino
Plebeyo prende, azota inexorable?
Porque el profundo sueño
Ladrando un perro le turbó, se irrita,
—«¡Palos, palos traed al punto!»—grita,
Y manda herir al perro, antes al dueño.
Terror al que la mira
Su iracundo semblante sólo inspira.
De noche al bafío acude, en pos llevando
Mil aprestos; cualquiera
Que un campamento muévase creyera:
Goza en sudar entre el tumulto, cuando,
Cansada al peso de los plomos graves,
Con ungüentos suaves
Hace que unja su cuerpo la esclavilla;
En tanto al sueño el triste convidado
Cede, y al hambre. Al fin, sonrosadilla,
Llega, y sedienta de agotar el vaso
De enóforo á sus plantas colocado.
Dos veces antes de comer lo apura
Para excitar el hambre, y lo devuelve,
Y el suelo mancha la materia impura.
Turbios arroyos sobre el mármol fluyen,
Ó bien en amplia fuente
Ya fétido el Falerno deposita,
Pues cual larga serpiente,
Caída en un tonei, bebe y vomita.
Náuseas y asco su marido siente,

Y cerrando los ojos,
 Contener logra apenas sus enojos.

Pero aun más me molesta la doctora
 Que no bien á la mesa comparece,
 De Virgilio los versos te decora,
 Y á Elisa (1) moribunda compadece.
 Á los vates compara; en la balanza
 Pone á Marón de un lado, de otro á Homero,
 Y luego el fallo decisivo lanza.
 Los gramáticos ceden al discurso;
 Los retóricos callan, y admirado,
 También calla el concurso.
 No intente el pregonero, el abogado,
 Mujer alguna hablar. ¡Tantos raudales
 De frases ella suelta en un momento!
 Dijeras que á la vez hieren el viento
 Platillos y campanas y atabales.
 Nadie fatigue ya bronce y clarines,
 Pues basta y sobra una
 Para auxiliar á la eclipsada luna (2).

Aun en las cosas lícitas, presente
 El sabio tiene el fin. Mujer que intente

(1) Elisa ó Dido, que, desesperada por el abandono de Eneas, se dió la muerte.

(2) Había entre los Romanos la creencia supersticiosa de que en los eclipses de luna se podría auxiliar á ésta tocando instrumentos de metal y con el clamor de atabales y trompetas. Por esto dice Tibulo: «*Æra auxiliaria lune.*» Quiere decir, pues, que la ruidosa verbosidad de esta mujer disertando acerca de los poetas, sería bastante, así como los instrumentos de metal, para socorrer á la luna en los momentos en que padece eclipse, *lunæ laboranti.*

Emular al varón facundo y cuerdo (1),
 Corta túnica ostente,
 Báñese por un cuarto,
 Y al dios Silvano sacrifique un cerdo.

No afecte tu mujer gala oratoria,
 Ni en conciso lenguaje
 Vibre el cortado y rápido entimema:
 No sepa mucha historia,
 Y en los libros no entienda algún pasaje.
 Me empacha la doctora que conserva
 De Palemón (2) el arte en la memoria,
 Y fiel las reglas del decir observa:
 Me apesta la anticuaria que me apura,
 Con versos nunca oídos, la paciencia,
 Y de la amiga rústica censura
 La frase que repite,
 Aunque no sea castiza, el hombre mismo.
 ¿No es lícito al esposo un solecismo?
 Todo ya la mujer se lo permite,
 Nada ilícito juzga, si presenta
 Collar de ricas perlas su garganta,
 Y áureos zarcillos en su oreja ostenta,
 ¡Algo insufrible habrá, cual mujer rica!
 Con ridículo aliño el rostro afea
 Llenándolo de pasta, y exhalando

(1) La mujer que hace gala de docta, dice el poeta, debe imitar también en las demás cosas á los hombres: vestir como éstos túnica corta, sacrificar, no á Ceres, sino á Silvano, como los hombres, y lavarse por exiguo precio, como los filósofos.

(2) Palemón, gramático, fué preceptor de Quintiliano, y tan orgulloso de su saber, que afirmaba que las letras habían nacido y morizían con él.

El craso unguento que inventó Poppea (1),
 Cuyo contacto manchará al esposo.
 Mas ¿qué le importa á ella
 Parecer en su casa limpia y bella?
 Sólo para el amigo ella barniza
 El semblante, y dispone
 Nardo y perfumes de la India muelle.
 Mas ya descubre el rostro; la postiza
 Tez, volviendo á la propia, ya depone;
 Ya empieza á conocerse. Se baña
 Luego en la leche, por lo cual doquiera
 Una legión de burras la acompaña
 Que, aun desterrada al hiperbóreo polo,
 Allí por su mandato la siguiera.
 Pero cara que así se adoba y llena
 Con tan varios emplastos, y cocido
 Recibe el candeal humedecido,
 ¿Cara ó úlcera es? ¿Y en qué faena
 Creerás tú que consume todo el día?
 Si por la noche la olvidó el esposo,
 ¡Pobre librería (2) y siervas! les ordena
 Que depongan la túnica, con ceño:
 Tarde vino el liburnio, y éste paga
 Los sinsabores del ajeno sueño.
 Del uno en las costillas saltan rotas
 Las varas; á ésta el látigo enrojece,
 Á aquella la correa;

(1) Poppea, mujer de Nerón, usaba para hermostear la tez una pomada compuesta de leche de burras, y habiendo sido desterrada, mando llevar á su residencia cincuenta de estos animales.

(2) La librería era la sierva que pesaba la lana en la balanza (libra) y la distribuía á las demás que se ocupaban en el hilado.

Hay dama que un verdugo se costea:
 Cruje el azote, y entretanto ella
 Pinta su faz, recibe á sus amigas.
 De un traje el oro y el dibujo vario
 Mira; sigue el azote, y de un diario (1)
 Las noticias recorre; y sigue, sigue
 Cayendo el duro azote hasta que el brazo
 Cansado del verdugo se fatigue.
 —«¡Sal!»—grita fiera, cuando ya las manos
 Dejaron de azotar. ¡Oh mansión dura,
 Más que la de los siglos tiranos! (2)

Si otro traje vestir se le figura
 Mejor que el ordinario, y tiene prisa
 Porque la esperan á la misma hora
 En el huerto, ó de Isis en el ara,
 De tanta liviandad encubridora,
 Psecas infeliz su pelo ordena,
 Mientras medio desnuda la cuitada
 Ve esparcida en el aire su melena,
 Por su cruel señora desgrefñada.
 —«¿Por qué este rizo sale menos bello
 Y al otro desigual?»—Dura correa
 Pune al instante el crimen del cabello.
 ¿En qué Psecas pecó? Si encuentras fea
 Tu nariz y deforme, ¿ese pecado,

(1) En Roma no se conoció el periodismo propiamente dicho, pero se solían poner en los sitios públicos las noticias de los sucesos importantes para que llegaran á conocimiento de todos. Esto dió origen á una especie de diarios (*acta diurna*), cuyas copias se difundían por todas partes, y en las que se daba cuenta, no sólo de los asuntos tratados en la curia, sino también de cuanto ocurría en la ciudad.

(2) Fálaris y Dionisio, tiranos de Siracusa.

La pobre niña ha de pagar? Al lado
 Siniestro otra la obra perfecciona;
 Extiende y peina el pelo
 Y en círculo lo agrupa. Una matrona
 Ya jubilada, y que pasó á la rueca
 Desde la aguja, siempre allí es oída,
 Su voto es el primero;
 Luego juzgan las otras, atendida
 Su destreza y su edad, cual si trataran
 Del honor en peligro ó de la vida.
 ¡Tal es su afán de parecer hermosa!
 ¡Órdenes tantos, tantas divisiones,
 De su cabeza el edificio ofrece!
 Andrómaca (1) de frente te parece,
 Más baja es por detrás; y tú supones
 Que es distinta mujer. Pase, si falta
 Más á su talla que á mujer pigmea,
 Y no la culpo si el coturno emplea
 Y empina el pie por parecer más alta.

Nada entretanto del marido cura,
 Ni la aflige el ser causa de su ruina;
 Con él como vecina
 Vive, y esposa es sólo en cuanto dura,
 Al amigo, á los siervos aborrece
 De él, y en que le empobrece
 Con sus gastos sin tasa.
 Ved el furioso coro de Belona
 Y de Cibeles que entra ya en su casa.

(1) Andrómaca, mujer de Héctor, era, según la describe Homero, muy hermosa y de gallarda estatura.

Eunuco gigantesco al que venera,
El juvenil cortejo, le precede,
Y la ronca cohorte
Y el tímpano plebeyo el paso cede.
Cifre frigia tñara, y con tremenda
Voz anuncia á la turba conmovida,
Tema de Austro y Septiembre la venida
Si no se purifica con la ofrenda
Cada cual de cien huevos, y le entrega
Las viejas ropas de color de rosa (1);
Y así, sobre éstas caiga el anunciado
Súbito estrago con que amaga el cielo,
Y el año de una vez quede expiado.

En el invierno irá rompiendo el hielo,
Cuando la anrora á despuntar empieza,
Al Tíber, veces tres allí lavando
En las ondas la trémula cabeza,
Y yerta ya, descalza, las rodillas
Sangrientas arrastrando,
Irá el tarquinio campo (2) rodeando.
Si la cándida Io lo ordenara,
A los confines del Egipto fuera,
Y á Meroe calorosa le pidiera
Agua para rociar de Isis el ara,

(1) Era superstición común la de creer que sobre las ropas colgadas descargaba la colera de los dioses, y sus dueños se veían libres de infortunios y calamidades, que en otro caso habrían tenido que sufrir. Los sacerdotes de Cibeles y Belona, aprovechándose de esta superstición, recogían ofrendas, prometiendo á los donantes aplacar á los dioses irritados contra ellos.

(2) El campo tarquinio, llamado así en un principio de Tarquinio el Soberbio, luego fué consagrado á Marte por Junio Bruto, recibiendo desde entonces la denominación de *Campo de Marte*.

Á la mansión de Rómulo vecina,
 Pues ella se imagina
 Que de la misma diosa oyó el acento.
 ¡Ved á qué gente dan su confianza
 Y hablan los dioses por la noche ahora!
 Así el primer honor, el sumo, alcanza
 Ese Anubis (1), al cual sigue y honora
 Revestida de lino calva grey,
 Y se burla del pueblo que en pos llora.
 Él de la esposa que violó la ley
 De continencia en los sagrados días,
 Se hace el intercesor. Castigo duro,
 Cierta, merece el lecho profanado,
 Y á la sierpe de plata (2) la cabeza
 Mover se ha visto. Pero ya las preces
 Y el llanto para el caso preparado,
 Harán que Osiris el perdón conceda,
 Con ánsares y tortas sobornado.

Tras de Anubis, dejando cesto y heno,
 Trémula y en voz queda,
 Mendigale al oído una judía;
 Ella interpreta las hebráicas leyes
 Y en la selva aricina

(1) Anubis, hijo de Osiris, era adorado bajo la forma de un perro. Los sacerdotes de este dios celebraban su rito vestidos de lino y con la cabeza afeitada. Por eso les llama *calva grey*.

(2) Representábase á Isis con una serpiente de plata que enlazaba á un perro y un lobo. Suponian que la serpiente movía la cabeza irritada contra los esposos que infringían la ley de la continencia en ciertos días, pero que se le podía aplacar con ánsares y tortas. Nuevamente se burla aquí Juvenal de las supersticiones de su tiempo, como lo indica la palabra *corruptus*, sobornado, del texto.

Es gran sacerdotisa y vaticina;
 Dale también dinero, pero poco,
 Pues por cualquiera precio te adivina,
 Conforme á tu deseo,
 Cuantos sueños quisieres, un hebreo.
 Tierno amator promete ó pingüe herencia
 Sirio ó armenio arúspice, estudiando
 De paloma aun caliente los pulmones,
 Y á veces los de un niño,
 Siendo á la vez de crimen tan nefando
 El delator y el reo.

Más confianza astrólogo caldeo
 Inspira, y aun se cree que cuanto anuncia,
 De Ammón el mismo oráculo pronuncia,
 Pues calla la Sibila y es castigo
 Nuestro, ver entre nieblas lo futuro (1).
 El primero entre éstos
 Es aquel (2) que cien veces desterrado,
 Con augurios funestos,
 Por la amistad y la merced movido
 Trazó la muerte que guardaba el hado
 Á anciano ilustre, por Otón temido.
 De aquí la confianza,
 Pues inspírala aquel que la cadena
 Ó larga cárcel soportó. Admirado
 Es sólo ya quien sufre esta condena,

(1) Dice Juvenal que en su tiempo callaba ya el oráculo de Delfos, y así lo sabemos también por los demás escritores paganos, entre los cuales puede citarse á Cicerón, Lucano y Plutarco, que escribió un libro intitulado *De oraculorum defectu*.

(2) Se refiere al astrólogo Ptolomeo, que pronosticó á Otón su elevación al trono imperial y la muerte de Galba.

Porque tal galardón sólo se otorga
 Á aquel que á punto de morir ya vióse,
 Ó en la Cíclada estuvo desterrado,
 Ó de la estrecha Jéfifo evadióse.

Tu Tanaquil (1) pregunta ya impaciente
 Si mucho tiempo tardará aún el día
 En que su madre asmática sucumba,
 Y cuando tú te morirás, y cuándo
 Verá la pira de su hermana y tía,
 Y si ella irá á la tumba
 Aun antes que el adúltero. ¿Pudiera
 Gracia esperar de un dios más lisonjera?

Ésta al menos no busca la noticia
 De lo que el astro de Saturno augura,
 Ó la estrella en que Venus es propicia,
 En cuál mes tendrá pena, en cuál ventura.
 Huye también de aquella en cuyas manos
 Siempre ves efemérides lucientes (2)
 Cual craso ámbar; la que no consulta
 Y es consultada ya, la que dispone
 No ir con su marido,
 Ya vaya á Roma ó á la guerra vuelva,
 Si de Trasilo (3) el cálculo se o pone.
 ¿Piensa andar una milla? Pues resuelva

(1) Tanaquil, mujer de Tarquino Prisco, famosa en el arte adivinatorio y que predijo á Tarquino y Servio Tulio su futuro engrandecimiento. Se toma aquí por cualquiera que consulta los oráculos.

(2) Los libros de astrología relucientes como el ámbar, por el uso constante que de ellos se hacía para averiguar el destino.

(3) Trasilo, Petosiris, famosos astrólogos.

El libro cuál será propicia hora.
Si por frotarse el lagrimal le llora,
Sin mirar el horóscopo no pide
El colirio, y si enferma está, el momento
En que habrá de tomar el alimento,
Petosyris tan sólo lo decide.
Si es de escasa fortuna, ella echa suertes,
Y con agua lustral el circo riega,
Frente y manos mostrando al adivino
Que adulador le ruega
Escuche los decretos del destino.
Augur de Frigia, ó indio mercenario,
Del mundo y movimiento planetario
Conocedor, respuesta da á la rica,
Ó bien astuto viejo, que lugares
Heridos por el rayo purifica (1).
En el campo tarquinio
Ó en el circo, tan sólo se presenta
Plebeyo augur y da su vaticinio.
Concurre allí la que jamás ostenta
En su garganta el oro,
Y ante las torres y columnas viene
Á preguntar si acaso le conviene
Dejar á su marido el tabernero
Y casarse después con el prendero.

Éstas, al fin, del parto los dolores
Sufren, y ofrecen los maternos pechos

(1) Los lugares donde caía un rayo eran considerados como objeto de la ira de los dioses. Se los purificaba con el sacrificio de una oveja de dos años, y de este ministerio estaban encargados los arúspices.

Al tierno infante, pues así rigores
 Quieren de la Fortuna. No suceden
 Casos iguales en dorados lechos,
 Do raras veces las paridas yacen;
 Tanto las artes, los brebajes pueden
 De los que estéril á la esposa hacen,
 Y por infame precio
 Matan los hombres en el seno mismo.
 Alégrate, pues, tú, marido necio,
 Y la pócima alarga, sea cual fuere,
 A tu esposa; pues tal vez si á luz diere,
 El dolor soportando, padre seas
 De etíope, cuyo rostro bronceado
 No sin peligro á la mañana veas,
 Y será tu heredero designado.

De los hijos supuestos
 No hablaré y de los votos, la alegría
 De engañados esposos, que á los niños
 En el Velabro (1) expuestos

(1) El Velabro era un barrio de Roma cerca del Aventino, donde desaguaba la cloaca máxima de Tarquino. En este sitio y en la *Columna lactaria*, que estaba en el *Forum olitorium*, eran expuestos los niños recién nacidos por muchos padres desnaturalizados. Son espantosos los pormenores que nos suministran los escritores paganos respecto á la suerte de estos desdichados niños, que eran recogidos por infames explotadores para surtir con ellos las escuelas de gladiadores y las casas de prostitución, ó caían en poder de los mágicos, que les hacían morir para estudiar en sus entrañas lo futuro, ó de los mendigos, que de mil maneras los desfiguraban y mutilaban para que excitasen más la compasión y pudiesen obtener mayores limosnas, de que sus dueños se aprovechaban. Séneca, *Controv.*, l. v, 33, pinta con suma viveza estas infamias. Véase también, sobre la suerte de los niños que caían en manos de los mágicos, á Ovidio, *Heroid.*, VI, v. 91; Festo Pompeyo, *Lucano*, *Phars.*, VI; Plinio, *Historia Natural*, l. XXVIII, c. II; Horacio, *Epod.*, v, *in Canidiam venescam*, etc.

Llaman sus hijos, niños que algún día
 Del sacerdocio sumo á la grandeza
 Ascenderán, y usurparán mañana
 De Escauros el linaje y la riqueza.
 La Fortuna liviana
 En la alta noche vela,
 Riendo al lado de desnudos niños;
 Con su pecho los nutre, los consuela
 Amorosa en su seno y los ampara;
 En patricias mansiones los presenta,
 De la comedia el éxito prepara;
 Ensaya á los actores;
 Y burlona y risueña
 Prodigando á estos niños sus favores,
 Los colma de riquezas y de honores.

La mujer que se empeña
 En trastornar el juicio del esposo
 Y azotarle después con un zapato,
 Filtro tesalio, ó bien mágico hechizo
 Compra, y queda alelado y mentecato
 El infeliz, y pierde la cabeza,
 Y olvida lo que dijo y lo que hizo.
 Y pase si no empieza
 Á enfurecerse con el juicio vuelto
 Como el tío de Nerón, á quien Cesonia
 Dió en la comida un día
 El Hipomanes férvido disuelto.
 ¿Y qué mujer no hará lo que ésta hacía?
 Ardió la tierra entera,
 Y deshecho en pedazos parecía
 Del imperio arruinado el edificio,

No de otra suerte que si Juno hubiera
 Del alto Jove trastornado el juicio.
 Menos fatales fueron
 Las setas de Agripina,
 Que emponzoñando del caduco esposo
 Las miserables entrañas, condujeron
 Á la mansión divina (1)
 La trémula cabeza, y los caídos
 Labios en baba siempre humedecidos.
 No este brebaje así; con sed rabiosa
 De incendio inflama y exterminio y muerte,
 Y mezclada la sangre generosa
 De caballeros y patricios vierte.
 ¡Tanto puede este filtro! ¡Tanta ruina
 Causar y tanto estrago
 De una envenenadora el arte puede!

Matar al que parió la concubina,
 Ya nadie lo censure ni lo vede,
 Hoy es lícito más; ya no es pecado
 Dar muerte al entonado.
 ¡Guarte, oh pupilo, á quien espera un día
 La pingüe herencia del difunto padre;
 Vigila y de la mesa desconfía,
 Que hierve en los manjares el veneno
 Aderezado por tu misma madre!

(1) Se refiere á la muerte de Claudio, á quien dió Agripina setas venenosas. La expresión es satírica y recuerda los honores de la apoteosis decretada á este príncipe. Unas frases de Séneca explican el «*descendere jussit in caelum*», de Juvenal. Dice, en efecto, Séneca que «Claudio subió al cielo, donde, por decreto de los dioses, fué condenado á descender al infierno». Tal vez por esta mala opinión que se tenía de Claudio, Juvenal escribe *descendere* en vez de *ascendere*.

Antes alguno pruebe la comida
 Que ella te ofrezca, y lleve el pedagogo
 Al temeroso labio la bebida.
 ¿Decís que tales crímenes invento?
 ¿Que el coturno calzando,
 Y el límite y las reglas olvidando
 Á la sátira dados, con aliento
 Propio del grande Sófocles, os cuento
 Casas que nunca vieron las latinas
 Comarcas, ni las rútilas colinas?

—¡Ojalá fuese así! Mas Poncia (1), el grito
 Alzando, exclama:—«Lo confieso, es cierto;
 Yo á mis hijos el tósigo dispuse
 Que en mi poder ha sido descubierto,
 Y yo, yo misma consumé el delito.»
 —«Y á dos hijos en una sola cena
 Osó sacrificar tu diestra aleve,
 Oh víbora cruel, oh dura hiena?»
 —«Nueve matara, si tuviera nueve.»—
 Ya es justo, sí, que al trágico se crea
 Cuando de Progne (2) cuenta el parricidio,
 Ó el fiero caso de la atroz Medea.
 Yo nada en contra arguyo;
 Horrible infanticidio,
 Crimen atroz fue el suyo,

(1) Créese que alude á la hija de Tito Poncio, mujer de Drymon, que envenenó á sus dos hijos.

(2) Progne mató á su hijo, y hecho pedazos y cocido, lo presentó á su marido Tereo; Medea dió también muerte á sus hijos en presencia de su esposo Jasón. Ambas fueron impulsadas por los celos á tan horrendos crímenes, mas no por el oro, dice Juvenal.

Mas por codicia no; menor asombro
 Delito tal produce
 Cuando la ira á cometerlo induce
 Á la mujer; pues si su pecho agita
 Y enardece el furor, se precipita
 Cual piedra que del monte se desgaja
 Y por la falda rápida y pendiente,
 Dando mil tumbos, hasta el fondo baja.
 Mas no puedo sufrir la que computa
 Tranquila el fruto del horrendo crimen,
 Y tranquila y serena lo ejecuta.
 Por salvar al marido, generosa
 Miran morir á Alcesta (1); ellas, si fueran
 Posibles estos cambios, al instante,
 Por salvar á su perro, prefirieran
 Contemplar al marido agonizante.
 Muchas Danáidas (2), muchas Erifilas (3).
 Á cada paso encontrarás; mañana,
 Ni un barrio solo habrá sin Clytemnestra (4).
 Pero en esto difieren: necia y vana

(1) Alcesta, hija de Pelio, rey de Tesalia, casada con Admeto. Enfermo éste, dijo el oráculo que no podía sanar, si alguien no se sometía á morir por él. La fiel esposa, para salvarle, se ofreció voluntariamente á la muerte.

(2) Las Danáidas, llamadas también por su abuelo, Belides, eran 50, y dieron muerte á sus esposos por mandato de sus padres.

(3) Erifila, mujer de Anfiarao, uno de los siete jefes que sitiaron á Tebas. Ella descubrió á Polinice, mediante la dádiva de un collar de oro, el sitio donde se había ocultado su esposo para no tomar parte en la guerra, porque sabia por el oráculo que habia de perecer en ella.

(4) Clitemnestra, hija de Tindaro, casada con Agamenón, rey de Micenas, á quien asesinó para continuar su trato ilícito con Egisto. Orestes, hijo suyo y de Agamenón, la mató en venganza de la muerte de su padre.

De Tíndaro la hija, su deseo
No ocultó, y con la diestra y la siniestra
El hacha descargó sobre el Atreo.
Hoy basta el pulmón tenue de una rana
Para el caso, y si toma el precavido
Atridas el antidoto, que usaba
El rey del Ponto (1) tres veces vencido,
Entonces el puñal su vida acaba.

(1) Mitridates, rey del Ponto, temeroso de ser envenenado, llevaba un contraveneno. Fue vencido en tres batallas, por Sila, Lúculo y Pompeyo respectivamente.

SÁTIRA SÉPTIMA.

POBREZA DE LOS LITERATOS.

ARGUMENTO.—En la presente sátira pinta Juvenal la triste situación de los literatos de su época. Los poetas están reducidos á desempeñar los más bajos oficios para subsistir; los historiadores menospreciados; abogados, retóricos, gramáticos, preceptores, ven mezquinamente retribuidos sus trabajos por los mismos patricios que no vacilan en gastar inmensas sumas para satisfacer sus más leves caprichos.

El sostén de las letras, su esperanza
Única, es César (1); él solo, piadoso,
Presta á las tristes musas confianza,
Hoy que, para vivir, vate famoso
Un baño alquila en miserable aldea,
Ó vende pan, ó acepta el afrentoso
Cargo de pregonero, y ni aun se afea
En Clío, si deja de Aganipe el valle,
Y hambrienta ante los atrios pordiosea.
Pues si escribiendo versos no hay quien halle
Un as, busca trabajos más modestos

(1) Algunos creen que esta sátira se refiere á Domiciano fundándose en que Juvenal la escribió antes de su destierro; pero la mayoría de los expositores convienen en que alude á Trajano y tal vez á Adriano.

Y vende, cual Maquera (1), por la calle
 Armarios, vinos, trípodes ó cestos,
 De Fausto la Tebaida y la Terea,
 Ó de Pacio el Alcyon. Medios son éstos
 Mejores que decir:—«vi»,—y falso sea
 Que viste. Incurra en tal superchería
 De asiáticos patricios la ralea,
 Los que Britania ó Capadocia cría,
 Ó el que descalzo, pobre y harapiento,
 La Galogrecia á la ciudad envía.

Mas ya de oficio vil verás exento
 Al que mordió (2) el laurel, al que modula
 Mágicos versos con sonoro acento.

¡Jóvenes, trabajad! Ya os estimula
 Emperador benigno, y os ampara
 Y generosos premios acumula.

Tú, Telesino, si honra tan preclara
 Aguardas de otra parte, y esto anima
 Tu natural fecundidad, prepara
 Un haz de leña seca, pon encima

(1) Clío es la musa de la historia. Representábasela en figura de una joven ceñida de laurel, teniendo en su mano un rulo y un estilo para consignar los hechos históricos. Un expositor dice que alude aquí Juvenal á cierto poeta llamado *Clíus*; pero esto no tiene fundamento; tratándose de pintar la miseria á que están reducidos cuantos se dedican á las letras, lo mismo se refiere Juvenal en esta sátira á los poetas, que á los historiadores, preceptores, gramáticos, etc. La fuente Aganipe en el monte Helicón (Beocia) se miraba como la residencia de las musas, á las cuales estaba consagrada.

(2) Creían los antiguos que el morder el laurel inspiraba entusiasmo poético (sin duda porque ese arbusto estaba dedicado á Apolo) y que las Sibilas se alimentaban de él. Por eso Tibulo pone en boca de una de éstas las siguientes palabras:

.....*Sic usque sacras innoxia lauros*
Vescar. L. II, *Eleg.* v, v. 13.

Tus libros y devórelos el fuego,
 Ó guárdelos el cofre, y no se exima
 · Uno de la polilla. Rompe luego
 Triste la pluma; borra los poemas
 Hechos de la alta noche en el sosiego.
 Tú que las cejas, infeliz, te quemas,
 Forjando en celda ruin verso preclaro,
 Por la yedra (1) y la estatua, otras supremas
 Honras no guardes. Hoy el rico avaro
 Ya no protege al infeliz poeta,
 Le admira, como el niño al pavón raro.
 Pero pasa la edad que al Ponto reta,
 Que ante el duro azadón no desfallece,
 Y que al pesado casco se sujeta;
 Entonces ¡ay! el alma se entristece,
 Del anciano infeliz, y á sí, á su musa
 Y á su elocuencia estéril aborrece.
 Ahora atiende el motivo, oye la excusa
 De ese á quien tanto obsequias lisonjero:
 Él también, aunque Apolo le rehusa
 Su favor, versos hace, y sólo á Homero
 En siglos diez la preeminencia cede.
 Mas si la sed de gloria es lo primero
 Que tu alma incita, Maculon concede
 Su espléndida mansión, joya del arte,
 Y cuya puerta á las de Roma (2) puede

(1) En la biblioteca de Apolo Palatino eran colocadas las estatuas de los grandes poetas y oradores. La yedra era particularmente dedicada á honrar á los poetas:

«*Doctarum hædere præmia frontium*» (Hor.)

(2) El original dice: «.....*solicitas imitatur janua portas.*» Los comentadores interpretan la frase *solicitas portas* por las puertas de Roma, á las cuales llama Juvenal *solicitas*, ó porque estaban

En lo férrea igualar. Luego reparte
 Libertos por doquier, gente dispuesta
 Á escuchar y su aplauso á prodigarte.

Mas no esperes que pague lo que cuesta
 El asiento, la grada que se extiende
 Sobre alquiladas tablas, y la orquesta (1).
 ¡Y nuestro ardor empero más se enciende!

Y surco abrimos en movable arena
 Y el suelo estéril nuestro arado hiende!

Mas si tu fuego la razón enfrena,
 El anhelo funesto de la fama
 De nuevo con mil lazos te encadena (2).

Á muchos ansia de escribir inflama,
 Y es dolencia incurable que envejece.
 En pecho do una vez arde su llama.

Pero el egregio vate, el que florece
 Con no vulgar ingenio y cosa oida
 Cien y cien veces al lector no ofrece;

defendidas con mucha vigilancia y sólidamente guarnecidas de hierro, ó por la afluencia de gente que pasaba por ellas entrando ó saliendo.

(1) Los poetas y oradores recitaban sus obras ya á sus amigos para consultarles, ya en público para ganar aplausos. Tácito (*De causis corruptæ eloquentiæ*) habla de cierto Basso, al cual se acudía para estas sesiones: «*Nam et domum mutuatur, et sub-sellia conducit et libellos spargit.*» Había también personas alquiladas para aplaudir entre el público. Marcial echa en cara á uno, que no recitaba, su pretensión de ganar el título de poeta; pero por todo pasa con tal de que no recite.

*«Nil recitas, et vis, Mamerce, poeta videri.
 Quidquid vis, esto, dummodo nil recites.»*

(2) Por medio de una hábil transición pasa Juvenal á hacer una soberbia pintura del verdadero poeta, declarando á la vez que los mayores enemigos de la inspiración poética son la pobreza y los cuidados.

El que nunca con versos me convida,
Donde todo es trivial cual la moneda,
Que imágen siempre igual muestra esculpida,
Éste, tal cual lo entiendo, aunque no pueda
Pintarlo, un alma libre de amargura
Debe tener, en que la paz se hospeda,

Que de las selvas ama la hermosura,
Y que para gustar está dispuesta
De las aonias fuentes la dulzura.

Pues la pobreza tétrica y funesta,
De recursos exhausta, y noche y día
A la miseria y al dolor expuesta,
Ni de las Pierias en la gruta umbría
Puede cantar, ni es de esperar que sienta
El divino furor de la poesía.

Cuando Horacio—«¡Evohe!»—grita, suculenta
Mesa al sublime canto preparólo;

Mas el vate ¿qué hará si le atormenta

El cuidado roedor, si el afán sólo
Del verso no le ocupa, ni en su pecho
Únicos dueños son Baco y Apolo?

Ingenio insigne, que abrigado lecho
Tiene, y buscar el pan no necesita,
Puede pintar los carros y el despecho

Con que al Rútulo (1) fuerte Erymne agita,
De los dioses el rostro refulgente
Y los caballos que el combate excita.

Mas si á Virgilio cómodo y decente

(1) Turno, Rey de los Rútulos, rival de Eneas, que le dió muerte en singular combate. Alúdese en los versos siguientes á la pintura que en el libro VII hace Virgilio de las Furias.

Albergue y un criado le faltara,
Ni fuera cada crin una serpiente
De Alecto en la cabeza, ni sonara
Con eco horrendo sorda su bocina.
¡Perfección á Rubieno pedís rara
Cual en antiguos trágicos domina!
Y ¿cómo, si su Atridas ni aun subviene
Para pagar la capa y la cocina?
El pobrecito Númítor no tiene
Al amigo qué dar; pero á Quintila
Con sus cuantiosas dádivas mantiene,
Ni su caudal en derrochar vacila
Por domado león, cuyo sustento
De cruda carne exige enorme pila.
— Menos costoso es dar el alimento,
Dicen, á fieras tales, que á un poeta
Cuyo estómago siempre se halla hambriento.—
Anhele de la fama la trompeta,
En su marmórea posesión, Lucano,
Á quien el sueño la escasez no inquieta;
Mas ¿qué al pobre Saleio ó á Serrano
La gloria vale, aunque brillante sea,
Si es gloria nada más? Corre el romano
Que los mágicos versos oír desea
De la Tebaida y la expresión sonora,
Pues la esperanza á todos lisonjea
De gozar largo rato, y ya es la hora
Que Estacio señaló. ¡Con qué dulzura
Cautiva al auditorio y lo enamora!
¡Qué conmoción produce su lectura!
Mas mientras vivo el entusiasmo enciende
Con sus versos, el hambre le tortura

Si es que su Agave (1) inédita no vende
 Á París (2); por quién ciñe tribunicio
 Anillo el vate, y por quién solo asciende.

Ya da el histrión lo que negó el patricio:
 ¿Frecuentar grandes atrios te complace?
 ¿Piensas á Camerino hallar propicio,
 Ó que Báreas tus ruegos no rechace?
 Tribunos hace solo *Filomela* (3),
 Prefectos solo *Pelopeia* hace.

Mas no insultes al vate porque apela
 Á este recurso ya. ¿Qué Cota ó Fabio,
 Qué Léntulo ó Mecenas por él vela?

Igual el premio entonces para el sabio
 Á su mérito era, y fructuoso
 No llevar en Diciembre el vino al labio (4)

(1) Tragedia cuyo asunto es *Agave*, hija de Cadmo y Hermione, que hizo morir á su hijo por haber despreciado las fiestas de Baco. Acerca de Stacio véase el notable estudio de monsieur Nisard en su ya mencionada obra *Poëtes latins de la décadence*.

(2) El actor París, favorito de Domiciano, daba á Stacio una pensión mensual. El verso *quod non dant proceres, dabit histrión*, fué el que originó el destierro de Juvenal, según Suetonio. Dice éste que Juvenal inc'uyó en la presente sátira los expresados versos que había compuesto muchos años antes contra París. «Hacia entonces, añade, las delicias de la corte un histrión, cuyos admiradores y partidarios eran elevados á los más altos puestos. Creyóse que Juvenal aludía á lo que estaba sucediendo, y á pesar de sus ochenta años se le desterró de Roma, bajo el honroso pretexto de encargarle el mando de una cohorte en la región más extrema de Egipto.» Suponiendo que Juvenal nació en el año 47, según el cálculo de Borghesi (*Intorno all'età di Giovenale*) este suceso debió ocurrir el 127, es decir en tiempo de Adriano.

(3) *Pelopeia*..... *Filomela*, tragedias que valieron á sus autores, protegidos por París, honores y fortuna. Por Camerino y Bareas quiere significar el poeta á todos los patricios.

(4) Tal vez quiere decir que siendo entonces igual la recompensa al mérito, convenía á los escritores abstenerse de banque-

Y enflaquecer. Sin duda más copioso
 Fruto, oh historiadores, os ofrece (1)
 Vuestro arte, que pide más reposo;
 Pues, sin llegar al término, acaece
 Que la página mil tu mano llena
 Y el costoso papiro crece y crece.

Así el ingente número lo ordena
 De los sucesos y su enlace vario:
 Á esto el rigor histórico os condena.

—¿Y qué mies nuestro esfuerzo solitario,
 Ó qué fruto la tierra arada rinde?
 ¿Quién da al historiador lo que al notario?

—Gente poltrona es que no prescinde
 Del hogar y del plácido sosego.

—Di, pues, el premio que al letrado brinda

Un pleito y escribir pliego tras pliego,
 Y la tonante voz con que sostiene
 La causa del deudor, lleno de fuego;

Y más si al acreedor delante tiene,
 Ó agudos dardos á su pecho tira
 Quien de pruebas armado al juicio viene.

Brota entonces á raudales la mentira,
 Cual de cóncavo fuelle, de su pecho,

tes y diversiones en Diciembre, que era la época de las saturnales, así como palidecer en el cultivo de las obras literarias. Las saturnales eran una serie no interrumpida de fiestas durante el mes de Diciembre.

Algunos leen estos versos:

«*Tunc par ingenio prætium; nunc utile multis
 Pallere, et vinum toto nescire Decembri.*»

Pero este *nunc* hace ininteligible el concepto.

(1) Después de pintar Juvenal la desdichada suerte de los poetas de su tiempo, pasa á exponer la no más lisonjera de historiadores, abogados, retóricos, etc.

Y la espuma, revuelta por la ira,
 Mancha su toga. Ahora, si el provecho
 Quieres saber que rinde al abogado
 El cultivar la ciencia del derecho,
 Pon de cien de ellos el caudal sumado
 En un platillo, y la fortuna inmensa
 Del bermejo Lacerna (1) al otro lado.
 Abrese el juicio (2) ¡oh Ajax! con intensa
 Palidez tú te alzas, principiando
 De tu dudosa causa la defensa.
 Rompe, infeliz, tus hígados gritando,
 Para que verdes palmas tu escalera
 Adornen, tu victoria pregonando.
 ¿Y cuál el premio que después te espera?
 Algún mal pez, un seco jamoncillo,
 Rancias cebollas, con que remunera
 Al siervo su señor, ó un tonelillo
 De vino (3) por el Tiber transportado.

(1) Lacerna era cochero de Domiciano. Uno de los espectáculos más brillantes de los juegos eran las carreras en las cuales se adjudicaba el premio á los carrós que más pronto recorrían el circo un cierto número de veces. Los conductores ó aurigas se dividían en cuatro bandos ó facciones, según el color de sus trajes: *albus*, blanco; *prassinum*, verde; *russatum*, rojo; *venetum*, azul. Estas facciones causaron con frecuencia tumultos populares, especialmente desde la traslación del Imperio á Constantinopla, siendo entre otros célebre el que tuvo lugar en tiempo de Justiniano (*sedición Nika*), que tomó las proporciones de una revolución, la cual puso en peligro el Imperio y dió origen á la matanza de más de 30.000 verdes. Esta diversidad de colores explica la frase *russati Lacernæ*, de Juvenal, en este pasaje.

(2) Dice el original: «*Considerare Duces*», etc. Este es un hemistiquio del principio del libro XIII de los *Metamorphoseon*, donde Ajax y Ulises contienden entre sí por la posesión de las armas de Aquiles. Por eso dice también: «¡Oh Ajax!»

(3) Vino de mala calidad, procedente del país de Veyes, y que era transportado por el Tiber.

Si hiciste cuatro informes, tu bolsillo

No percibe el total de lo ganado,

Pues una parte á los curiales toca,

Según lo que con ellos has pactado.

—Á Emilio dan cuanto pidió su boca,

Y mayor elocuencia fué la nuestra.

—Mas él del vulgo la atención provoca

Con cuadriga de bronce (1); en su atrio muestra

Briosos troncos; él mismo fulmina

Montado en su corcel, alta la diestra,

Á lo lejos la corva jabalina,

Y está su estatua en la actitud gallarda

Del que corre á la lid.—Así se arruina,

Matho, Pedón así; tal fin aguarda.

Tongilo, que consigo lleva al baño

La ebúrnea copa donde el óleo guarda,

Y en pos de sus clientes el rebaño

Lodoso, que á medida que camina,

Deja en el pavimento impreso el daño.

—Después en su litera se encamina,

Oprimiendo á los siervos, hacia el Foro.

¡Cuánta cosa allí ajusta! La murrina

Copa, granjas, esclavos, plata, oro;

Que el múrice mendaz presta al legista

Crédito, y para él es un tesoro.

—La púrpura costosa, la amatista,

El alto censo, el fausto, les conviene,

Que en la pródiga Roma no conquista

Fama, sino el que gasta más que tiene.

(1) Pondera la ostentación con que vivían algunos abogados, los cuales se servían de este medio para atraer clientes.

¿En tu elocuencia fías? Pues si anillo
 Rico ciñendo, Cicerón no viene,
 No verá ni dos nummos su bolsillo.

El que va á litigar, antes numera
 Tus siervos, tus clientes, cuál el brillo
 De tu casa y la turba lisonjera
 De la gente parásita y togada
 Que hasta el Foro precede á tu litera.

Paulo, así con sardónix alquilada,
 Sus derechos cobró siempre con creces,
 Mientras Cosa y Basilo apenas nada.

La elocuencia se otorga raras veces
 Al pobre. ¿Cuando, di, muestra Basilo
 Á la llorosa madre ante los jueces?

¿Quién su elocuente voz sufre tranquilo?
 Busca en la Galia, pues, si es de tu agrado
 De tu lengua vivir, cómodo asilo (1),

Ó en África nutriz del abogado.—
 Ya á declamar, ¡oh Vectio, oh férreo pecho!
 Enseñas, y el alumno pide airado

Del tirano la muerte, y esto hecho,
 Vuelta á empezar, y aquello que leyera,
 Sentado, en pie repetirá, y derecho.

Y en verso igual dirá de igual manera
 Lo mismo. ¡Oh maestro mísero! El hastío,
 Cual repetida col, hará que muera.

Todos quieren saber con qué atavío
 Se hará el discurso interesante y vario,
 Cómo herir la cuestión con tino y brío,

(1) Es decir: «Todavía, en la Galia podrás ganar algo ejerciendo la abogacía, y en África, donde abundan los litigios.»

Qué dardos asestar puede el contrario...

Pero pagar ¡quién quiere? Esto ninguno.

—«¿Pídesme que te abone tu salario?

Y ¡qué aprendí contigo?»—dice uno.

Así la culpa achácase al que enseña,

Y no á ese joven, de talento ayuno,

Más duro que un Arcadio (1) y que una peña,

Que me aturde seis días mientras repite

De su insufrible Aníbal la reseña (2);

Sea cual fuere la cosa que recite,

Bien que sitiar á la ciudad intente,

Marchando desde Cannas, ó medite,

Tras lluvia y rayos, ordenar prudente

Que la mojada tropa retroceda.

—«Doy todo cuanto pidas, si hay paciente

Padre que, como yo, sufrirles pueda»;—

Tales son los unánimes clamores

De los sofistas, y pues no les queda

Otro recurso, olvidan los raptores,

El tósigo, el marido cruel é ingrato,

El brebaje que cura los humores

Del viejo, y cambian todo este aparato

Por verdaderas lides. Nueva senda

Intente, si el consejo mío le es grato,

Quien, fatigado de enseñar, descienda

De las nubes retóricas al Foro,

Para ganar con lo que al pan atienda.

(1) Los arcadios tenían entre los antiguos fama de estupidéz:

«*Arcadie pecuaria rudere credas.*» (Pers., t. III.)

(2) Pinta Juvenal los asuntos insulsos de las declamaciones en las escuelas, y que indican la decadencia á que había venido la oratoria.

¡Y á fe que lo que gana es un tesoro!
 Mira el premio si no, ruin y tacaño
 Que por cursar el arte de Teodoro (1)
 Sus hijos en el aula todo el año,
 Á Crisógono y Polio el padre envía.
 Seiscientos nummos cuesta, en cambio, el baño,
 Y aun más el atrio, en cuya galería
 Á pasear en su litera viene
 El señor, cuando está lluvioso el día.
 ¿Pues va á esperar que el cielo se serene,
 Ó sufrirá que al tronco que lo lleva,
 Reciente lodo de inmundicia llene?
 Aquí se está mejor, pues aunque llueva,
 Brillan los cascos de la limpia mula.
 Sobre columnas númeradas se eleva
 Más allá el comedor (2), do se acumula

(1) El retórico Teodoro de Gadarea, maestro de Tiberio. Hace mención de él Suetonio, que le atribuye la siguiente frase respecto á aquel hipócrita y cruel Emperador: «Es lodo mezclado con sangre.»

(2) En los primeros tiempos de Roma el sitio de la cena era el atrio, lugar expuesto á las miradas de todos. Esta costumbre, que en un principio fué voluntaria, hizose luego obligatoria por varias leyes, á fin de que las comidas verificadas en lugares más ocultos no diesen ocasión á los excesos. «*Imperatum est ut patentibus januis pransitaretur et cœnaretur* (Macrobio). Cuando la República se corrompió con el lujo, á la sobriedad de las antiguas cenas sucedió, no sólo el mayor refinamiento en el arte de preparar los manjares, sino también la mayor suntuosidad en los sitios destinados para aquéllas. Lúculo tenía grandiosas salas dedicadas á este uso, cada una con el nombre de una divinidad, y el mayordomo deducía por el nombre de la sala lo que su señor quería gastar en el banquete. Famoso es también el magnífico comedor donde Nerón celebraba sus cenas, y aun sobrepujó á éste Heliogábalo. Como se ve en este pasaje, los patricios tenían salas de esta clase preparadas para el invierno, y otras dispuestas para el verano, costumbre que también copiaron de los asiáticos.

Del sol de invierno el resplandor escaso.
 Siervo que el orden del festín regula,
 Y cocinero experto para el caso,
 •En toda mansión hallas, sea cual sea.
 Y con tanto gastar, ¿piensas acaso
 Que dos sestercios Quintiliano vea
 En pago? Nada al padre le importuna
 Como el gasto que el hijo le acarrea.
 —«¿Dónde los bosques, pues, gritáis á una,
 Adquirió Quintiliano?.....»—Caprichoso
 Ejemplo no citéis de la fortuna:
 ¿Tienes suerte? Eres sabio é ingenioso;
 ¿Tienes suerte? Eres hombre á todos grato,
 Eres ilustre, y noble, y generoso,
 Puedes llevar la luna en el zapato (1);
 Y en fin, todo serás, si tienes suerte:
 Si orador, de tu patria claro ornato;
 Si dialéctico, el más hábil y fuerte,
 Y si cantas con eco enronquecido,
 En músico sin par se te convierte.
 Inquiere, pues, si á tu primer gemido
 Fatal estrella presidió, ó risueña,
 Y en sangre maternal te vió teñido.
 De sofista hasta cónsul, si se empeña
 Fortuna, subirás; si es de su agrado,

(1) Uno de los distintivos de los patricios era el calzado encarnado (*calceus patricius*), atado con cordones negros que sujetaban una media luna de marfil (*lunula*). Dicen que ésta, por su figura igual á la de la letra C, denotaba el número centenario, porque en un principio sólo fueron 100 los senadores; pero esto no pasa de ser una conjetura más ó menos verosímil, ignorándose el origen de este distintivo. El poeta dice que quien tiene suerte puede llevar en el zapato la luna, como si dijera que puede figurar entre los patricios.

De cónsul en sofista te despeña.
 ¿Quién á Ventidio (1) desde humilde estado,
 Quién á Servio (2) encumbró? ¿No fué su estrella?
 ¿La misteriosa potestad del Hado?
 Triunfal corona da al cautivo ella;
 Ella levanta hasta el Imperio al siervo...
 Mas raro es el varón que así descuella,
 Tan raro casi como blanco cuervo.
 En cambio ¡cuántas veces la disputa
 De la cátedra estéril, llanto acerbo
 Hizo verter! El fin, sino, computa
 De Carrina y Trasímaco (3). Tú, Atenas,
 Que sólo das la gélida cicuta,
 Hambriento viste á aquel, y en duras penas.
 ¡Oh Dioses! Sea la tierra blanda y leve
 Á nuestros padres; gocen de serenas
 Auras sus sombras; á sus urnas lleve
 Flores hermosas primavera eterna
 Y grato aroma desde allí se eleve;
 Pues la sagrada autoridad paterna

(1) Ventidio Basso, natural de Asculum é hijo de una esclava, mereció por sus triunfos, alcanzados contra los Partos (718), ser coronado en el Capitolio, y desempeñó los cargos más importantes de la milicia. Habiendo sido nombrado Cónsul, aparecieron unos versos en los sitios públicos de Roma, en que se aludía á su anterior condición de mulero:

*«Concurríte omnes, augures, aruspices.
 Portentum inusitatum conflatum est recens;
 Nam mulos qui fricabat, Consul factus est.»*

(2) Servio Tulio, hijo de otra esclava, fué también Rey de Roma, el «último de los buenos reyes», como le llama el mismo Juvenal.

(3) Discípulo famoso de Platón y Sócrates, que se suicidó, por no soportar la miseria. Secundo Carrina, no encontrando recursos en Atenas para vivir, se trasladó á Roma, donde enseñó la Retórica. Fué desterrado por Calígula.

Dieron al preceptor. Años viriles
 Contaba, y del Centauro en la caverna,
 Vieras, medroso del castigo, á Aquiles.

¿Y á quién risa la cola no causara
 Del severo Quirón? Pero infantiles

Alumnos, ya con desvergüenza rara
 Á Rufo azotan; Rufo, que mil veces
 Á Cicerón *alóbroge* (1) llamara.

¿Quién la enseñanza que en la escuela ofreces,
 ¡Oh Palemón (2), oh Encélado! te paga?
 ¿Qué premio igual á la labor mereces?

Y aunque sueldo menor se satisfaga
 A ti, que el del retórico, una parte
 Entre ayo (3) y tesorero antes naufraga.

Sufre, pues, Palemón, haz por callarte,
 Como el que mantas cadurcianas (4) vende
 Y esteras. Sino, en balde sobre el Arte

La noche ya mediada te sorprende,
 Cuando el herrero, el cardador de lana,
 Buscando el lecho, su labor suspende;
 En balde sufrirás muy de mañana

(1) Los alóbroges eran una tribu de los Galos, que habitaba cerca del Ródano. Llamaba así Rufo á Cicerón, para demostrar que hablaba en latín bárbaro. Es verdad que también Bruto y Calvo calificaban al ilustre orador de *elumbem et fractum, solutum et enervem.* (*Claris oratoribus.*)

(2) Palemón, hijo de una esclava de Venecia, había sido maestro de Quintiliano.

(3) *Acenotus*, dice el original, derivado de α , priv., y $\kappa\omicron\iota\nu\omicron\rho\tau\eta\varsigma$, *sin comunidad*. No sufriendo dividir su ganancia con nadie, el pedagogo quiere, sin embargo, una parte de lo que percibe el preceptor.

(4) Los que vendían mantas gordas y bastas traídas de Cahors (*Cadurcum*), semejantes á los ropavejeros ó baratilleros, cuyas mercancías son de poco valor, como el trabajo de los gramáticos.

El pestífero olor de tanta tea,
 Cuanta es la turba que tu casa allana,
 Y su Horacio manchado deletrea,
 Su tiznado Marón. Ahora, si quieres
 Cobrar sin que acudir preciso sea

Al Tribuno, te engañas, no lo esperes.
 Poned, en tanto, ¡oh padres! condiciones
 Al preceptor, y rígidos deberes

Exigid. Sepa reglas, construcciones
 Al dedillo, y los hechos de la historia.
 Y de los sabios dichos y opiniones,
 Porque si alguno apela á su memoria
 Cuando á los baños ó á las termas vaya,
 Responda á cosas de insulsez notoria:

Quién fué de Anquises la nodriza y aya;
 Quién la madrastra de Archemor, conteste
 Su patria y si ésta fué Lemnos ó Acaya;

Diga los años que viviera Aceste,
 Y cuánto vino á los troyanos diera (1).
 Pedidle al mismo tiempo que amoneste

Al tierno niño, y cual flexible cera,
 Su dócil corazón labre y modele;

Muéstrele reglas de virtud austera,

Como celoso padre por él vele,

Y toda mala inclinación corrija.

(1) Este pasaje recuerda las siguientes frases de Suetonio en Tiberio: «Tuvo, dice hablando de este Emperador, una afición por la historia mitológica, que rayaba en lo ridículo y lo absurdo, y proponía muchas veces á los gramáticos cuestiones como éstas: «¿Quién fué la madre de Hécula? ¿Qué nombre daban las jóvenes á Aquiles? ¿Qué cantaban ordinariamente las sirenas?»

—«En verdad, obra fácil ser no suele
Tener en tantos la mirada fija.»
—«Es tu deber»,—y cuando el año cede
Te dan, pagando tu labor prolija,
El as (1) que el pueblo al vencedor concede.

(1) Como si dijera: la mezquina recompensa que el pueblo da al vencedor en los juegos. Era costumbre dar al vencedor una cantidad equivalente á un áureo. Quiere tal vez significar que el gramático gana en un año lo que un gladiador ó un cochero, durante una hora, en los juegos del circo.

SÁTIRA OCTAVA.

LOS NOBLES.

ARGUMENTO.—El título de esta sátira indica contra quién va dirigida. Debe advertirse, sin embargo, que la intención del poeta no era atacar á la clase patricia, en otro tiempo tan respetada, sino el necio orgullo de los que blasonaban de ilustre origen, siendo por sus vicios y envilecimiento dignos de las más acerbas censuras. Idéntico pensamiento es el de la sátira de nuestro Jovellanos, que en algunos pasajes ha logrado imitar felizmente á Juvenal.

¿Qué el árbol genealógico? ¿Á qué viene
Que de antiguo linaje te gloríes,
Póntico? ¿Á qué, mostrando de lejanos
Abuelos las imágenes, te engríes,
Ya en su carro triunfal los Emilianos,
Ya mutilados Curios, ya Corvino (1),
Roidos cuello y cejas,
Ó al viejo Galba sin nariz ni orejas?
¿Por qué de tus mayores
En anchas tablas el retrato exhibes,
Ahumados generales, dictadores,
Si mal ante los Lépidos tú vives?
¿Á qué mostrar la imagen, con jactancia,

(1) Ribbeck rechaza como apócrifos este verso y los seis siguientes, quizá con razón, pues parece una amplificación innecesaria de los que preceden y siguen, hasta el punto de hacer prolijo y pesado este pasaje.

De tanto ilustre capitán, si luego,
 Á presencia del héroe de Numancia,
 La noche pasas entregado al juego;
 Si ellos, al alba, cuando tú te acuestas,
 Pontan en movimiento
 Las legiones, las águilas enhiestas?
 ¿Por qué, Fabio, de alóbroge (1) blasona,
 Y con ser nieto de Hércules se ufana,
 Si es frívolo, avariento,
 Muelle, aun más que cordera veneciana (2);
 Si el cuerpo afeminado,
 Con siciliano pómez depilado,
 Á rígidos abuelos escarnece,
 Y comprador de tósigos, afrenta
 Con su estatua, que rota ser merece,
 Á los varones que en su stirpe cuenta?

En vano por doquier céreas figuras (3)

(1) Descendiente de Fabio, vencedor de los alóbroges.
 Dice el original:

*«Cur allobrigicis et magna gaudeat ara
 Natus in Herculeo Fabio lare.»*

Los Fabios estaban encargados de la custodia del altar de Hércules, de que dice Virgilio:

*«..... Quæ maxima semper
 Dicetur nobis et erit quæ maxima semper.»*

Se creían descendientes de Hércules.

(2) *Ovejas de Euganea*, dice el original. Los euganeos eran un antiguo pueblo de Italia, que ocupaba la costa Norte del Adriático, y que á la llegada de los venetos se retiraron á los Alpes Réticos. Queda su nombre en los montes Euganeos, ramificación de los Alpes Cadóricos, en la provincia de Padua. Las ovejas eran de lana muy blanda y estimada.

(3) Los Romanos conservaban las efigies de sus mayores en armarios, que ponían á la entrada ó en los pórticos de las casas. Esas efigies eran de cera.

Ornan tus atrios. La única nobleza,
 La sola, es la virtud. Costumbres puras
 Conserva tú, cual Paulo, Druso y Coso,
 Y esto prefiere á toda tu grandeza.
 Si eres cónsul, precedan á las faces.
 Un alma buena, un pecho generoso
 Ante todo en ti quiero:
 ¿Por tus obras tal vez digno te haces
 De ser llamado recto y justiciero?
 Reconozco en ti un prócer, ¡oh Silano!
 ¡Oh Getúlico, salve! Ciudadano
 Egregio y gloria de tu patria eres,
 Aunque de humilde sangre procedieres.
 Justo es que el pueblo con amor te aclame,
 Como al hallar á Osiris (1). Mas ¿qué hombre
 Habrá que al que tan sólo ilustre nombre
 Tiene, y es un canalla, noble llame?
 ¿No es igual esto que llamar *Atlante*
 Á ruin enano, á negro etiope *cisne*,
Europa á una mozueta repugnante,
 Sucia y gibosa; al perro lacio y tardo,
 Por la vetusta sarna enflaquecido,
 Que de seca linterna el borde lame,
Tigre, león, leopardo,
 Ó más, si ser más fiero y más gallardo
 Lanza sobre la tierra su rugido?
 Evita, teme, pues, llevar el nombre,
 Así de Camerino ó de Metelo;
 Mas ¿á quién digo esto? ¿A ti, ¡oh Rubelo

(1) En Egipto, siempre que se encontraba un buey *Apis*, bajo la imagen del cual era adorado Osiris, gritaba el pueblo: «¡Le hemos encontrado; felicitémonos!»

Blando! (1), enorgullecido
 De Drusos con la estirpe y el renombre,
 Como si á tus hazañas se debiera
 Haber nacido noble, ó que aquel seno
 En que la sangre Julia reverbera,
 Y no el de la indigente y mercenaria
 Que teje expuesta al aire, el ser te diera?

Vosotros, dices, de plebeya gente
 Sois, y tan ordinaria,
 Que no podrá decir persona alguna
 Cuál de vuestros abuelos fué la cuna.
 En cambio descendiente
 De Cécrope (2) soy yo. Goza mil años
 De tu origen excelso la fortuna;
 Pero en esta vil plebe el elocuente
 Quirite encontrarás, que es quien ampara
 Al noble indocto, por su causa aboga,
 Y los enigmas del derecho aclara.
 Nace tambien de la plebeya toga
 El fuerte joven que al Eufrates vuela
 Ó á las invictas águilas, que en vela
 Álzanse sobre el bátavo sujeto,
 Fiero en las armas. Pero tú no eres
 Más que de Cécrops nieto,

(1) Rubelio Plauto, de la familia de Augusto. Dice de él Tácito: «*Per maternam originem pari ac Nero gradu á Divo Augusto.*» Era hijo de Rubelio *Plancus* ó *Blandus* y de Julia, hija de Druso.

(2) Primer Rey de Atenas. El proverbio griego decía: «*Más ilustre que Cécrope.*» La familia de Augusto se jactaba de ser descendiente de Julio Ascanio. Quiere decir, pues, no que Rubelio descendía de Cécrope, sino que su linaje era tan ilustre como el de Cécrope.

De un Hermes (1) á la estatua semejante,
 Cuya cabeza es bella,
 Informe el tronco, y de la cual difieres,
 En ser de carne tú, de mármol ella.

Dime ¡oh troyano vástago! Á la muda
 Bestia, ¿quién llama noble si no es fuerte?
 Así al caballo volador saluda
 La multitud, cuando en fervor brioso
 Enardecido, la victoria gana,
 Y el ronco grito en escuchar se ufana,
 Con que le ensalza el circo clamoroso.
 Noble éste es, y nadie escrupuloso
 Pregunta el campo que le dió la avena,
 Si antes que todos á la meta avanza,
 Y el primero es que lanza
 Nubes de polvo á la revuelta arena.
 Mas si se niega adusta la victoria
 Á sentarse en su carro, aunque sea fruto
 De Hirpino ó de Cocyta, tanta gloria
 No exime de la venta al tardo bruto.
 Nada valdrán las sombras de sus padres;
 Nada su noble raza; y por pequeño
 Precio irá al nuevo dueño,
 Y allí le harán que al yugo se someta,
 Y arrastre la carreta
 Ó de la noria de Nepote tire.

Si, pues, que yo te alabe, que te admire,

(1) Los Hermes (nombre bajo el cual es también conocido Mercurio) eran cippos de piedra colocados en los caminos para señalar la vía, con la cabeza únicamente labrada, siendo el cuerpo rudo é informe.

Rubelo, es lo que quieres,
Muéstrame tu virtud, no á tus mayores,
Y alcanzarás idénticos honores
Que aquellos á quien debes cuanto eres.

Mas basta para un joven cuya cuna
De Nerón le hace deudo y con tan claro
Linaje está orgulloso; que, al fin, raro
Es conservar el juicio en tal fortuna.
Mas tú, Póntico, ¿es justo que la gloria
Propia de tus abuelos te atribuyas,
Mientras dignás no son las obras tuyas
De futura memoria?

Miserable es vivir de ajena fama,
Pues si, cayendo, las columnas quitan
El soñtén principal, pronto deshechos
Caerán también los vacilantes techos.
Los plantados sarmientos necesitan
El apoyo del olmo: buen soldado
Sé, buen tutor, y juez íntegro y puro:
Si en causa incierta á declarar llamado
Eres, aunque ante ti Fálaris (1) duro,
El toro atroz poniendo,
Te ordene falso ser y ser perjuro,
Tú mira como el crimen más horrendo
Al limpio honor anteponer la vida,
Y por ella perder la excelsa gloria
De vivir en el libro de la historia.

(1) Tirano de Agrigento. Habiendo usurpado el poder, para sofocar las conspiraciones se valía de un medio cruel. Encerraba á sus víctimas en un toro de bronce y las tostaba á fuego lento. Vivió en el siglo VI antes de Jesucristo.

Quien digno es de morir, tenlo por muerto
 Aunque á cientos las ostras del Lucrino
 Devore y deje el baño alabastrino
 De perfumes suavísimos cubierto.

Cuando el gobierno, que por tantos años
 Anhelaste, tomares, de tu ira
 Enfrena los excesos,
 La codicia depón; piadoso mira
 Y no como verdugo,
 Las provincias exhaustas, verás reyes
 Que van, cual esqueletos, en los huesos,
 Pues dejaron sus médulas sin jugo:
 Atiende lo que ordenan nuestras leyes,
 Lo que manda el Senado; considera
 Qué premio aguarda al bueno, y cuán tremendo.
 Fué el rayo con que hiriera
 Del Senado romano la justicia
 Á Capítón y Numitor (1), piratas
 De los mismos piratas de Cilicia.

Mas ¿á qué estos castigos? ¿Por ventura
 No roba Pansa ya lo que te queda
 Y Natha respetó? Callar procura
 Si tus ropas en pública almoneda
 Se venden, ¡oh Oheripo!; gran locura
 Fuera á Roma acudir, pues de ese modo

(1) Capítón y Numitor fueron acusados de extraordinarias rapiñas y vejaciones en este país; por lo cual el poeta los llama piratas de los mismos piratas. Sabido es que los habitantes de Cilicia se dedicaban á la piratería y dieron origen á la famosa guerra en que Pompeyo, después de echar á pique sus naves, destruyó sus guaridas.

Pierdes el flete tras perderlo todo (1).
 No el yugo era tan duro, ni gemían
 En otro tiempo, aunque recién domados,
 Bajo igual opresión los aliados;
 Antes bien, opulentos florecían.
 Llena toda mansión; de oro repleto
 El acervo; la clámide espartana,
 La púrpura de Cos y las figuras
 Con que el cincel de Fidias y Policeto
 El marfil animara,
 De Parrasio y Milón con las pinturas
 Brillaban juntas. Era entonces rara
 Mesa, sin obra de Mentor. El oro
 Robó aquí Dolabela; robó Antonio,
 Y el sacrilego Verres su tesoro.
 Triunfando en medio de la paz (2), traía
 Los despojos ocultos en el fondo
 De la alta nave su codicia impía.
 Ahora algún par de bueyes, la pequeña
 Grey de sus yeguas, el caballo, el toro
 Que conserva la raza, no desdeña
 La avaricia voraz, á falta de oro;
 Y ni aun los mismos Lares, si es que queda
 Alguna efigie de mediano precio
 Que aun ser objeto de rapiña pueda.

(1) «Tan poca justicia, dice, encontrarás si acudes á Roma, que después de haberlo perdido todo, perderás también el viaje.»

(2) Dice el original:

«*Occulta spolia et plures de pacis triumphos.*» El sentido es éste: «Como si vinieran vencedores, ellos en tiempos de paz traían en el fondo de las naves los despojos ocultos de estos pueblos, á los cuales saqueaban.»

Tal vez tú con desprecio
Miras al muelle rodio,
Al ungido corintio, y no es tu odio
Sin razon; ¿pues en qué esa perfumada
Juventud te hará daño, esa vil gente,
Que ante el peligro, de terror helada,
Doblarse flacas las rodillas siente?
Teme al hispano indómito é inquieto;
Al duro ilirio, al formidable galo;
Contempla con respeto
Al segador de Libia, que mantiene
Á Roma, sumergida en el regalo,
Y que en teatro y circo se entretiene.
¿Ni qué fruto sacarás, si ya al rudo
Africano indigente,
Mario (1) dejó desnudo?
Cuida de no agraviar al que es valiente
Y pobre. Acaso pueda
Arrancarle tu mano despiadada
Todo el oro y la plata que le queda,
Mas no el escudo y vengadora espada,
No el casco, no los dardos. ¡Siempre ha habido
Armas con que se vengue el oprimido!
No ficciones, verdades
Son las que digo, y justo es que me creas,
Como si hablara la Sibila misma.
Si de rectos varones te rodeas,
Si no hace el favorito con su influjo
De la justicia torpe mercancía,

(1) Refiérese al mismo Mario de quien habla en la sátira primera, pretor en África, á la cual devastó con sus rapiñas.

Si á tu mujer no enciende sed de lujo,
 Y no recorre, como nueva arpía,
 Corvas las uñas y á robar dispuesta,
 La humilde aldea, el municipio rico,
 Nadie entonces protesta
 Aunque remontes tu linaje á Pico (1);
 Y porque más te ufanes,
 Si de nombre mayor tienes deseo,
 Al ejército entero de Titanes
 Remóntalo, y al mismo Prometeo;
 En la historia que fuere de tu agrado,
 Toma entonces abuelos sin cuidado.

Mas si lujuria ó ambición te ciegan,
 Si en la espalda del mísero aliado
 Rompes cruel el formidable azote,
 Si te deleita que el lictor cansado,
 Segando cuellos, la segur embote,
 Entonces tu nobleza es la primera
 Que te acusa severa,
 Y, antorcha refulgente,
 Más y más tu ignominia hace patente.
 Mayor el crimen, cuanto más ilustre
 Quien lo comete es. ¡Á qué te ufanas,
 Vil falsificador de testamentos,
 Tú, que con tal cinismo,
 Hasta en el templo por tu abuelo abierto,
 Ante la estatua de tu padre mismo

(1) *Pico*, primer rey de los latinos, hijo de Saturno y padre de Fauno:

«*Fauno, Picus pater, isque parentem
 Te, Saturne, refert.*» (Virg., *En.*, t. VII.)

Á fabricarlos llegas;
 Tú, adúltero nocturno, que cubierto
 Con manto galo (1) á la maldad te entregas.

En rápida cuadriga cruza ufano,
 Hollando de sus inclitos mayores
 Las cenizas y huesos, Laterano:
 Y él, que goza de cónsul los honores,
 Calza las ruedas con su propia mano.
 Cierta, lo hace de noche; mas la luna
 Lo ve como testigo,
 Las estrellas lo ven, y cuando el año
 Acabe de su cargo, yo te digo
 Que en pleno día y sin vergüenza alguna
 La fusta empuñará. Ni el viejo amigo
 Que encuentra al paso de rubor le llena;
 Mas con la vara le enviará el saludo;
 Y el haz rompiendo, cual auriga rudo,
 Á los cansados brutos dará avena.

Y en tanto, si la oveja ó el novillo
 Torvo, de Jove al ara
 Conduce cual ofrenda,
 Y en la dura cerviz hunde el cuchillo,
 Como el rito de Numa recomienda,
 Oirás que por Epona (2) sólo jura,
 Ó por otras deidades, con que adorna
 Pestíferos pesebres la pintura.

(1) El manto santónico era una especie de capucha que usaban los Santones, pueblo de la Galia (país de Saintonges).

(2) Epona ó Hippona era la diosa tutelar de los pesebres y caballos. De ἵππος, caballo.

Mas si le place visitar acaso
 Las tabernas, de noche siempre alerta,
 Sirofénix (1) al punto sale al paso,
 Que en la idumea puerta
 Morada tiene y siempre está grasiento,
 Con el asiduo perfumado unguento.
 Él, como á parroquiano de alta estima
 Le saluda y le llama dueño y rey,
 Y lo mismo Cyane, que llevando
 Recogida la falda, se aproxima
 Con botes de gran precio. Mas ya dice
 Alguno, tales culpas excusando:
 —«Esto en mi juventud también yo hice;
 Todos lo hicimos.»—Cierto,
 Mas luego te apartaste, y con cordura.
 Vida tan torpe, licenciosa y fea,
 No prolongaste hasta la edad madura.
 ¡Breve el imperio de los vicios sea!
 Con la primera barba, el que es prudente,
 Ciertas faltas depone:
 En buen hora perdone
 Tu indulgencia al fogoso adolescente;
 Mas Laterano vive en lupanares,
 Vive en las termas, cuando ya maduro
 Para los ejercicios militares.
 Está y de vigor lleno,
 Y reclaman su brazo y su pujanza

(1) *Sirofénix*. Da este nombre al vendedor de perfumes para indicar su origen. En tiempo de Adriano, Fenicia formaba una provincia de Siria con Tiro por capital.

La *puerta idumea* créese que fuese aquella por donde entró Vespasiano, vencedor de los judíos. El nombre prevaletió en lo sucesivo.

La Armenia y Siria, y el Danubio y Reno.
 Ya á Nerón puede defender su lanza;
 Mándalo, ¡oh César! mándalo á las puertas
 Tiberinas (1); pero haz que quien le llame
 Le busque en la taberna más infamè.

Allí le encontrará comiendo al lado
 De asesinos, con prófugos mezclado,
 Nautas, sepultureros,
 Ladrones, carniceros
 Y Gallas (2) por el vino embrutecidos,
 Junto á los mudos címbalos tendidos.
 Verá allí con sorpresa
 Que todos unos son, común el vaso,
 Común el lecho y mesa.
 Di, ¡oh Póntico! en el caso
 Que hallaras á tu siervo así, ¡qué harías?
 Cierto, lleno de furia,

(1) En 474 se instituyeron cuatro cuestores de la armada, de los cuales uno debía residir en Ostia, situada á la desembocadura del Tíber y puerto de Roma. Tenían á su cargo la guarda de las costas y la creación de una marina de guerra para defenderlas. Parece, pues, inexacta la interpretación corriente de este pasaje, donde se supone que el poeta aconseja á César que envíe á Laterano á la *desembocadura de un río*, en vez de decir á Ostia.

(2) *Gallas*, sacerdotes de Cibeles. El culto de la gran madre Cibeles (*Magna mater Idea*) no era nacional en Roma, sino oriundo del Asia Menor. En el año 550 de Roma fué conducida á Roma la estatua de la diosa con inusitada pompa, y desde entonces los cultos orientales tomaron carta de naturaleza en la ciudad. Los sacerdotes de este culto eran los *gallas*, y su venida ejerció una funestísima influencia en las costumbres públicas. Se reunían secretamente, entregándose á los más infames desórdenes, y lograron iniciar en los misterios de su culto á innumerables personas, que no solamente cometían los mayores atentados contra la costumbre, sino también los más horribles

A los duros ergástulos (1) de Etruria,
 Ó á labrar á Lucania le enviarías.
 Y vosotros, de Ascanio descendientes,
 Todo os lo perdonáis; y los excesos,
 Aun en abyectos siervos indecentes,
 ¿No afrentarán á Brutos y Volesos?

Y ¿qué? ¿ejemplos peores
 No pueden aún citarse? Consumido
 El cuantioso caudal de tus mayores,
 Al teatro alquilaste
 Damasipo tu voz, y el aplaudido
Espectro (2) de Catulo allí imitaste.

crímenes. En 568 fué denunciada al Senado la existencia de esta sociedad, y abierto el proceso, se descubrió que contaba más de siete mil afiliados, de los cuales gran parte sufrieron la pena capital. Se dictó un decreto prohibiendo dichas reuniones secretas, que habían recibido el nombre de *bacanales*, porque se celebraban en honor de Baco. Uno de los más hermosos relatos de Tito Livio es aquel en que cuenta este proceso (39, 8 y sig.). El decreto del Senado sobre este asunto fué hallado en 1640, cerca de Catanzaro, y se conserva en el museo de Viena. En tiempo de los emperadores volvieron á estar en uso estas infames reuniones, que también describe Juvenal en la sátira segunda.

(1) *Ergástulo*, calabozo donde eran encerrados los esclavos culpables. El ergástulo, como su nombre indica, era de origen griego, y supone que primeramente fué usado en los puntos de procedencia helénica. La condición de los esclavos rurales era mucho más dura que la de los domésticos, y sólo eran enviados á los trabajos del campo los que habían cometido grandes faltas. Algunos dueños crueles cargaban de hierro á estos desdichados, que, marcados con el hierro candente (stigma) y sujetos los-pies con grillos, trabajaban de día bajo la vigilancia de los capataces, y de noche eran encerrados en los ergástulos en número de quince ó veinte.

(2) *Espectro*. Obra dramática de un autor llamado Catulo. El Espectro, cuando aparece en escena, da un grito de asombro al ver una hermosa joven, por eso dice Juvenal; «*Phasma clamorum.*»)

Bien Léntulo Veloz (1) imitar supo
 Á Laureolo, y tanto, que se hiciera
 Digno, según mi juicio,
 No de fingida cruz, mas verdadera.
 Y ni al pueblo perdono, pues le place
 Oir las bufonadas de un patricio,
 Y en mirar se recrea
 Que de histrión el papel un Fabio hace,
 Y que á un Mamerco allí se abofetea.
 —Alto es el precio á que su sangre venden.
 —¿Qué importa? Mas la venden, y no á ruego
 De Nerón ó por fuerza. Es más, descenden
 Á venderla al Pretor para los juegos.
 —Pero dente á escoger entre la infame
 Profesión de las tablas, ó el suplicio.
 —Pues bien; ¿habrá quien ame
 Tanto el vivir, que por salvarse acepte
 Ser del corintio estúpido colega,
 De marido celoso hacer oficio?
 Pero no hay que admirarse, bien se allega
 Á príncipe flautista histrión patricio!

Fuera de esto, ¿otra infamia quedar pudo
 Ya que el ser gladiador? Pues tal vileza
 También afrenta á Roma; no el escudo
 Ni armas de mirmilón empuña (2) Graco,

(1) Lentulo Veloz, noble caballero, representó en el teatro el papel de esclavo en la fábula de Laureolo. El esclavo era sorprendido en un delito y crucificado, por lo cual dice el poeta: «*Dignus vera cruce.*»

(2) Reproduce aquí lo que dice de Graco en la sátira segunda. Este, en unos juegos públicos, hizo el papel de *reciario*.

Ni corva hoz, ni casco á la cabeza
Que le oculte la faz (pues le incomoda
Traje tal); sólo quiere ser reciarío.
Ved cuál mueve el tridente,
Y cuando en vano dirigió al contrario
La red, pendiente de su mano diestra,
Desnudo el rostro hacia el concurso muestra,
Y recorre ligero,
Para ser conocido, el circo entero.
No hay duda, es él; la túnica lo prueba,
Recamada de oro,
Las cintas que en la larga mitra lleva;
Luego mayor desdoro
Nerón impuso al mirmilón que á Graco,
Pues ni mortal herida tanto siente
El hombre que es valiente
Cual la ignominia de rival tan flaco.
Si libre el pueblo en el sufragio fuera,
¿Quién tan perverso habría
Que Séneca á Nerón no antepusiera?
Nerón, que no una víbora (1), no un saco,
No una jimia tan sólo merecía,
Sino muchas. Su crimen, al de Oreste

Pondera así la falta de decoro de estos patricios, que no se avergonzaban de desempeñar, á cara descubierta, tan viles oficios delante de todo el pueblo.

(1) Los parricidas como Nerón, que habían dado muerte á su madre, eran encerrados en un saco con una jimia y una víbora, y así arrojados al Tíber. La ley contra el parricidio se dictó en 652, con ocasión de un Publilio Malleolo, que había matado á su madre. Pompeyo, confirmando la ley, dispuso que con el criminal se metieran dentro del saco un perro, un gallo, un mono y una víbora, todos vivos, antes de echarlo al Tíber.

Fué igual, mas no la causa; porque éste,
 Por los dioses movido,
 Del padre, en el festín asesinado,
 Fué el justo vengador (1); mas no teñido
 En sangre de su hermana
 Lo ves y de la cónyuge espartana,
 Ni á su deudo envenena,
 Ni cantar lo verás nunca en la escena,
 Ó en verso celebrar la lid troyana.
 ¿Qué frente más inicua ó pecho fiero,
 De Virginio el acero,
 De Galba ó Vindex castigar debía?
 —Mas dime, ¿tan funesta
 Fué y cruel de Nerón la tiranía?
 —Éstas las artes, la conducta ésta
 De ese Príncipe excelso. Su persona
 Envilecer en extranjera escena,
 Y de apio merecer griega corona,
 Al son cantando de la danza obscena.
 Reciban, pues, tus ínclitos mayores
 De tu voz los trofeos,
 Y de este honor su efigie participe.
 De Domicio á los pies la luenga veste
 De Antígona ó Thieste
 Y la máscara pon de Menalipe;
 Y colgada tu cítara se vea

(1) Alude á la fábula de Orestes, el cual, vengando á su padre Agamemnon, dió muerte á su madre Clitemnestra en un acceso de locura. Después, por el favor de Minerva, fué absuelto del crimen que había cometido. Compárale con Nerón; pero dice que el crimen de Orestes era disculpable por su estado de locura, mientras que Nerón era cuerdo, y á pesar de esto cometió horribles parricidios.

En la estatua de Augusto gigantes (1).

¡Quién, ¡oh Cetego! quién, ¡oh Catilina!
 En linaje os venció? Mas preparando
 Nocturnas armas é incendiaria tea,
 Á Roma entera, con estrago y ruina,
 Amenazó vuestro furor nefando.
 Y á la rabia enemiga
 De Breno y de sus hordas excediendo,
 Os atrevisteis al delito horrendo
 Que la azufrada túnica (2) castiga.
 Mas vela el Cónsul, y él, plebeyo obscuro,
 Que ha poco entre los équités asiento
 Llegó á tener, á vuestro audaz intento
 Con su prudencia opone fuerte muro.
 Con hueste armada la traición reprime,
 Y logra por doquiera
 Que el pueblo amedrentado se reanime
 Viendo segura ya la Italia entera.
 Así timbre mayor, más alta gloria
 Le dió la toga, que al feliz Octavio
 En Filipos y en Accium la victoria,
 Y la espada teñida
 En la copiosa sangre allí vertida.
 Mas Roma libre, de entusiasmo llena,

(1) «*Citharam à judicioibus ad se delatam adorari, ferrique ad Augusti statuam jussit.*» (Suet., in Ner., 12).

(2) Era el suplicio de los traidores á la patria; cubríaseles con una túnica de pez, betún, cera, etc., y se les quemaba vivos. Nerón lo empleó contra los cristianos. «*Cogita illam tunicam alimentis ignium el illitam et intexam, et quidquid aliud commenta est sævitia. Hoc enim genus supplicii excogitatum est ut facinorosi homines igne et tunica obvoluti cremarentur vivi.*» (Sén. Ep. XIV.)

Padre proclama á Cicerón. De Arpino
También fué aquel que en heredad ajena,
Allá en los Volscos, su jornal mezquino
Ganó, sudando, y luego soportara,
Si es que su mano trabajaba lenta
En obras militares, que dejara,
Del centurión la cólera violenta,
Rota en su espalda la nudosa vara.
Y éste á los cimbrios formidables doma,
Y de peligros mil bajo el amago,
Él solo salva á la espantada Roma.
Y así, cuando á los cimbrios y al estrago
De tanta muerte, banda innumerable
De cuervos acudiera,
Que más gigantes cuerpos nunca viera,
No el lauro preeminente
Á su noble colega ornó la frente.

Plebeyos en los Decios (1) nombre y lares
Fueron, y ellos bastaron solamente
Por todas las legiones y auxiliares,
Y hasta por toda la latina gente,
Para aplacar en la sangrienta guerra

(1) Serefriere á Publio Decio Mus, que salvó el ejército romano en una batalla contra los latinos. Supusieron que, avisado en sueños de que vencería el ejército cuyo jefe muriese en la batalla, hizo voto de su propia vida á los dioses infernales, y entrando por las filas enemigas, halló en ellas la muerte. Este acto de sacrificio fué repetido por su hijo en la batalla de Sentino contra los galos, y por su nieto en la de Asculum contra Pirro. La parte legendaria que acompaña á estos actos heroicos, ó sea el ensueño y vaticinio indicado, es parecida á la que se relaciona con la muerte de Codro, Rey de Atenas. (V. Val. Maxim., l. v, capítulo VI.)

Los dioses Manes y á la madre Tierra;
 Pues más la sangre de los dos valía,
 Que todos los que aquella redimía.
 —Hijo de sierva, mereció el postrero
 De nuestros buenos reyes (1) la suprema
 Dignidad, la diadema
 Y los haces y trábea de Quirino.
 —Del mismo Cónsul el traidor linaje (2)
 Abrir las puertas intentó á Tarquino,
 Desterrado de Roma, cuando ésta
 Magnánimos esfuerzos exigía
 Para seguirse proclamando libre;
 Esfuerzos que asombraran aun á Horacio
 Coclés (3), al fuerte Escévola (4), á la pía
 Virgen (5), que á nado atravesara el Tíbre,
 Límite entonces del poder del Lacio.
 La inicua trama reveló al Senado

(1) Servio Tulio.

(2) Los hijos de Junio Bruto conspiraron para restablecer á Tarquino en el trono; pero descubierta la conspiración, aquel tan severo político, como desnaturalizado padre, les condenó á muerte.

(3) Horacio Coclés, viendo á sus soldados muertos por los etruscos, se apostó en el puente Publicio y logró con su esfuerzo detener las tropas de Porsenna, mientras dos de sus compañeros destruyeron dicho puente detrás de él. En seguida se arrojó al Tíber y logró entrar á nado en la ciudad.

(4) Mucio Scévola, habiéndose dirigido al campamento de Porsenna para asesinarle, erró el golpe. Conducido á presencia de Porsenna, aplicó la mano á un brasero encendido y se la dejó abrasar en castigo, dijo, de su torpeza, añadiendo que trescientos romanos habían jurado imitar su ejemplo.

(5) La joven Clelia, no queriendo permanecer cautiva de Porsenna, á la cual había sido entregada en rehenes, atravesó á nado el Tíber y recobró la libertad. De ella dice Ennio:

*«Vos etenim, juvenes, animum geritis muliebrem,
 Illa virago, viri.»*

El siervo aquel (1) que con doliente pena
De romanas matronas fué llorado,
Y á la prole traidora
De Bruto, ley justísima condena.

Prefiero que tu padre sea Tersites,
Si con Aquiles en valor compites
Y ante vulcanias armas no flaqueas,
Que el que de Aquiles venga el ser que tienes
Y tan cobarde cual Tersites seas.
Y, en fin, aunque al origen te remontes
Para saber el héroe de quién vienes,
Sabe que asilo infame le dió abrigo (2).
¡Mira, cualquier que fuese
El fundador de tu linaje, ese,
Ó fué pastor, ó fué..... mas no lo digo!

(1) *Vindicio* era un siervo que reveló la conspiración de los hijos de Bruto. De su nombre, dicen, se llamó *vindicta* el acto de emancipar á los esclavos.

(2) Alude á la tradición que hacía á Rómulo, jefe de una partida de bandoleros.

SÁTIRA NOVENA.

NŒVOLUS.

El Sr. Folgueras y Sion suprime en su traducción de Juvenal la presente sátira, «porque en ella, dice, el satírico *cinedorum et pathicorum turpitudinem acritur ac nimis aperte insectatur*, como los comentadores se explican».

La misma razón me mueve también á suprimirla en esta obra, si bien hubiera podido seguir el ejemplo del P. Juvencio, que en su edición de Juvenal la publicó mutilada, cortando todos los pasajes que han provocado tan justas censuras contra ella. Pero publicada así, ó se hace completamente ininteligible, desapareciendo entonces la significación de la obra y la intención satírica del autor, y quedando reducida la sátira á un verdadero logogrifo, ó, en el caso contrario, conserva el vicio original que la hace completamente indigna de conservarse en ninguna traducción. Desfigurar el pensamiento del autor hasta el extremo que lo hicieron con la Égloga iv de Virgilio algunos piadosos editores y comentadores, parece una verdadera puerilidad, y yo creo que si los escritores clásicos merecen ser conservados, es á condición de que desaparezcan de sus obras la escoria é inmundicia con que deslustran y manchan el oro acendrado de tantos sublimes pensamientos, admirables sentencias y rasgos delicadísimos de ingenio, á los que debe su nombre justa y perdurable fama.

SÁTIRA DÉCIMA.

DE LA VANIDAD DE NUESTROS DESEOS.

ARGUMENTO. — El objeto de esta sátira es demostrar, como lo indica su título, cuán vanos son la mayor parte de nuestros deseos. Al fatigar, dice el poeta, á los dioses con nuestras súplicas, pedimos muchas cosas que nos perjudican, y corrobora su afirmación con numerosos ejemplos, de los que deduce que no debemos desear riquezas, honores, poder ni gloria, porque todo esto ha sido, en definitiva, fatal para los mismos que lo han obtenido. De un escritor pagano era imposible esperar una moral más alta que la que cifra la bondad ó malicia de nuestros deseos en la utilidad que de satisfacerlos pueda venirnos, y no en la conformidad de ellos con el supremo fin del hombre. Mas, á pesar de esto, se encuentran en la presente sátira numerosos rasgos de moral irreprochable, circunstancia que, unida á la manera con que está desempeñado el asunto, la hace una de las más bellas y grandiosas de Juvenal, y digna de los elogios que se le han tributado. El poeta ha sabido fecundizar el asunto de un modo maravilloso y puesto en él los frutos de su experiencia y de su meditación filosófica, animándolo á la vez con los acentos de la más persuasiva elocuencia y de los más generosos afectos.

Pocos hay en las tierras desde Gades
Hasta el Ganges (1), vecino de la aurora,

(1) Juvenal, siguiendo la creencia de los antiguos, coloca como términos extremos del mundo á Cádiz por Occidente y al Ganges por Oriente. Este río iba á parar, según el sistema de Eratóstenes y Estrabón, al mar que ellos llaman *Atlántico oriental*; Hiparco y Ptolomeo le hacen ya desembocar en el golfo Gangético.

Que el bien del mal discernan, apartando
 Las nieblas del error. Pues ¿cuándo es norte
 La razón al temor ó anhelo nuestro?
 Ó ¿qué proyecto con tan buen auspicio
 Forjaste, que después no te pesara
 Al verlo ya logrado? ¡Cuántas veces
 Los dioses destruyeran nuestras casas
 Si fáciles oyeran nuestros ruegos!
 Cosas nocivas en la paz pedimos,
 Cosas nocivas en la guerra. Á muchos
 La muerte dió su tórrida elocuencia.
 Así Milón (1), en sus robustos brazos
 Fiado, y en su fuerza, halló la muerte.
 Á muchos más, empero, perdió el oro
 Y las rentas sin límite, que exceden
 Á las demás, cuanto supera en mole
 Al delfin la británica ballena.

Tal en los tiempos de Nerón, aciagos.
 Por orden suya la feroz cohorte,
 La casa de Longinos (2), los grandiosos
 Huertos del rico Séneca invadiera,
 Y el egregio palacio laterano (3).

(1) Milón de Crotona, confiado en sus fuerzas poderosas, trató de abrir un tronco de encina, herido ya por la segur, y metiendo los dedos en la hendidura, logró abrirlo más; pero no siendo bastantes las fuerzas del anciano para realizar su propósito, el tronco le aprisionó las dos manos al cerrarse. Acudiendo á sus gritos de dolor una fiera, le devoró.

(2) Cayo Casio Longino fué muerto por orden de Nerón, sólo porque conservaba entre los retratos de familia el de Casio, asesino de César.

(3) Perteneciente á Plantino Laterano, muerto también por orden de Nerón.

Rara vez sube á misera buhardilla
 Á robar el soldado; mas si llevas
 Pequeño vaso de labrada plata,
 Caminando de noche, miedo sientes
 Al lazo ó al puñal, y hasta la sombra
 Te hará temblar de las flexibles cañas
 Que de la luna al resplandor oscilan.
 En tanto el que camina sin dinero,
 Aun del ladrón á la presencia canta.

El voto más común, el que en los templos
 Resuena á cada instante, es que se aumente
 Nuestro caudal, y que en el Foro sea
 El arca nuestra (1) la mayor de todas.
 Mas no en vaso de arcilla la ponzoña
 Suele beberse; témela tan sólo
 Cuando te ofrecen esmaltada copa,
 Cuando dentro del oro arde el setino.
 ¡No alabas, pues, á aquellos dos famosos
 Sabios (2), que siempre que su pie ponían
 Desde el dintel de su morada afuera,
 Dábanse uno á la risa y otro al llanto?
 Aunque aquélla me explico, pues, no puedo
 Comprender cómo el otro de sus ojos
 Tanto raudal de lagrimas sacaba.
 Con su perpetua risa sacudía
 Demócrito el pulmón, aunque en Atenas

(1) Alude á la costumbre de los senadores y los ricos, que depositaban su caudal en el Foro para que no pereciera en cualquier incendio.

(2) Heráclito y Demócrito.

No había trábeas, pretextas (1), tribunales,
 Ni fasces, ni literas. ¿Qué si viese
 Levantado al pretor en alto carro,
 En la arena del circo, revestido
 De Jove con la túnica, y llevando
 Rico manto de púrpura de Tiro
 Pendiente de los hombros, y corona
 Que no hay cerviz que sustentarla pueda? (2).
 La lleva el siervo público sudando,
 Y porque el Cónsul no se enorgullezca,
 Á ambos conduce la carroza misma.
 Junta con esto el águila que surge
 Del cetro de marfil; de un lado mira

(1) La *pretexta* era una túnica blanca bordada de púrpura. Llevábanla los patricios jóvenes hasta cierta edad, y también los magistrados. La *trábea* era un traje con bandas de púrpura.

(2) El sentido es: «¿Qué dirían si vieran á un hombre indigno desempeñar las funciones de pretor?» Alude en este pasaje á la brillante ceremonia del triunfo en Roma. El objeto aparente de éste era ofrecer un sacrificio en acción de gracias á Júpiter; el principal mostrar al pueblo la gloria que se había adquirido y el botín hecho. Organizábase una inmensa procesión militar en que desde luego venía expuesto sobre carros el botín ganado; seguían los prisioneros de guerra y luego el *oro coronario*. El triunfador avanzaba en un carro tirado por cuatro caballos blancos y á veces por elefantes. Sus amigos, sus parientes, su clientela, le acompañaban á pie; el Senado, los cónsules y demás magistrados seguían al carro; los soldados venían después celebrando sus alabanzas con las que mezclaban cantos satíricos y gritando á cada paso: «¡*lo triumpho!*» Detrás del triunfador, en el carro mismo, venía un siervo que le decía de cuando en cuando: «Acuérdate de que eres hombre.» En otro carro, para recordar lo inestable de las cosas humanas, traían varas y una campanilla, instrumentos usados en los últimos suplicios. Atravesaba la comitiva el Campo de Marte, Velabro, Circo Máximo, Monte Palatino, Vía Sacra, Foro, hasta llegar al templo de Júpiter. Tarquino Prisco, ó Valerio Publicola, introdujeron esta costumbre en Roma.

Las cornetas, del otro los clientes
 En larga comitiva precediendo,
 Y junto al tronco, con sus niveas togas,
 Los quirites, que amigos suyos hace
 La espórtula en su bolsa derramada.
 Dió entonces á Demócrito materia
 Para reir, cualquiera que encontraba;
 Y fué varón prudente, lo cual muestra
 Que bajo espesos aires (1), y aun en tierra
 De idiotas, ven la luz hombres insignes,
 Que pueden dar ejemplos memorables.
 Los cuidados del vulgo, su alegría,
 Hasta las mismas lágrimas, asunto
 Eran de risa para él, y osaba
 Un dogal enviar á la Fortuna,
 Si ésta le amenazaba, y no temía
 Mostrarle su desprecio con el dedo.

Vanos, pues, ó nocivos son los votos
 Por los cuales cargamos las rodillas
 De nuestros dioses con las céreas tablas (2).
 Derroca á muchos el poder, expuesto
 Á grande envidia, y húndelos el peso
 De sus insignes numerosos timbres:
 Caen las estatuas (3), y á las cuerdas siguen

(1) Demócrito era natural de Abdera (Tracia), cuyos habitantes tenían fama de incultos y groseros. Dice Juvenal: «*Verrucum in patria*», en un país de borregos. Era una manera de decir proverbial.

(2) Los antiguos solían estampar sus deseos en tablillas de cera y colgarlas de las rodillas de sus dioses para inclinarles á otorgar lo que les pedían. Á esta costumbre alude Juvenal.

(3) Pasa á indicar lo peligrosos que son los honores y las glorias humanas, confirmándolo con los ejemplos de Seyano y de

Que las arrastran, y después las ruedas
 Del carro que las lleva son hendidas
 Por segur implacable, y hasta rotas
 Del caballo inocente las rodillas.

Ya cruje el fuego; ya presta la hoguera
 Y los fuelles están; ya la cabeza,
 Por el pueblo adorada, arde, y estalla
 El gran Seyano, y de la faz que era
 La segunda en el orbe, saldrán luego
 Sartenes, platos, ánforas, bacías.

—«Orna tu puerta con laurel, al grande
 Buey sin mancha conduce al Capitolio.
 Sujeto á un garfio va Seyano, y todos

otros. Seyano era natural de Volsena, en la Etruria. Con su destreza y sus maneras insinuantes había logrado ganar el ánimo de Tiberio hasta el punto de recorrer rápidamente la carrera de los honores y ser el amigo, el favorito del Emperador, la segunda persona después de él. Por todas partes se veían sus estatuas, y se rendían á éstas honores iguales á las de Tiberio. Embriagado Seyano con tanta fortuna, aspiró á reemplazar á su señor en el trono, y para esto procuró remover todos los obstáculos. Hizo desterrar á los hijos de Germánico y envenenar á Druso, hijo de Tiberio, seduciendo además á Livia, mujer del mismo Druso, á la cual hizo entrever la posibilidad de subir al trono imperial. Conocidos por Tiberio los planes de Seyano, envió desde su retiro de Caprea cartas secretas al Senado. Reunido éste, y mientras todos rivalizaban en lisonjear bajamente al poderoso ministro, uno de los cónsules abrió la carta imperial. Era larga, confusa, envuelta en retencencias y llena de frases ambiguas; pero concluía por ordenar la prisión de Seyano. El vacío se forma alrededor de éste. Preso é insultado por el populacho, fué condenado en el mismo día por aquel propio Senado que le había adulado por la mañana. Durante tres días su cadáver fué objeto de las burlas del pueblo, y, por último, arrastrado con una cuerda y arrojado al Tiber. Las estatuas del poderoso valido cayeron rotas, y fueron perseguidos y muertos cuantos habían sido amigos suyos. Este cuadro de la caída de Seyano es, sin duda, uno de los más admirables que ha trazado la pluma de Juvenal.

Muestran su gozo ya. ¡Qué faz, qué labios!
 Júroté que jamás quise á este hombre.
 —Pero ¿cuál fué su crimen? ¿Quién ha sido
 El delator? ¿Qué indicios? ¿Quién depuso
 Como testigo?—Nada de eso; vino
 Larga y confusa carta de Caprea.
 —Bien; no hay que saber más. Pero ¿qué ha hecho
 La grey de Remo?—Sigue á la fortuna
 Cual hace siempre, y odia á los proscritos.
 Si Nursia (1) al tusco favorable fuera
 Y al Príncipe caduco derribara,
 Al mismo instante Augusto llamaría
 Esa turba á Seyano. Ya hace tiempo,
 Desde que no se venden los sufragios (2),
 Los públicos asuntos no le importan.
 Y el pueblo aquel que daba antes imperios,
 Haces, legiones, todo, ahora se calla
 Y dos cosas tan sólo espera ansioso:
 Pan y juegos.—Que hay muchos condenados
 A muerte.—No me importa; es grande el horno.
 —Junto al ara de Marte halié á Brutidio (3)
 Algo pálido, y temo que el furioso
 Ajax vencido (4) su castigo pida,

(1) En Volsena era objeto de singular culto la diosa *Northia* ó *Nursia*, y dice esto aludiendo á la patria de Seyano.

(2) Los candidatos solían pagar los votos en los comicios, uso que abolió Silá y que Calgula, según Suetonio, quiso restablecer. Lo que Juvenal lamenta aquí es la pérdida de la libertad, no el que hubiese desaparecido la costumbre de comprar los votos.

(3) Brutidio era un delator amigo de Seyano. Acusado á su vez, fué desterrado.

(4) Este pasaje resulta obscuro. Algunos lo interpretan así: «Temo que Tiberio, considerándose mal defendido por el Senado contra los conspiradores, multiplique las sentencias de

Por ser mal defendido.—Con presteza
 Corramos, y entretanto que el cadáver
 Yace tendido en la ribera, hollemos
 Con nuestras plantas al rival de César.
 Mas véanlo nuestros siervos (1), no haya alguno
 Que lo niegue y arrastre ante los jueces,
 Baja la frente, al espantado dueño.»—

Así se hablaba de Seyano entonces,
 Esto el vulgo en secreto murmuraba.
 ¿Y envidias á Seyano? ¿Su riqueza
 Quieres y aquel poder con que otorgaba
 Sillas curules, mando imperatorio,
 Y ser tutor (2) del Principe que mora
 En la estrecha Caprea, rodeado
 Por grey servil de astrólogos caldeos?
 ¿Quieres ser capitán de una centuria,
 Regir cohortes, nobles caballeros,
 Y que tu casa un campamento sea?
 —¿Por qué no? Aquellos mismos que repugnan
 Matar, anhelan el poder de hacerlo.
 —Mas ¿qué suerte hay tan próspera y brillante
 En que se igualen al dolor los goces?
 ¿Prefieres la pretexta del valido
 Que entre las manos del verdugo cae,

muerte imitando á Ajax, el cual, vencido por Ulises, lleno de furor, mató los rebaños que encontró al paso, y se proponía dar muerte al pueblo y á los príncipes de los Griegos.»

(1) Es decir, vean nuestros siervos que escarnecemos el cadáver de Seyano, para que luego no nos acusen como amigos de éste.

(2) Y ser juzgado como ministro y defensor de Tiberio, el cual, como pupilo incapaz de administrar el Imperio, vivía ociosamente en Caprea.

Más que ser juez en Gabias ó Fidenas,
Ó el fallo dar sobre la infiel medida,
Rústico edil, en la desierta Olubra? (1).
Así, negar no puedes que iba errado
En sus votos Seyano; pues honores
Y excesiva riqueza apeteciendo,
Lograba sólo alzar más alta torre
Para ser arrojado de más alto
Y sufrir más estrago en la caída.
¿Qué derribó á los Gracos opulentos,
Qué á los Pompeyos, y al que fuera un día
De los domados quírites azote? (2).
Pues fué el supremo rango pretendido
Por artes mil, y los soberbios votos
Por númenes malignos escuchados;
Pocos los reyes, pocos los tiranos
Son que á los reinos de Plutón descienden
Sin ser heridos por puñal aleve.

De Tulio y de Demóstenes la fama,
La elocuencia viril, busca el alumno
Que por un as escucha á su maestro,
Y á quien los libros el esclavo lleva
Ante Minerva, en las solemnes fiestas.
Perdió á los dos, empero, su elocuencia,
Y el alto ingenio les causó la muerte.
¿Quién si no, ¡oh Tulio! cercenó tu cuello,
Tu mano, quién? Mas nunca la tribuna
Tiñó en su sangre el orador mediano.

(1) *Olubra*, aldea muy poco poblada en el Lacio.

(2) Julio César.

—«¡Oh Roma afortunada, que has nacido
Siendo yo Cónsul!» (1) Si cual esto fuera
Todo lo que él habló, poco cuidado
Dírale, cierto, la crueldad de Antonio.
Quiero mejor ridículos poemas,
¡Oh, divina Filípica, acreedora
A fama eterna, más que el ser tu padre!

También fué triste el fin del que en Atenas,
Torrente de elocuencia, causó asombro
Y en el teatro al pueblo conmovía;
Bajo dioses adversos concebido
Y hado cruel, pues obligóle el padre,
A quien los ojos el hollín cubría (2),
A trocar el carbón, tenazas, yunque,
El acero forjado y la encendida
Fragua, por los retóricos preceptos.

Miran los hombres cual supremos bienes
Los bélicos despojos, la loriga
Colgada en los magníficos trofeos,
Casos pendientes de los yelmos rotos,
El carro sin timón, la pompa y galas
De las vencidas naves, y el cautivo

(1) «*O fortunatum natam me Consule, Roman.*»

Verso de Cicerón cuando libró a Roma de la conjuración de Catilina. Marcial, Quintiliano y los dos Sénecas están conformes con Juvenal en negar a Cicerón el talento de la poesía.

«*Carmina quod scribis Musis et Apolline nullo
Laudari debes; hoc Ciceronis habes.*» (Marcial.)

(2) Demóstenes, que era hijo de un herrero, y abandonó el oficio de su padre por dedicarse a la elocuencia.

Bajo el arco triunfal encadenado.
 Esto al Romano, al Bárbaro y al Griego
 De estímulo sirvió; de aquí el peligro
 Despreciado y las improbables fatigas.
 ¡Tanto la sed de fama en nuestro pecho,
 Vence al amor de la virtud! ¿Quién hay
 Que abrace la virtud si el premio quitas?
 Fatal, empero, fué siempre á la patria
 La gloria de unos pocos y la necia
 Ambición de fijar timbres y honores
 Sobre la inerte losa de un sepulcro
 Que desmorona estéril cabrahigo.
 ¡Al sepulcro también mata la muerte!

A Aníbal pesa. ¿Cuántas libras hallas
 En varón tan insigne? El mismo es éste
 Que hallaba á su ambición Africa estrecha
 Desde donde el Atlántico la baña
 A donde el Nilo cálido la inunda,
 Y hasta el etíope pueblo y las regiones
 Do nace el elefante. A su dominio
 Sujeta á España, salva el Pirineo;
 Opónele natura Alpes y nieves;
 Él deshace las rocas, y los montes
 Con el vinagre corrosivo abre (1).
 Ya es de la Italia dueño, y—«¡Avancemos,
 Dice, nada hemos hecho si las puertas

(1) Véase Tito Livio (c. XXI) acerca de este punto. Polibio rechaza el hecho como fabuloso. «Cortaron, dice Tito Livio, muchos árboles y les pegaron fuego; y cuando las rocas estuvieron enrojecidas por las llamas, vertieron vinagre para disolverlas.»

Por el púnico esfuerzo no caen rotas,
 Y la bandera de Cartago ondea
 En mitad de Suburra!—¡Oh, qué figura
 Digna de que el pincel la inmortalice,
 La del tuerto adalid en la africana
 Bestia montado! Y á la postre..... ¡oh gloria!
 También vencido cede, y fugitivo
 Corre al destierro, donde en regio atrio
 Aguarda, cliente célebre é insigne,
 Que el bitinio tirano (1) deje el sueño,
 Y le plazca escucharle. Y no la espada,
 No dardo agudo, ni lanzada piedra
 Dieron fin al que el orbe revolviera.
 Fué aquel anillo vengador de Cannas
 Y de la sangre derramada. ¡Loco!
 Anda, y los Alpes escarpados trepa,
 Pasma serás de jóvenes, y asunto
 De retóricas frases tus hazañas!

No basta el orbe á la ambición del joven
 Nacido en Pella (2); el infeliz se ahoga
 En el angosto límite del mundo,
 Cual si de Gyara en los escollos preso
 Ó en la pequeña Sérifo estuviera;
 Mas cuando entra en la ciudad que ostenta

(1) Anfbal se refugió en la corte de Prusias, rey de Bitinia. Reclamado por los Romanos, para no caer en poder de éstos se suicidó con el veneno que llevaba oculto en su anillo. Por eso dice Juvenal:

«Tanti sanguinis ultor annulus.»

(2) Alejandro, que había nacido en Pella, ciudad de Macedonia.

Sus muros de ladrillo, en ese día
 Tiene que contentarse con la tumba.
 Sólo la muerte á confesar le obliga
 La humana pequeñez.

Dicen que el Athos

Cruzado un tiempo por veleras naves
 Fué, y otras cosas cuentan que la Grecia
 Mendaz suele mezclar en las historias:
 Que por la misma flota el mar cubierto,
 Dió á los guerreros carros del rey persa
 Entre las olas sólido camino;
 Que el ejército medo desecaba,
 Para beber, los caudalosos ríos
 Sólo en una comida, y otras cosas
 Que el borracho Sostrato (1) nos pondera.
 ¿Cómo, empero, volvió de Salamina
 El bárbaro monarca, que azotaba
 Al Cauro y Euro, que en la eolia cárcel
 Jamás sufrieran esto, y pretendía.
 Encadenar al mismo Ennosigeo? (2).
 Y no fué poco si con hierro ardiente
 No le mandó marcar; ¿cuál de los dioses
 A necio tal favorecer quería?
 Pero ¿cómo volvió? Pues una nave
 Salvóle en medio de sangrientas ondas,
 Pasando entre cadáveres sin cuento

(1) En el siglo III antes de J. C., vivió un Sostrato, natural de Gnido, famoso arquitecto que, por encargo de Ptolomeo Filadelfo, construyó el célebre faro de Alejandría. ¿Será éste tal vez á quien alude Juvenal? La palabra *ébrio*, según los expositores, usase aquí en el sentido de furor poético.

(2) Neptuno.

Tarda su quilla. Tan funesto pago
Dió á su ambición la codiciada gloria!

Dame una larga vida, multiplica
¡Oh Júpiter! mis años. Tal el ruego
Que alzando al cielo el amarillo rostro
A los dioses diriges. Mas ¡de cuántos
Males y cuán prolijos no está llena
Senectud prolongada! Ya deforme
Queda la faz, do su primera huella
La edad pone, afeándola; se torna
Arida piel el cutis sonrosado;
Las mejillas se caen y se cubren
De más arrugas que la vieja mona
Cuando se espulga en el país en donde
Tabraca (1) muestra sus umbrosas selvas.
Mucho entre sí los jóvenes difieren;
No así los viejos, todos son iguales:
Los labios tiemblan al hablar; desnuda
Calvicie muestra su cabeza, y fluye
Húmeda su nariz, como en la infancia.
La encía inermie masticar no puede
Sin grande esfuerzo el pan; es á su esposa
Y á sus hijos y á sí grave y molesto,
Y al mismo Coso adulator. Su torpe
Paladar, en el vino, en los manjares,
En nada halla placer, y hasta le niega
Dulces favores el amor. La ruina
De otros sentidos mira. Pues ¿qué gusto
Puede en el canto hallar, aunque sea eximio

(1) *Tabraca*. Población de la Numidia.

El tañedor, ó sea Seleuco, ó sean
Los que al teatro van con áureas ropas?
¿Qué le importa el asiento, si oye apenas
De trompas y cornetas el sonido?
A gritos le ha de hablar el que viniere
A anunciarle la hora ó la visita.
Su helado cuerpo, ya de sangre exhausto,
Tan sólo puede reanimar la fiebre;
Todos los males á la vez le asedian
Cual apiñado ejército, y si el nombre
De ellos saber pretendes, te diría
Mejor cuantos caprichos Hípia tiene,
Cuantos enfermos sólo en un otoño
Asesinó Themison, los clientes
Que ha arruinado Basilio, y los pupilos
Que Hirro redujo á la miseria, y cuantos
Alumnos perdió Hamilo con su ejemplo:
Diré más: cuantas granjas hoy posee
El que mi barba juvenil cortaba.
A uno la espalda, al otro los riñones
Duelen; éste las piernas siente flojas,
Aquél ciego quedó y envidia al tuerto;
Éste recibe por ajena mano
En los rugosos labios la comida,
Y el que al mirar la cena, ya las fauces
Dilatarse sentía, abre la boca
Y la alarga, cual tierno golondrino
A quien la madre con el pico lleno,
Y ayuna aún, acércase volando.

Pero hay daño mayor que todos éstos,
Y es la chochez; ni el nombre de los siervos,

Ni la faz del amigo que cenara
 Con él la noche antes, ni á sus hijos,
 Aquellos hijos que engendró, conoce,
 Pues cruel codicilo de la herencia
 Prívalos y la da toda á Fiala.
 ¡Tanto puede la voz de una ramera,
 Del lupanar antigua moradora!
 Mas doy que todo su vigor conserve:
 Verá entonces los tristes funerales
 De los hijos, la pira que al hermano
 Consume y á la cónyuge querida
 Y á sus hermanas en cinéreas urnas.
 Tal es la pena del que mucho vive:
 Ver renovarse en su mansión el duelo,
 Vivir en llanto y en dolor perpetuo,
 Y envejecer llevando el triste luto.

Corneja en el vivir fué el rey de Pilos (1),
 Si creemos á Homero. ¿Venturoso
 Pensáis que fué, pues dilató la muerte
 Por siglos y sus años numeraba
 Con la derecha mano (2), y tantas veces
 Pudo saborear el vino nuevo?
 Guarda un poco, escucharás sus quejas
 Contra la ley del hado, que el estambre

(1) Néstor, que llegó á avanzada vejez. Decían que había vivido trescientos años. Los antiguos atribuían muy larga vida á la corneja, suponiendo que llegaba á alcanzar hasta novecientos años. Por eso dice el autor que

«Exemplum vita fuit á cornice secunda.» .

(2) Los antiguos contaban hasta 100 por los dedos de la mano izquierda, y para lo demás se valían de la derecha.

No cortó de su vida, cuando ardiendo
 La barba ve de Antíloco gallardo (1).
 Pregunta á los amigos, que ve en torno,
 Por qué razón él vive, qué delito
 Digno le hizo de vejez tan larga.
 Llora Peleo á su robado Aquiles
 También así, y el otro (2) que al de Itaca
 Juguete ve de las airadas ondas.

Incólume Ilión, Príamo iría,
 Entre exequias solemnes, á los sitios
 Do aguardaban los manes de Asaraco (3).
 Héctor y sus hermanos llevarían
 Su cuerpo entre las lágrimas copiosas
 De las troyanas, luego que Casandra
 Empezara á llorar (4), y Polixena,
 Desgarrando su túnica, si muerto
 Fuese en el tiempo en que el hermoso Páris
 Aun no había construído la audaz flota.
 ¿Qué tanta vida le sirvió? En escombros
 Todo lo vió caer, y Asia cautiva,
 Por el hierro y el fuego devastada.
 Depone entonces, trémulo soldado,
 La diadema, y las armas toma, y cae
 De Jove ante el altar, cual viejo toro;
 Que, inútil ya para el arado, ofrece

(1) Antíloco muerto y ardiendo en la pira.

(2) Laertes, padre de Ulises.

(3) Hijo de Tros y hermano de Ilión, que también dió nombre á Troya.

(4) Es decir, antes que Casandra anunciase las desgracias y la ruina de Troya.

A la cuchilla el cuello macilento.
 Y al cabo fué su muerte la de un hombre;
 Mas su esposa infeliz, que sobrevive,
 Ladridos lanza transformada en perra (1).

Vengo á los nuestros, y al de Ponto omito
 Soberbio rey, y á Creso, á quien el sabio
 Solón aconsejaba que esperase
 Al término postrero de la vida (2).
 ¿Quién la cárcel á Mario y el destierro,
 Y las lagunas de Minturna trajo,
 Y el mendigar el pan en la vencida
 Cartago, más que la vejez? ¿Natura
 Y Roma un hombre más dichoso vieran,
 Si entre guerrera pompa y rodeado
 De multitud inmensa de cautivos,
 Rindiera el alma generosa, cuando
 Del teutónico carro descendía? (3).
 Próvida dió Campania al gran Pompeyo
 Maligna fiebre que anhelar debiera,
 Para librarse de futuros males;
 Gimén los pueblos, y sus votos logran

(1) Véase Ovidio, 13. *Metamorphos*. Observa un traductor de Juvenal, que siendo este hecho absurdo é indigno de crédito, no ha debido alegrarlo aquel en confirmación de lo que viene diciendo.

(2) Cuenta Herodoto que interrogado Solón por Creso, si había visto algún monarca más glorioso y feliz que él, le contestó: que para decidir esto era preciso aguardar el término de la vida, pues nadie hasta el fin podía llamarse dichoso ni desdichado. Vencido después por Ciro y hecho prisionero, el rey de Lidia clamaba diciendo que no se había engañado Solón. Noticioso Ciro de esto le dió la libertad, viendo patentemente cuán cerca está la desgracia de la felicidad y de la grandeza.

(3) Alude á las victorias de Mario sobre cimbrós y teutones.

Que alcance la salud. Adverso el hado
A él y á Roma, guarda su cabeza
Al asesino hierro destinada
Y al vencimiento. De este ultraje libres
Viéronse al menos Léntulo y Cetego,
Que entero cayó en brazos de la muerte,
Y Catilina, que quedó tendido
En el sangriento campo de batalla.

La madre ansiosa, al divisar el templo
De Venus, pide para el hijo amado
Gentil belleza, y más para la hija:
Hasta deleites pide.—¿Y quién mis votos
Critica?—dice; alégrase Latona
Con su hermosa Diana, mas Lucrecia
Muestra cuán peligrosa es la hermosura.
Cambiar Virginia el rostro anhelaría
Con Rutila gibosa. Hijo gallardo
Zozobras y temores acarrea
Siempre á los padres. Rara vez se avienen
Hermosura y pudor; buenos ejemplos
Denle en buen hora sus honrados padres,
De la virtud sabinia imitadores;
Dele benigna y pródiga natura,
Índole honesta, rostro que enrojece
El rubor. (¿Qué más pueda darle ella,
Fuerte, como el ejemplo y el precepto?)
Corrompido estará cuando sea hombre.
Tentará de los padres la codicia
Infame seductor. Tanta es la fuerza,
Tanto el poder del oro. Nunca el hierro
Del tirano cruel mutiló el cuerpo

Del mancebo deforme, ni robado
 Fué por Nerón el hijo del patricio
 Que nació con escrófulas ó cojo,
 Ó hinchó el materno seno con su giba.

Gózate, pues, en la beldad del hijo,
 Aun á mayores males reservado;
 Adúltero notorio será un día,
 Y sufrirá la pena que le plazca
 Al irritado esposo. ¿Su destino
 Ha de ser tan feliz que, como á Marte,
 En alguna celada no le cojan?
 ¡Y cuántas veces el furor ordena
 Castigos que ninguna ley permite
 Al agravio mayor! Esposo hay
 Que se contenta con matar; el otro
 Flagela sin piedad con duro azote
 Al ofensor, ó en sus entrañas mete
 Múgil voraz (1).—Mas tu Endimión, tan sólo
 Es por amor adúltero.—Sí; esto
 Será hasta que Servilia con el oro
 Le brinde, y será suyo sin amarla,
 Por despojarla sólo. Pues ¿cuál de ellas,
 Llámese Opia ó Catula, rehusó nunca
 Satisfacer su amor á cualquier precio?

(1) Aunque la ley Julia castigaba con la pena de muerte el adulterio, sin embargo, no autorizaba las torturas que los esposos ofendidos hacían sufrir á las culpables, como el múgil que le introducían en las entrañas para que las devorase, y otros tormentos análogos de que habla Juvenal. Sin embargo, debió ser cosa muy usada, porque también Catulo amenaza á uno (*Carmen*, xv) con los dos tormentos más generalizados, *raphanique*, *mugilesque*.

La más avara en esto no discrepa
 De las demás.—Mas á un mancebo honesto,
 ¿En qué le perjudica la hermosura?
 —¿Y de qué valió á Hipólito el recato?
 ¿De qué á Belerofonte? (1). Sus repulsas
 Afrenta fueron de las dos amantes;
 Y Stenobea y Fedra enardecidas
 De cólera y vergüenza, á la venganza
 Su agravio encomendaron. Implacable
 Es la mujer, si al odio la estimula
 La vergüenza de verse despreciada.
 ¿Qué consejo darás al que la esposa (2)
 Del César quiso hacer marido suyo?
 Joven, hermoso, de familia ilustre,
 Es arrastrado el triste á do le esperan
 Mesalina y la muerte. Ya le aguarda
 Ella, dispuesto el velo, en sus jardines,
 Y el tirio lecho conyugal, que alzado
 Está á vista de todos. El antiguo
 Rito cumpliendo, entregarále en dote
 Un millón de sestercios, y muy en breve
 Parecerá el augur con los testigos.

(1) Alude á las fábulas de Hipólito y Belerofonte, víctimas respectivamente de la venganza de Fedra y Estenobea.

(2) Mesalina, mujer de Claudio, llegó en su cinismo hasta el extremo de celebrar públicamente sus nupcias con Silio, joven de rara belleza, aprovechando una ausencia de su esposo. Sabiendo éste, por conducto de su favorito Narciso, tan escandaloso hecho, mandó dar muerte al desdichado joven y á la impúdica esposa. Tácito, al narrar este suceso (*Annal.*, XI), dice que Silio fué quien aconsejó á Mesalina la celebración de este matrimonio, pero antes expresa (c. XII) que, aunque conocía el peligro en que le ponía su trato ilícito con Mesalina, se vió obligado á aceptar por temor de que ésta, despechada, le causase la muerte.

¿Pensabas que en secreto y ante pocos
 La escena pasaría? No; ella odia
 Ser legítima esposa; y ¿qué decides,
 Silio infeliz? Si á obedecer te niegas,
 Antes que nazca el sol vendrá tu muerte;
 Y si consientes, vivirás un poco,
 Vivirás lo que tarde en ser notorio
 Al príncipe y al pueblo tu delito.
 César sabrá el postrero su deshonra;
 En tanto tú obedeces, si es que aprecias
 La poca vida que te resta. En suma,
 Resistir y acceder todo es lo mismo,
 Pues tu garganta cándida y hermosa,
 De todas suertes segará la espada.

¿Nada es, pues, dado desear al hombre?
 Escucha mis consejos: á los dioses
 Deja el cuidar de aquello que convenga
 A tu bien é interés; ellos lo útil
 Te darán por lo grato; aun más que el hombre
 A sí propio se ama, le aman ellos:
 Por impulso del alma estimulados,
 Y desmedido afán, mujer pedimos,
 Pedimos prole, y ellos muy bien saben
 Qué nos traerán los hijos y la esposa.
 Mas si algo has de pedir y ante las aras
 Ofrecer las entrañas y asaduras
 De cándido lechón, tu voto sea
 TENER UN ALMA SANA EN CUERPO SANO (1);

(1) *Mens sana in corpore sano*, frase que se ha hecho proverbial.

Concluye esta magnífica sátira afirmando que en vez de pe-

Pide un ánimo fuerte que no tema
 Morir, y que la corta vida mire
 Como precario don de la natura,
 Que arrostre con firmeza los dolores,
 Exento de ira, indiferente á todo,
 Y que prefiera los trabajos duros
 Del fuerte Alcides á los goces muelles
 Del torpe Sardanápalo y sus cenas.
 El bien te nuestro que alcanzar te es dado
 Por tus esfuerzos propios; los senderos
 De una vida tranquila sólo abre
 La virtud con su mano; si prudencia
 Te rige, todo lo tendrás; nosotros,
 Nosotros, sí, divinidad te hicimos
 ¡Oh Fortuna! y al cielo te encumbramos.

dir cosas que puedan perjudicarnos, dejemos al cuidado de los dioses el otorgarnos aquello que más nos convenga; y en todo caso, si algo hemos de pedir, sea un cuerpo sano y un alma amante de la virtud, dispuesta á sufrir las contrariedades de la vida y á amar la continencia y sobriedad.

¿Quién habla así? dice á este propósito un escritor, ¿es un poeta pagano, un estoico ó un escritor cristiano? En verdad creemos, añade, que el mejor comentario á esta sátira es indicar su analogía con el Eclesiastés cuando dice: «*Vanitas vanitatum et omnia vanitas..... Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.*»)

SÁTIRA UNDÉCIMA.

EL LUJO DE LAS CENAS.

ARGUMENTO.—Juvenal invita á su amigo Pérsico para que venga á comer con él á su quinta de Tibur, y esto le sirve de pretexto para atacar el lujo y fastuosidad que desplegaban los Romanos en la mesa, presentando el contraste del actual desenfreno y de la antigua frugalidad. En esta ocasión, sin embargo, se aparta de su habitual acritud, y si bien no deja de fustigar las costumbres y corrupción contemporáneas, adopta un tono más agradable y festivo que en las demás sátiras, aproximándose, por lo tanto, la presente al estilo de las epístolas familiares de Horacio.

Si en suntuosa mesa Atico cena,
Espléndido es llamado, y si Rutilo,
Demente. Pues ¿habrá alguno más digno
Del escarnio común que Apicio pobre? (1).
En convites, en termas, en teatros,
En plazas, por doquiera de Rutilo
Hablan á toda hora, pues pudiendo

(1) El sentido es: «Si algún rico invierte cuantiosas sumas en la cena, á nadie extraña; pero Rutilo, empobrecido lo mismo que Apicio por los dispendios de la cena, se atraerá el desprecio común, si á pesar de su pobreza insiste en comer á lo príncipe.» El Apicio á que se refiere en esta sátira es el mismo de que ha hablado ya en otras anteriores.

Sus vigorosos miembros juveniles,
 Donde la sangre bulliciosa hierve
 Al fuego de la edad, sufrir el casco,
 Él se sujeta, sin forzarle á ello,
 Ni tampoco prohibírselo el tribuno,
 A la ley y al mandato de un lanista.
 A muchos vemos que tan sólo viven (1)
 Para su vientre; agúrdalos inquieto,
 Del mercado á la puerta, el tantas veces
 Engañado acreedor; pero el más pobre,
 El más tramposo de ellos, cuya ruina
 Salta á los ojos, ese es el que tiene .
 Más opípara cena. Dan tributo
 Los elementos todos á su gula,
 Y el precio no le arredra; antes observa
 Que lo que más le gusta es lo más caro,
 Y no es difícil conseguir la suma
 Que han de gastar, si empeñan la vajilla.
 Hecha trozos la estatua de su madre,
 La venden, y el sabroso plato traga
 Cuatrocientos millares de sestercios.
 Así del gladiador al bodrio llegan.

Conviene, pues, fijarse en el que hace
 Tales dispendios; lo que exceso y gula
 Es en Rutilio, esplendidez laudable
 Será en Ventidio, y nace tan diversa
 Fama en los dos de su diverso censo.
 Desprecio al que sabiendo cuanto excede

(1) El original dice enérgicamente:

«Et quibus in solo vivendi causa palato est.»

A las montañas líbicas el Atlas
 Por su elevada mole, ignora cuánto
 Dista un saquillo del ferrado cofre.
 Bajó del cielo la sentencia aquella:
Conócete á ti mismo (1). Has de grabarla,
 Para que no la olvides, en tu pecho,
 Ya pienses en casarte, ya un asiento
 En el Senado augusto solicites.
 Jamás Tersites se atrevió siquiera
 A pretender de Aquiles la armadura
 Que el mismo Ulises con temor pedía.
 Tú, si ardua causa defender intentas,
 Tus fuerzas mide, indaga lo que eres,
 Si elocuente orador, Matón ó Curcio (2);
 En lo sumo y lo mínimo es preciso
 A nuestras fuerzas ajustar la obra.
 Si has de comprar un pez y tu bolsillo
 Sólo da para un gobio, no desees
 Un barbo, pues si al par que faltan medios
 Crece la gula, ¡cuál será tu suerte?
 El paterno caudal, réditos, rentas,
 Las alhajas, los campos, los rebaños,
 Todo ha de ir á sepultarse al vientre,

(1) Esta máxima famosa en la antigüedad se atribuye á Thales, y fué grabada en el frontispicio del templo de Delfos.

(2) *Curtio y Matho*. El primero es Curcio Montano. Dice el original:

«Curtius et Matho buccæ.»

Buccæ, malos abogados, declamadores. En este sentido dice también en la sátira tercera: *«Notæ per oppida buccæ;»* y también Persio (S. v, v. 13):

«Neo stlopo tumidas intendis rumpere buccas.»

Capaz también de devorarlo todo;
 Al fin se vende hasta el ecuestre anillo,
 Y mendiga Polión, desnudo el dedo (1);
 No la temprana muerte, no la tumba
 Al libertino acerba, tema el pródigo,
 Témale á la vejez; ved, ved los grados
 Por los que lentamente va á la ruina.
 El oro aquel que le prestó la usura,
 Gasta á los ojos de su mismo dueño,
 Y cuando nada queda, y consternado
 El usurero palidece, ellos
 Huyen de Roma y corren á Ostia ó Bayas,
 Porque prefieren desertar del Foro
 A abandonar la férvida Subura
 Para mudarse al esquilino monte.
 Sólo un pesar al fugitivo amarga,
 Sólo un dolor: el verse por un año
 Privado ya de los circenses juegos;
 Mas el rubor su rostro no enrojece
 Y pocos guardan el pudor, que huye
 Ya de la abyecta Roma avergonzado.

Hoy (2), Pérsico, verás si á mis preceptos

(1) Es decir, privado del anillo ecuestre, que sólo podía llevar el que pertenecía al orden de los caballeros, y disfrutaba por lo tanto la renta, sin la cual no podía permanecer en dicha clase.

(2) Todo lo que precede hasta este verso, es rechazado como apócrifo por Ribbeck, que llama á ese preámbulo interpolación grosera y desdichada; opinión que parece muy razonable si se tiene en cuenta la diferencia que hay entre aquel y el resto de la sátira. Desde aquí todo es interesante en ella, la pintura llena de gracia que hace de la frugal comida, á la que invita á Persio, en su rústico y agradable retiro, la de la antigua sobriedad romana, cuadro grandioso y admirable, al que sirve de con-

Bellos mi vida y obra corresponden,
 Ó si, glotón resuelto, las legumbres
 Alabo, y mientras pido al esclavillo
 Puches en alta voz, sabrosas tortas,
 Hechas con miel, reclámole al oído.
 Y cuando cumplas tu promesa y vengas
 A mi casa á comer, agasajado
 Serás de mí cual Hércules ó Eneas
 Fueron de Evandro (1); no igual el segundo
 Fué al primero, mas sangre era la suya
 También de dioses, y al Olimpo sacro
 Les llevó al uno el agua, al otro el fuego.

Ahora la cena que preparo escucha,
 No en mercado adquirida: Un corderillo
 En mi granja de Tibur bien cebado
 Y el más tierno de todos, que aun no sabe
 Pacer ni despuntar los verdes mimbres,
 Y aun no soltó las ubres de su madre;
 Luego vendrán espárragos del monte,

traste el lujo refinado de los tiempos presentes, la idílica descripción del interior de su casa de campo, y por último, los sabios consejos que da á su amigo para disfrutar de la hospitalidad que le ofrece, olvidando sus cuidados y pesares.

(1) Jefe oriundo de Arcadia que llevó una colonia de Pelasgos al Lacio (1300 antes de J. C.); fué acogido favorablemente por Fauno, y fundó la ciudad de Pallantea, cerca del Tíber (de su hijo Palas). Dió á los habitantes leyes más dulces, les enseñó el uso de las letras, las artes, la música. Alude aquí á la hospitalidad que dió á Hércules (natural de Tiryntha) y á Eneas. Dice que éste murió en las aguas, porque se ahogó en un río llamado Numicio, cerca de Lavinia, y Hércules entre llamas, aludiendo á la túnica que, según la fábula, le había regalado Deyanira, teñida con la sangre del centauro Nesso, la cual le envenenó, haciéndole experimentar tan horribles sufrimientos, que, no pudiendo soportarlos, se arrojó á una hoguera.

Que, dejando la rueca, mi casera
Escogió; grandes huevos, aun calientes,
En el heno apilados, con las mismas
Gallinas que los ponen, y racimos
Por gran parte del año conservados,
Frescos, cual si pendiesen de las vides.
Peras de Signio (1) y sirias, que rivales
Son de las del Piceno, en un canasto
Hallarás con manzanas que parecen
Recién cogidas por su olor, y miedo
No hay en comerlas, pues sus acres jugos
Ya depusieron al rigor del frío;
Así de los patricios fué la cena
Un tiempo, y aun lujosa parecía.

En su pequeño hogar guisaba Curio (2)
Las hortalizas que en el breve huerto
Cogía su mano, y que desdeña hoy
Vil fonsor, amarrado á la cadena,
Cuando recuerda la ubre de marrana
Que en inmundas tabernas aderezan.
Lomos de cerdo, en el hogar colgados,
Usaban conservar nuestros mayores
Para las grandes fiestas. Con un trozo
De lardo el natalicio celebraban
De sus parientes, y con él unían
La carne fresca, si quedaba acaso
De la inmolada víctima; y si alguno
De los deudos había tres veces cónsul,

(1) Hoy *Segni*, ciudad del Lacio, entre los volscos, fundada por Tarquino el Soberbio.

(2) M. Curio Dentato, ya citado en otras sátiras.

Ó que gozaba imperatorio mando,
 Ó ya del dictador la excelsa honra,
 No por eso faltaba, mas venía
 Antes que de ordinario á aquel banquete,
 Llevando al hombro el azadón erguido,
 Desde el monte cavado por su mano.
 Cuando el duro Catón y los Fabricios,
 Fabios y Scauros, tan temidos eran,
 Y el rígido censor con sus costumbres
 Severas á su colega imponía
 Miedo también, ninguno creyó asunto
 Digno de su atención saber qué parte
 Del mar daba tortugas, destinadas
 Á decorar después los ricos lechos
 De los nietos clarísimos de Eneas.

Desnudo de ornamentos y pequeño
 Era el triclinio entonces, y ostentaba
 Al frente la cabeza de un asnillo (1)
 Coronada de pámpanos, y en torno
 Jugueteadando rústicos muchachos,
 Y así todo era igual: comida, casa,
 Muebles. Grosero entonces el soldado,
 Sin saber admirar las artes griegas,
 Cuando tomaba una ciudad, rompía

(1) El siguiente pasaje de Higino explica este verso:

«*Antiqui nostri in lectis tricliniaribus, infulcris capita ase-
llorum vite alligata habuerunt significantes vini suavitatem
invenisse.*» (Fab. CCLXXIV.)

La mayoría de los textos traen el verso en esta forma:

«*Vile coronati caput ostendebat aselli.*»

Otros leen *vite* (vid, sarmiento), quizá más acertadamente.

Los ricos vasos que en botín ganaba
Labrados por artífices insignes,
Para que su caballo se ufanase
Con ricos paramentos, ó su casco
Cincelado mostrara al enemigo,
Al recibir la muerte, la figura
De la romúlea fiera, ya amansada
Por hado del Imperio, y sustentando
Los quirinos gemelos en la roca,
O en el broquel pendiente brillar viesse.
Del fiero Marte la desnuda imagen,
Resplandeciente con escudo y lanza.
Toscano vaso el farro (1) recibía
Que sustento le diera, mas la plata
En las armas brillaba; si algo envidias,
Esto es tan sólo de tu envidia digno.
Así en los templos de los altos dioses
Sentíase más la majestad; celeste
Voz misteriosa (2), en la mitad de Roma,
Y ya media la noche, nos dió aviso
Cuando bajaba sobre Italia el Galo,
Dejando del Océano las orillas;
De augures esta vez oficio hicieron
Los dioses para Roma. ¡Tal cuidado
Júpiter tuvo del latino pueblo
Cuando de arcilla era y aun no había
Violado el oro su sagrada imagen!

(1) Potaje hecho de trigo, que fué el principal alimento que por espacio de muchos siglos usó el pueblo romano.

(2) Cuenta T. Livio que Marco Ceditio oyó de noche una voz en el Capitolio, más que humana, anunciando que se acercaban á Roma los Galos Senones. A esto alude Juvenal.

Vieron aquellos tiempos mesas hechas
Sólo de árboles nuestros; á este uso
El añoso nogal se dedicaba,
Si por ventura lo arrancaba el Euro.
Mas ahora á los ricos ningún goce
La mesa da, ninguno el rodaballo,
Ninguno el gamo, y ni fragancia encuentran
En el unguento y en la rosa, á menos
Que á la redonda y anchurosa mesa
No dé sostén descomunal leopardo
Con jadeante boca, y esculpido
En los colmillos que Syena (1) envía,
Y el Mauritano rápido, y el Indio,
Más negro que éste, ó en los que depone
En la arábica selva el elefante,
Por fatigarle en la cabeza el peso.
De aquí les nace el apetito y nace
La fuerza digestiva; pie de plata
Es despreciable ya, cual lo sería
El anillo de hierro para el dedo.

No quiero, pues, altivo convidado
Que compara mi mesa con la suya,
Y por pobre desprecíala. Sí, cierto,
Ni una onza tengo de marfil, ni un dado,
Ni una ficha siquiera; mis cuchillos
Mango de hueso tienen, mañ por eso
No prestan mal sabor á los manjares,
Ni hacen trozos peor una gallina.
Mas no verás al trinchador que vence
Á todos en el aula, alumno insigne

(1) *Syena*, ciudad de Egipto, hoy Suan.

De Trifero doctísimo, en mi mesa;
 Del gran Trifero, que á tajar enseña
 Con el cuchillo de embotado (1) filo,
 Liebrés y grandes ubres de lechona,
 Y la gacela egipcia y el cerdoso
 Jabalí, el fenicóptero (2) gigante
 Y aves de Scitia y cabras de Getulia,
 Mientras en torno la Subura suena,
 De leñosos manjares con el ruido.

Ni el solomo cortar de una becerra,
 Ni el alón dividir de una gallina
 Sabe mi siervo, que es novicio y rudo,
 Y sólo entiende de cortar en trozos
 Carne de cerdo. Las plebeyas copas,
 De poco precio, servirá mi esclavo,
 Muchacho inculto y con vestidos sólo
 Que del frío lo preserven, no de Licia,
 Ni de Frigia tampoco, ni comprado
 Al mercader de siervos á gran precio.
 Si algo le pides, en latino idioma
 Has de pedirlo; igual el traje en todos
 Es, y el cabello crespo y corto tienen,
 Sólo peinados hoy para el convite.
 De grosero pastor hijo es el uno,
 Y de un boyero el otro; éste suspira
 Por la madre, no vista ha mucho tiempo,

(1) Refiérese á los que enseñaban el arte de tr'nchar, que se valían para ello de modelos de madera. Por esto emplea después la frase *leñosos manjares*.

(2) *Fenicóptero*, ave acuática, de alas rojas, que abunda en Africa.

Por la cabaña y caros corderillos.
 El ingenuo candor brilla en su frente,
 Cual debiera brillar en los que enseñan
 Con encendida púrpura su cuerpo.
 No enronquecida voz al baño lleva,
 Ni de vicios torpísimos ostenta
 Su cuerpo las señales. Vino puro
 Te ofrecerá del monte cuya cima
 Nacer la viera, y luego, bullicioso,
 Juguetear, pues á una misma patria
 Deben los dos el ser, esclavo y vino.

Quizás esperes que á excitarnos venga
 De gaditanas jóvenes el coro,
 Con suaves cantos (1) y lascivas danzas
 Que vivamente la dormida y floja
 Sensualidad del rico solicitan;
 Mayor, empero, es en el otro sexo
 Del placer el estímulo, y se enciende
 Más y es mayor su incontinencia cuando
 Ojos y oídos la pasión inflama.
 En casa humilde tales pasatiempos
 No se conocen; para aquellos queden
 Que el ruido de los tímpanos soportan
 Y lúbricas canciones, que ni aun osan
 Repetir las desnudas meretrices

(1) *Testarum crepitus*. El ruido de las castañuelas. El uso de éstas es muy antiguo en España, como se ve. Las gaditanas tenían fama por su gracia y ligereza en la danza, no menos que por sus lascivos cantos. Por esto dice Marcial:

«*Nec de Gadibus improbis puellæ
 Vibrabunt sine fine prurientes
 Lascivos docili tremore lumbos.*»

En sucios lupanares; para aquéllos,
 Que con el vino que deponen manchan
 Lacedemonio mármol, quede el canto
 Obsceno y las infames liviandades,
 Pues este privilegio les da el oro.
 Torpe es el juego en el plebeyo, y torpe
 También el adulterio; mas en ellos,
 Humor alegre, esplendidez se llama.
 Goces más puros bríndate mi mesa:
 Oirás los cantos del divino Homero,
 Oirás los versos de Marón sublime,
 Que aun la dudosa palma se disputan.
 ¿Con tales versos, el lector qué importa?

Mas ahora aparta los negocios, deja
 Ya los cuidados y el descanso busca,
 Pues dulce asueto disfrutar te es dado.
 No hay que pensar en el dinero á logro,
 Ni en las afrentas que á tu honor infiere
 De tu liviana esposa el desenfreno.
 Si alguna pena te acongoja, antes
 Déjala en mi dintel, tu casa olvida,
 Olvida á tus esclavos, y lo que éstos
 Rompen y roban; pero, sobre todo,
 Los ingratos amigos no recuerdes.

Mas ya está dada la señal (1), los juegos

(1) Según Casiodoro, un día que el pueblo, impaciente ya, aguardaba la llegada de Nerón para que empezasen los juegos megalésicos, el Emperador mandó arrojar la servilleta á la calle como en señal de que ya habia terminado su comida y salía para el circo. Desde entonces éste fué el signo para dar principio á los juegos; por eso dice *Megalesiacæ mappæ*.

Megalecios principian, que el solemne
Culto celebran de la diosa Idea,
Y ya el pretor, cual si marchara en triunfo,
Se ve sentado en la curul carroza,
Por los costosos troncos arrastrada,
Y ya también (si en paz puede decirse)
A aquesta plebe frívola é inmensa)
Entera al circo se traslada Roma.
Ya sus clamores el oído hieren
Y de los *verdes* la victoria anuncian.
¡Ay! ¡Si el circo faltara! la verías,
Espantada y atónita, igualmente
Que cuando vió á los cónsules vencidos,
Morder el polvo en la funesta Cannas!
Vaya á los juegos el fogoso joven,
Pues el tumulto con su edad conviene
Y la atrevida apuesta, y el sentarse
Junto á la niña que corteja; vaya
En buen hora la esposa á los convites
Donde contemple al lado del marido
Lo que afrenta contar delante de ellas.
Nuestra arrugada piel absorba en tanto
El sol primaveral, y huya la toga.
Ya sin reparo puedes ir al baño,
Aunque sea la hora quinta; pero piensa
Que no podrás hacerlo cinco días
Seguidos sin cansarte, pues tal vida
También al cabo nos fastidia; precio
Da la moderación á los placeres.

SÁTIRA DUODÉCIMA.

EL REGRESO DE CATULO.

ARGUMENTO.—Fuera de algunos rasgos satíricos, la presente composición se aproxima más al género de las epístolas familiares de Horacio que al que habitualmente cultiva Juvenal, reinando en toda ella cierta suavidad y dulzura de afectos que no son frecuentes en éste. El objeto de la misma es celebrar el regreso de su amigo Catulo, después de haber corrido los peligros de un espantoso naufragio en que ha perdido grandes riquezas, logrando sólo salvar la vida á costa de grandes esfuerzos. El estilo es vivo, animado y pintoresco, sobresaliendo en la obra brillantes descripciones y reinando en toda ella la alegría junto con la picante malicia que es característica de Juvenal.

Más que el de mi natal grato este día
Es para mí, Corvino, y cual si fuera
Festivo celebrarlo desearía.

El césped ya las víctimas espera
Al numen ofrecidas, é inmolada
Será á Juno por mí blanca cordera.

Otra de igual color será llevada
A la que ostenta en el guerrero escudo
La gorgonia cabeza desgreñada.

Mas ya la sogá con el cuerno agudo
Hiere el novillo, al dios Capitolino

Guardado, y mueve la testuz sañudo.

Cierto el toro es feroz, para el divino
Templo maduro, y en sazón dispuesto
Para rociarlo en el altar con vino.

Ya ni el mamar le gusta, y con enhiesto
Naciente cuerno hiere al roble duro,
¡Oh! Si tuviere yo tanto oro presto
Como mi afecto es, toro lozano
Trajera, más que Hispula (1) gordo y lento;
Y no nutrido en prado muy cercano,
Sino mostrando el pasto succulento
De las riberas que el Clitumno (2) baña,
En su ardorosa sangre y fuerte aliento.

Robusto brazo exigiría tamafia
Cerviz al victimario. Esta mi ofrenda
Por el amigo, que de tierra extraña
Torna y temblando piensa en tanta horrenda
Calamidad como sufrió, y se admira
Al verse libre de la mar tremenda.

Y no fué sólo el mar, sólo la ira
Del rayo desatado; oculto el cielo

(1) *Hispulla*. Es la misma de que habla en la sátira sexta. Probablemente sería alguna mujer muy conocida en Roma por su excesiva obesidad.

(2) Río afluente del Tíber. Virgilio y Propercio han celebrado los rebaños nutridos en las orillas de este río, por su excelente lana, atribuida á los ricos pastos de la región que baña. Creían los romanos que los toros que bebían en las puras y limpias corrientes de este río, engendraban otros de resplandeciente blancura. El fundamento de esta creencia estaba en la particularidad de ser blancos casi todos los toros que se criaban en la Etruria y en la Umbria. El Clitumno, que era caudaloso en la época de Juvenal, está hoy reducido á un arroyo, tal vez á consecuencia de algún terremoto que ha dado distinto curso á sus aguas.

Por negra nube de repente mira,
 Y al par arde la entena. Horrible duelo
 Se alza doquier, y cada cual herido
 Del golpe, viera con menor recelo
 El naufragio que el fuego. ¿Tú has leído
 La tempestad que describió el poeta?
 Más deshecha ésta fué. Pero ha sufrido
 Riesgo mayor sobre la mar inquieta.
 Óyelo y ten piedad, aunque tan dura
 Suerte es común al que las ondas reta.
 Así en votivas tablas la pintura
 Lo dice, pues el pan (¿ya quién lo ignora?)
 Isis á los pintores asegura (1).
 Hora terrible, desdichada hora
 Fué esa también para el amigo nuestro.
 Media nave la ola mugidora
 Cubre y vuélcala á un lado y al siniestro,
 Después el mástil trémulo ya oscila
 Sin que baste el piloto hábil y diestro.
 Mas Catulo ante el riesgo no vacila
 Y dispone ceder su presa al viento,
 Imitando al castor, que se mutila (2)
 Por salvarse— «Arrojad, grita al momento,
 Cuanto tengo, arrojad lo más precioso.»

(1) Isis era la diosa protectora de los navegantes, que colgaban en sus templos tablas, donde hacían pintar la escena de su naufragio, como en muestra de gratitud de haber conservado la vida en medio de tan grave peligro.

(2) Creían los antiguos que el castor perseguido por los cazadores se mutilaba para dejar en sus manos la presa que ellos codiciaban, y salvar su vida. Plinio, más incrédulo, niega esto, pero de todas suertes era creencia muy generalizada, y á ella alude Juvenal.

Y hasta el purpúreo manto que ornamento
 Fuera á muelle Mecenas, y el hermoso
 Vellón tejido, al que la oculta mano
 De la natura, y Betis caudaloso (1)
 Y generosa hierba y aire sano
 Tiñen de color vario, á la mar fiera
 Van: ni á la plata se perdona; en vano
 A las argénteas copas precio diera
 El cincel de Partenio (2), y á la fuente;
 Todo es lanzado al mar, y la cratera
 Más grande que una urna, do la ardiente
 Sed el borracho Folo (3) saciaría
 Ó la mujer de Fusco (4). Juntamente
 Vuelan los áureos vasos do bebía
 Aquel de Olinto comprador astuto (5),
 Y vajillas de rica argentería.
 ¿Quién así osa aniquilar el fruto
 De tanto afán, y entre salvar su oro
 Ó su vida no queda irresoluto?

(1) Plinio pondera el hermoso color de los rebaños que se criaban á orillas del Betis. La lana de la Bética era muy estimada por su color, que suponían era procedente del pasto que daba á las ovejas esta región, así como de la virtud natural de las aguas y del aire. Por eso se llamaba *color Baticus* al de esa clase de lanas.

(2) Partenio, artista celebrado por las obras cinceladas que produjo.

(3) Refiérese al Centauro de este nombre, que ofreció en el festín de los centauros y lapitas un gran vaso lleno de vino á Hércules, después de haber bebido él otro. Hablan de él Stesicoro y Diodoro de Sicilia.

(4) Dicen algunos que éste es el Fusco de quien habla en la sátira cuarta.

(5) Alude á Filipo de Macedonia, ó por su intemperancia ó por haber sobornado con dones á Lastenes y Eurycrotés, que le entregaron la ciudad de Olinto.

Pues no para vivir con más decoro
 Muchos juntan caudal (1); para éste viven
 Esclavos insaciables del tesoro.

Al fin las olas lo mejor reciben,
 Mas no pienses que libres ya por eso
 Ellos á puerto salvador arriben.

Crece la furia aún; el mástil grueso
 También al cabo la cuchilla siega,
 Por si puede sacarse al buque ileso.

¡Postrer recurso ya! Corre y entrega
 La vida al mar, ¡oh nauta! y confiado
 En la dolosa embarcación navega.

Cuatro dedos vas sólo desviado
 De la muerte, y si espesa es la madera,
 Siente no más. Por esto, ten cuidado

De que vaya provista tu galera
 De las hachas también, por si revuelve
 Al mar en torno la borrasca fiera;

Mas ya se ablanda el mar, próspero vuelve
 El tiempo al nauta, y ya salvarlo el Hado,
 Más fuerte que Euro y piélagos (2), resuelve.

(1) *Non propter vitam faciunt patrimonia*. Este verso y el siguiente son rechazados por Ribbeck, fundándose en que ninguna relación tienen con lo demás, y por otra parte, en que es de mal gusto la expresión. Parece, sin embargo, excesivamente severo este juicio.

(2) Los antiguos creían que todas las fuerzas de la naturaleza, y hasta los dioses mismos, estaban sometidos al poder incontrastable del Destino. La Mitología hacíale hijo del Caos y de la noche, y considerábale como la fuerza irresistible que arrastra á todos los hombres á cumplir sus diversos fines. Se le representaba ciego, como si él mismo ignorase sus inevitables leyes; con cetro y corona, símbolo de un poder soberano. En sus manos llevaba la urna que encierra la suerte de los mortales. Sus decretos estaban escritos desde la eternidad en un libro que consultaban los dioses, y las Parcas eran las ejecutoras

Ya en vez del negro estambre otro nevado
 Hilan las Parcas con benigno dedo,
 El ceño, antes feroz, desarrugado;
 Alzase luego cefirillo ledo,
 Y aunque deshecha y rota, ya la nave
 Cruza las olas plácidas sin miedo.

Desplegada una vela y del suave
 Viento movida, agítase en la prora,
 Única salva en tempestad tan grave,
 Y supliendo á las otras van ahora
 Las extendidas ropas. La bonanza
 Llega y renace al fin consoladora

Con los rayos del sol dulce esperanza.
 La cumbre que ante Ascanio surgió bella (1)
 Más que Lavinia aun, á ver se alcanza;
 Ciudad á la que diera nombre aquella
 Blanca lechona de ubre portentosa,
 Que alegres vieron al llegar á ella
 Los frigios, y señal maravillosa
 Pareció, pues nutría ¡caso raro!
 Treinta hijuelos su sangre generosa.
 La nave en tanto avanza; pide amparo
 Al puerto que hacia el mar sus brazos tiende (2),

de sus fallos. De estos decretos unos eran irrevocables y hasta los mismos dioses dependían de ellos, y otros revocables, mediante los votos de los hombres ó la protección de alguna divinidad.

(1) El monte Albano fué el sitio elegido por Ascanio, hijo de Eneas, para fundar á Albalonga, prefiriéndola á la ciudad de Lavinia, que recibió nombre de la mujer de Eneas, madrastra de Julio. Dice que dió á Alba nombre una puerca blanca, refiriéndose á la tradición conservada en la *Æneida*, referente á un animal de esta clase que alimentaba 30 hijuelos.

(2) Era el puerto de Ostia, obra maravillosa que se construyó en tiempo de Claudio, y en la que, según Suetonio, traba-

De Italia huyendo y del tirreno faro,
Obra que aun más el ánimo sorprende
Que las que hace natura. Ya el piloto
La quilla guía que las olas hiende,
Y va el bajel por la tormenta roto
Al interior, que da seguro asilo
Hasta á frágiles barcos contra el Noto.
Allí, pelada la cabeza á filo,
Cuenta los riesgos mil que soportara
Alegre el marintero, ya tranquilo.
Id, pues, muchachos, y adornad el ara,
Piadosos y en silencio reverente
Con cien guirnaldas de belleza rara.
El cuchillo, que espera á la inocente
Hostia, polvoread con sal y harina ;
Cubra el altar ramaje floreciente:
Ya os sigo; y cuando acabe la divina
Fiesta según el rito, á mis hogares
Volveré; allí corona peregrina
Ofreceré á los dioses familiares,
Resplandecientes con la frágil cera;
Allí aplacaré á Jove y á los Lares,
Y en honor suyo con piedad sincera
El incienso y violeta de colores
Varios mi mano esparcirá doquiera.
Todo brilla; mi puerta ornan las flores,
Y ramos desde el alba, y ya la fiesta
De antorchas cien anuncian los fulgores.

jaron por espacio de once años 30.000 operarios. Dice este autor que se hicieron dos muelles, á derecha é izquierda, y á la entrada del puerto se levantó un faro como el de Alejandria, para que sirviese de guía á los navegantes.

Ni sospeches de cosa como ésta,
 Pues Catulo, por quien ante las aras
 Mi dulce gratitud se manifiesta,
 Tres hijos tiene; y dime ¿acaso hallaras
 Quién ni aun gallina enferma por amigo
 Tal sacrifique? Parecieran caras

Estas ofrendas; y hasta más te digo:
 Una vil codorniz. Mas si padece
 Gala un catarro y en el lecho abrigo
 Busca; si Paccio el célibe adolece
 De leve mal, el pórtico al instante
 Bajo tablillas mil (1) desaparece;

Hay quien promete entonces suplicante
 Una hecatombe (2) hacer, y esto, á fe mía,
 Porque no halla de venta un elefante,

Pues bestia tal nuestra región no cría,
 Mas al Indio los pide, al Mauritano,
 Y en los campos de Turno, en la sombría
 Rútula selva (3), César soberano
 Guárdalos sólo, que rebaños tales
 No puede costear un ciudadano.

Á Aníbal tirio, á Pirro, á generales
 Nuestros sirvieron los abuelos de éstos
 Llevando al dorso torres colosales,
 Cohortes enteras, bélicos aprestos.
 Si Nevio, si Pacuvio, poseedores

(1) Es decir, el pórtico se cubre de 100 tablas votivas pidiendo la salud del enfermo.

(2) Sacrificio de 100 bueyes. Estos sacrificios estaban conformes con la opinión de los antiguos, consignada en la frase *mortem morte posse redimi*.

(3) Bosque cerca de Ardea, que era la capital de los Rútulos.

De tanto marfil fueran, ¡oh cuan prestos

Lleváranlo á los lares protectores

De Gala, digna víctima á tal ara

Por cierto, á laya tal de aduladores!

Di que matar al siervo no vedara

La ley, y alguno de éstos en ofrenda

La flor de sus esclavos enviara;

Pacuvio mismo al niño con la venda,

Ó á la triste esclavilla ceñiría,

Y hasta ofreciera á la expiación tremenda

La núbil hija, cual en otro día

Agamenón (1), aunque él en el portento

De la trágica cierva no confía,

La cierva que acudiendo ante el sangriento

Altar, á la doncella sustituye.

Yo á mi hombre alabo; ¿acaso un testamento-

No vale por mil naves? Pues si huye

El viejo de la horrible Libitina (2),

Viendo el afecto que en Pacuvio arguye

Su voto, acaso á gratitud se inclina

Cual pez preso en la nasa, y borrar puede

La tabla en que herederos determina.

Y cuando todo por Pacuvio quede,

Éste alzará la frente triunfadora

Sobre la turba, que vencida cede

De sus rivales. ¡Comprendéis ahora

(1) Ifigenia, hija de Agamenón, que fué ofrecida á Diana en sacrificio por su padre para aplacar la cólera de la Diosa contra los Griegos. Conducida al ara fué conservada por la misma Diana y sustituida con una cierva.

(2) Diosa de la muerte. En su templo se vendían las cosas que eran necesarias para los funerales.

Si vale una Ifigenia degollada?
¡Viva Pacuvio! A Néstor en buen hora
Iguale en la vejez, acumulada
Plata, más que Nerón robó, posea;
Pero á nadie ame nunca su alma helada;
¡Jamás, jamás por nadie amado sea!

SÁTIRA DÉCIMATERCERA.

EL DEPÓSITO.

ARGUMENTO.—Un amigo de Juvenal, Calvino, había entregado en depósito cierta cantidad á otro amigo suyo, que se la negó pérfidamente cuando fué á reclamarla. Juvenal intentó consolarle en esta composición, que, más que al género satírico, pertenece al de las epístolas de Séneca, conocidas con el nombre de *Consolaciones*. Fué escrita en la extrema vejez de Juvenal, y se resiente del estilo declamatorio, que caracteriza en más ó menos grados las últimas sátiras de este autor. Por lo demás, ofrece bellos pasajes, rasgos picantes, pensamientos graves, elevándose á gran altura como moralista, especialmente hacia el final de la obra.

La mala acción ¿es cosa reprochable
Aun para el propio autor? Este el castigo
Primero es, que no hallarás malvado
Que ante el testigo y juez de su conciencia
A sí mismo se absuelva, aun cuando alcance
Del pretor corrompido fallo injusto (1).
¿Qué crees que piensan todos ¡oh Calvino!
Del reciente delito y fe violada?

(1) En Roma, el pretor sacaba por la suerte los nombres de los asesores que debían juzgar un asunto cualquiera. Esto se llamaba *sortitio judicium*, y explica el verso del original, que dice así:

«..... *Improba quamvis
Gratia fallacis practoris vicerit urnam.*»

Todos la execran; pero no tan leve
Pérdida á un hombre como tú arruina.
Ni el caso es raro; muchos lo sufrieron,
Y es moneda corriente, que reparte
Fortuna caprichosa de su acervo.
Cese tanto gemir. El sentimiento
No ha de pasar los términos, ni grande
Debe ser el dolor más que la herida.
¿Y tú no puedes tolerar, empero,
Tan leve sinsabor, y enardecidas
De rabia las entrañas, por la boca
Echas espumas, porque infiel amigo,
No te vuelve el depósito sagrado?
¿Y esto asombra á quien ya á la espalda deja
Años sesenta, á un hombre que naciera
Siendo Fonteyo (1) cónsul? ¿Por ventura
No te ha dado más fruto la experiencia?
De la fortuna insigne vencedora,
Cierto, es sabiduría, que en divinos
Libros, preceptos inmortales dicta.
También felices son los que aprendieron
Con la experiencia á soportar los males
Y á no pensar en sacudir el yugo.
¿Cuál es el día festivo en el que cesen
De verse el hurto, el fraude y la perfidia,
Y por el crimen alcanzado el lucro,
Por el veneno ó por la espada el oro?

¡Cuán raros son los bienes! Tal, que apenas

(1) Fonteyo Capito fué cónsul la primera vez, según los mármoles capitolinos, el año 812, de donde resulta que esta sátira fué escrita el 872, ó sea el segundo año del reinado de Adriano.

A las tebanas puertas (1), á las bocas
 Del rico Nilo en número se igualan.
 La edad novena es ésta y más inicua
 Que la de Hierro; para tanto crimen
 Ya falta nombre y no hay en la natura
 Ningún metal que á designarlo sirva.
 No gritan más famélicos clientes
 Cuando á Fosidio el orador aplauden
 Arengando en el foro, que nosotros
 La fe de hombres y dioses reclamando.
 Tú, anciano, digno de llevar la bula (2),
 Propia del niño, dime, ¿acaso ignoras
 Cuántos golosos tiene el oro ajeno?
 ¿Ignoras que entre el vulgo mueve á risa
 Tu sencillez, cuando al perjuro exigés
 Que diga la verdad, y que recuerde
 Que aun los sagrados númenes habitan
 En las sangrientas aras y en los templos?

En otro tiempo la latina gente
 Con esta pura sencillez vivía,
 Antes de que, depuesta la diadema,
 Rústica hoz para segar tomara
 Saturno fugitivo; entonces Juno
 Tierna doncella era, y en las grutas
 De Ida moraba Jove todavía,

(1) Trátase aquí de la Tebas de Beocia, que tenía siete puertas, y no de la de Egipto, que contaba 100. Confírmalo el poeta al decir: «Igual á las puertas de Tebas ó á las bocas del Nilo», que también eran siete.

(2) La bula era un distintivo de los niños hasta los diez y siete años. Quiere, pues, decir: «¡Oh viejo, tan cándido como un niño, y digno como él de llevar la bula!»

Como cualquier particular. Festines
Aun no los dioses celebrar usaban
Sobre las nubes, ni el mancebo iliaco (1)
Ni Hebe gentil las copas escanciaban;
Ni después de beber Vulcano el néctar,
Sus brazos, por el humo ennegrecidos
De las fraguas de Líparis, limpiaba.
Cada deidad en su mansión comía
Ni era su multitud tanta cual hoy,
Y el firmamento con tan pocos dioses
Contento, aun no los hombros agobiaba
Del desdichado Atlante con su peso;
Aun no la suerte adjudicado había
El triste imperio de la mar profunda,
Ni con la esposa sícula reinaba
El sombrío Plutón, ni furias, ruedas,
Ni peñascos, ni el hórrido castigo
Del negro buitres en el Averno había.
Sombras felices, de infernales reyes
Libres, por los Eliseos transitaban;
Causaba asombro la maldad entonces
Y era gran crimen de la muerte digno
Que no se alzara de su asiento el mozo
Ante un anciano, ó ante el hombre un niño,
Aunque éste viera en el hogar paterno
Mayor porción de fresa y de bellota.
Tanto respeto entonces infundía
Aventajar en años; ¡así iguales
Eran el bozo y las sagradas canas!

(1) Ganimedes, hijo de Tros, joven príncipe troyano, á quien Júpiter arrebató, según la fábula, para servir el néctar á los dioses.

Mas si ahora el depósito no niega
Tu amigo, si devuelve el viejo cofre
Con la enmohecida plata, prodigiosa
Es su fidelidad, y bien merece
Que se le anote en los toscanos libros (1)
Y lustral sacrificio se celebre
Con la blanca cordera coronada.

Si un hombre ilustre é íntegro me encuentro,
Un monstruo me parece, cual si viera
Niño con dos cabezas ó en el surco
Hecho por el arado un pez hallara,
Ó parir viese á la infecunda mula.
Tanto mi asombro fuera cual si viese
Llover peñas las nubes, ó en racimo
Colgado de la bóveda de un templo
De abejas un enjambre, ó milagrosas
Olas de leche en remolino hirviente
Al mar volcara caudaloso río.
¡Y te lamentas del que diez sestercios
Con sacrilegio fraude te robara!
¿Qué es esto si doscientos perdió otro,
Sin testigos también depositados,
Y otro suma mayor, que grande cofre
Apenas era á contener bastante?
¡Cosa tan fácil es y tan corriente
Despreciar las miradas de los dioses
Cuando el humano testimonio falta!

(1) Los etruscos que hablan instruído á los primeros romanos, eran en cierto modo depositarios y guardas de las doctrinas religiosas. Ordenaban todas las ceremonias del culto, y por lo menos en los primeros tiempos de la república, todos los objetos destinados á aquél eran traídos de Toscana.

Mira si no con qué insistencia niega
 Lo entregado el infiel depositario,
 Sin que se altere su mentido rostro.
 Por los rayos del sol y por los rayos
 Del sumo Jove jura, por la lanza,
 Por las flechas del dios que Cintia adora,
 Por las flechas y aljabas de Diana,
 Y ¡oh tú, Neptuno! padre del Egeo,
 Por tu tridente y por el arco hercúleo,
 Por la lanza de Palas y por cuantos
 Dardos encierra el arsenal del cielo.
 ¡Y qué si es padre? «La infeliz cabeza
 De mi hijo os dice, coma yo, si miento,
 Cocida en agua y en vinagre egipcio.»

Hay quien todo al acaso lo atribuye
 Y niega al Sumo Ser que al orbe mueve,
 El giro de los años, y los días
 Refiriendo á natura; así se acercan
 Intrépidos perjuros á las aras;
 Otro teme el castigo en pos del crimen,
 Piensa que hay dioses, pero en falso jura.
 Y así consigò habla:—«Isis disponga
 De este mi cuerpo cual mejor le plazca,
 Hiera mis ojos (1) con su airado sistro,
 Pues ciego yo me quedaré gustoso
 Si conservò el depósito que niego.
 La fiebre ó el tumor ó pierna rota,

(1) Creíase que Isis privaba de la vista á los que la invocaban por medio del perjurio. «*Te omnipotens et omniparens dea Syria cæcum reddat.*» (Apuleyo.)

¿Qué son en cambio? Ladas (1) desdichado,
 Si no es tonto ó demente, á la pobreza
 Prefiriera la gota, mal de ricos.
 ¿De qué el vencer en la veloz carrera
 Sirve, y el ramo de pisana oliva,
 Con hambre? La ira de los dioses lenta
 Es, aunque sea terrible, pues si tienen
 Que castigar á todos los culpables,
 ¿Cuándo será mi vez? Y acaso entonces
 El numen no se muestre inexorable,
 Pues suele perdonar, y el mismo crimen
 Diverso fallo alcanza; la cruz uno
 Recibe en pago, el otro la diadema.»—
 Así alientan su alma, que se espanta
 Del grave peso de la culpa impía.
 Entonces corre ante las sacras aras
 Precediéndote á ti, que lo citaste,
 Y aun dispuesto á llevarte por la fuerza,
 Pues grande audacia en causa detestable,
 Señal de confianza es para muchos;
 Luego la farsa tan al vivo hace
 Como el esclavo que Catulo pinta.
 Tú ¡oh sin ventura! clamarás en vano
 Con voz más fuerte que Stentor y Marte (2)
 En los libros de Homero:—«¡Y esto escuchas,
 Júpiter sumo, y ni los labios mueves
 Debiendo alzar la voz, aunque de mármol,
 Aunque de bronce fueras! ¿Por qué incienso

(1) Nombre de un atleta, vencedor en las carreras.

(2) Alusión al pasaje de la Iliada en que Marte, herido por Diomedes, lanza un grito igual al de 9 ó 10.000 combatientes.

Quemar en tus altares y ofrecerte
 El hígado cortado del novillo
 Y de tierno lechón blancas entrañas?
 A lo que veo, en nada ya difiere:
 Tu estatua de la efigie de Batilo» (1).

Oye el consuelo que á tu mal ofrece
 Quien nunca á la lectura se entregara
 De cínicos y estoicos, diferentes
 Sólo en el traje (2), ni á Epicuro sigue,
 Alegre con las plantas de su huerto.
 Busque el que sufre enfermedad obscura
 Médicos sabios; tú la vena entrega
 De Filipo (3) al alumno. Si me pruebas
 Que crimen más atroz nunca vió el mundo,
 Callo y ya puedes deshacerte el pecho
 Á fuerza de puñadas, y azotarte
 Con las manos la faz. Sabida cosa
 Es que en casos análogos se cierra
 La puerta, y que con llanto más copioso,
 Con tumulto mayor, lloran los hijos
 La pérdida del oro, que del padre.
 Nadie finge el dolor; nadie los bordes
 Con falso llanto rasga del vestido;
 Que es muy sincero el que derraman todos

(1) Créese que este Batilo es el actor de que habla en la sátira sexta. Algunos creen que se trata de Batilo de Samos, celebrado por Anacreonte, al cual Policrates hizo elevar una estatua frente al altar de Juno. Otros leen *Vagelli* en vez de *Bathylli*.

(2) Los cínicos llevaban solamente un manto, y los estoicos manto y túnica. Por lo demás, convenían en los puntos fundamentales de su doctrina.

(3) Médico de aquella época.

Por el oro perdido. Mas si lleno
 Ves siempre el foro con querellas tales,
 Si pérfido el deudor dice que es falsa
 La escritura leída ante testigos
 Diez veces, de mi mismo puño escrita
 Y con piedra sardónica sellada,
 Que en rico estuche de marfil conservo,
 ¿Quiéres tú, necio, ser el solo exento
 Del tributo común? ¿Pues tú eres hijo
 De la gallina blanca (1), y vil engendro
 De algún huevo infeliz somos nosotros?

Vuelve la vista á crímenes más grandes,
 Y tolerable encontrarás y leve
 Tu desgracia. Contempla al asesino
 Asalariado, al incendiario infame
 Que en el sigilo de la noche arroja
 Voraz azufre en la inflamada puerta;
 Mira al que roba del antiguo templo
 Los grandes vasos con vetusto moho
 Ya venerables, y los dones píos
 Del pueblo, y las coronas consagradas
 Por los antiguos reyes á los dioses:
 Si esto falta, sacrilego ratero
 No faltará que á un Hércules de oro
 El muslo raiga, ó á Neptuno el rostro,
 Ó á Cástor una lámina le arranque.
 ¿Habrás de vacilar quien muchas veces
 Fundió al mismo Tonante? Mira, mira

(1) Frase proverbial; como si dijera, ¿quieres tú ser un hombre privilegiado entre los demás?

Al que prepara el tósigo ó lo compra,
Ó al parricida que en la piel del buey
Es arrojado al mar, con la infelice
Jimia, inocente del delito horrendo;
Mas esto, ¿qué es entre las mil maldades
Que de la aurora hasta el ocaso oye
Galo el prefecto? ¿Del linaje humano
Tú las costumbres conocer ansías?
Basta la casa del prefecto. Para
Algunos días en ella, y cuando salgas
Osa llamarte miserable entonces.

¿Quién de encontrar en los nevados Alpes
Las hinchadas palótidas se admira?
¿Quién mamilas mayores que un infante
Gordo, en Meroe? ¿y los azules ojos,
La blonda ensortijada cabellera,
En un germano, á quién asombro causan?
Y es porque á todos igualó natura.
Cuando veloces en sonora nube
Las tracias aves aparecen, toma
Lleno de esfuerzo sus pequeñas armas,
Y al campo corre, el guerreador pigmeo;
Mas desigual á su enemigo en fuerzas,
Llévanle arrebatado por los aires
Las uñas corvas de implacable grulla.
Si tal cosa aquí viéramos, de risa
No podríamos tenernos; allí en donde
Tiene la cohorte toda un pie de altura,
Aunque frecuentes los combates sean
De esta naturaleza, nadie ríe.

—Mas ¿sin castigo quedará el perjuro
 Y su execrable fraude?—Di que al punto
 Sujeto á pesadísima cadena
 En tu poder lo pongan y su vida
 A tu arbitrio (¿qué más tu ira quisiera?);
 No tu disgusto acabará por eso
 Ni volverá el depósito á tus manos;
 Únicamente el tronco degollado
 Dará á tus ojos el placer odioso
 De algunas gotas de esparcida sangre.
 —Pero es más grato que el vivir vengarse —
 —Así el hombre grosero, cuyo pecho
 Leve ó ninguna causa necesita
 Para inflamarse en ira, que un pretexto
 Sólo exige. No así pensó Crisipo,
 Ni el indulgente Tales, ni el anciano,
 Al Himeto melífero vecino (1),
 Que entre los hierros de prisión injusta,
 Parte de la cicuta nunca hubiera
 Dado á su acusador. De muchos vicios,
 De todos los errores poco á poco
 Nos libra la moral filosofía,
 Que es, cierto, propio de menguados pechos

(1) Sócrates. El monte Himeto era celebrado por la excelencia de su miel. Su proximidad á Atenas, de la cual dista unos 11 kilómetros, hace que llame Juvenal á Sócrates, que residía en dicha ciudad, *vecino del Himeto*.

El original dice: «*Nec Tiresiam esse quemquam deorum.*» El adivino Tiresias, que desempeña un papel importante en el *Edipo Rey*, de Sófocles, fué privado de la vista por Juno, descontenta de un fallo que había dictado en favor de los hombres y en contra de las mujeres. Quiere decir, pues, que ninguno de los dioses se ha quedado ciego como Tiresias.

Y flacos, el placer de la venganza,
Y á nadie es grato más que á las mujeres.

¿Y por qué has de pensar que los culpables
Impunes quedan, cuando asombro y miedo
Les da el remordimiento, y con su azote
Sordo los hiere, y cual verdugo oculto
Sin compasión sus ánimos flagela?
¡Pena, por cierto, atroz y más terrible
Que aquellas que inventara Radamanto
Ó el severo Cedicio, llevar siempre
En el alma el testigo de la culpa!

Á un espartano que dudoso estaba
En volver un depósito, y quería
Apoderarse de él con un perjurio,
El oráculo pitio le responde
Que ni la duda quedaría impune.
Quería saber la decisión de Apolo,
Si el numen su delito aprobaría;
Restituyóle, pues, mas fué de miedo,
No por virtud, y ser el vaticinio
Cierto, y digno del Dios, probó el suceso;
El mísero murió, murió su prole
Y su familia, y, aunque ya lejanos,
Sus parientes también. Así el deseo
Tan sólo de pecar atrae la pena;
Y si el designio oculto de un delito
Crimen es, ¿qué diré si se consuma?
La perpetua ansiedad, ni aun en la hora
De la mesa se aplaca; su garganta
Seca se pone cual por fiebre ardiente,

Y la comida entre sus muelas entra
Sin fuerza á digerirla; hasta los vinos
Exquisitos repugna, y ni el de Alba
Precioso por añejo, pasar puede.
Muéstrale otros más ricos, y honda arruga
En su rostro verás, cual si bebiera
Vinagre de Falerno. Si en la noche
Breve sopor dió treguas al cuidado,
Y después de mil vueltas en el lecho
Ya sus miembros reposan, el divino
Templo y las aras del violado numen
Ve, y lo que más le espanta, lo que llena
Su frente de sudor, te ve á ti mismo
En forma sobrehumana y espantosa
Que con hondo pavor le sobrecoge
Y su delito á confesar le obliga;
Estos son los que tiemblan, y si truena,
Ante el menor relámpago se asustan,
Y exánimes, inmóviles se quedan
De espanto cuando escuchan en el cielo
El murmullo primero, no creyendo
Que casual, ó por chocar los vientos
Sañudos entre sí, tal ruido sea,
Sino que airado sobre el orbe cae
El cielo con sus llamas vengadoras.
¿No le hirió la tormenta? Pues más grave
El temor de la próxima le asalta,
Que ya se forja en el sereno cielo.

En tanto, si un dolor en el costado
Siente, seguido de la insomne fiebre,
Numen adverso cree que se lo envía;

Peñas y dardos que los dioses lanzan
Juzga que son. Mas no á ofrecer se atreve
En sacrificio balador cordero,
Ni á sus lares un gallo; pues ¿qué puede
El culpable esperar en esa hora?
¿Hay víctima, quizás, que no merezca
La vida más que él? Móvil y vario
El corazón del malo es casi siempre.
Firmeza tienen para el crimen sólo:
Ya consumado, en la conciencia sienten
El gusano roedor, pero vencida
Por sus malvados hábitos natura,
A la maldad inclínalos de nuevo.
¿Quién se detuvo nunca en la carrera
Del mal? ¿Ó cuándo renació en la frente
El perdido rubor? ¿Quién en el crimen
Primero se paró? Dará en el lazo
Nuestro perjuro; negro calabozo
Le aguarda ya, y la argolla, ó bien las peñas
Y escollos numerosos del Egeo,
Para los grandes crímenes destierro.
Tú gozarás con el castigo acerbo
Del odiado enemigo, y satisfecho
Confesarás al fin que entre los dioses
Ninguno ciego se quedó ni sordo.

SÁTIRA DÉCIMACUARTA.

EL EJEMPLO.

ARGUMENTO.—En la presente sátira trata de probar Juvenal que el ejemplo doméstico es el más poderoso elemento de la educación ó corrupción de los jóvenes; de suerte que si aquel es malo, serán inútiles todos los esfuerzos para impedir su funesto influjo, que se deja sentir luego en toda la sociedad. Á pesar de la prolijidad de algunos pasajes y de la tendencia declamatoria, que recuerda los procedimientos de la escuela, esta sátira es una de las más bellas de Juvenal, abundando en ella máximas llenas de sabiduría.

Actos vituperables, ¡oh Fuscino!
Actos que manchan inocentes almas,
Los mismos padres á sus hijos muestran;
Si al execrable juego el viejo rinde
Tributo, ya verás al pequeñuelo
Mover en diminuto cubilete
Pronto los dados. Ni mayores cosas
Podrá hacer esperar de sí el mancebo,
A quien su padre pródigo, en la gula
Envejecido, amaestró tan sólo
En guisar las criadillas y las setas
Y aderezar con salsa el becahigo.
Aunque al cumplir el niño siete años,
Sin renacer aún todos sus dientes,
Mil austeros maestros le coloques,

Siempre la mesa delicada ansioso
 Deseará, sin sufrir que entre sus manos
 La paterna cocina degenera.
 ¿Enseñará Rutilio, por ventura,
 Animo blando y con las faltas leves
 Benignidad? ¿Podrá mostrar al hijo
 Que igual el cuerpo del esclavo al nuestro
 É iguales son las almas (1), él que goza,
 Duro y cruel, con escuchar el ruido
 Aspero del azote, y no hay sirena
 Que con su canto más le alegre el alma?
 ¡Él, Antífates (2) fiero, Polifemo
 Del aterrado hogar, contento sólo
 Cuando al esclavo que robó un pañuelo,
 La faz con hierro enrojecido marca
 Por mano del verdugo? ¿Qué consejo
 Dará al joven, si toda su delicia
 Está en el estridor de las cadenas,
 En el cerrado ergástulo y la cárcel
 Dó tras lenta labor duermen los siervos?

(1) El original dice:

«..... atque animas servorum et corpora nostra
 Materia constare putat, paribusque elementis.»

Esta y otras notables sentencias que se encuentran sembradas en los versos de Juvenal, indican muy á las claras el saludable influjo que ya ejercían las ideas cristianas aun en las inteligencias sumergidas en las tinieblas del paganismo. Hay distancia inmensa entre esta proclamación de la igualdad nativa del género humano, y la absurda y cruel afirmación de Aristóteles de que unos nacían naturalmente esclavos y otros naturalmente libres.

(2) Rey de los Lestrigones. Tanto éste como Polifemo, según la fábula, se alimentaban de carne humana.

«Visceribus miserorum et su quire vescitur atro.»
 (Æncid., 3.)

¡Cómo pretendes tú que honesta sea
 La hija de Larga, cuando ejemplos tantos
 De liviandad y corrupción vió en ellas
 Siendo, virgen aún, su confidente?
 Natura así lo ordena: nos corrompen
 Los ejemplos domésticos del vicio
 Tanto más pronto, cuanto más respeto
 La grande autoridad del padre impone.

Quizá huye de este ejemplo algún mancebo
 A quien formara con benigna mano,
 De más preciosa arcilla Prometeo (1);
 Pero los más, siguiendo tras las huellas
 Depravadas del padre, son lanzados
 En el camino de la culpa, abierto
 Por él ante sus ojos desde niños.
 Huye, pues, la maldad, siquiera sea
 Porque en ella tus hijos no te imiten.
 Dóciles somos en seguir lo malo,
 En copiar lo que es torpe. Catilinas
 En todos los países, bajo todos
 Los climas hallarás, mas no así Brutos,
 Ni Catones tampoco (2). Nada feo
 En dicho ú obra los dinteles pase
 Do reside la infancia. ¡Lejos, lejos,
 Disolutas mujeres y los cantos

(1) Según la mitología, Prometeo, hijo de uno de los Titanes, formó al hombre de lodo, y trajo también el fuego á la tierra.

(2) Séneca emite una idea análoga: «*Omne tempus Clodius; non omne Catones feret.*» (Ep. CXVII.)

Nocturnos del parásito lascivo!
 Grande respeto se le debe á un niño!
 ¿Estás á punto de pecar? ¡detente,
 Que te mira tu hijo! Su inocencia
 Sirva de freno á tu designio torpe.
 Pero si siendo él hombre cometiese
 Delito digno de censoria pena
 Y semejante á ti, más que en el cuerpo,
 Más que en la faz, se muestra en las costumbres
 Y sobrepuja á tus maldades, ¿cómo
 Corregirlo podrás y castigarlo
 Con iracunda voz, y de tu herencia
 Preterirlo también? ¿Con qué derecho
 Ni autoridad reconvenirle, cuando
 Peor eres que él, siendo ya viejo,
 Y tu vana cabeza necesita
 Ha tiempo de ventosas?

Quando esperas

Huéspedes, á tu casa en movimiento
 Pones:—«Barred el pavimento, gritas
 A los siervos, dejad estas columnas
 Limpias como el cristal; abajo vengan
 Con sus áridas telas las arañas.
 Aquél la plata lave, éste á los vasos
 Cincelados devuelva el primer brillo.»
 Así tu voz furiosa les apremia
 Con la vara en la mano. ¡Miserable!
 ¡Te asusta el que á los ojos de tu amigo
 El excremento de tu perro ofenda
 Al llegar al vestíbulo, ó se enlode
 Al pasar por el pórtico! Un esclavo
 Puede limpiar, empero, esa inmundicia

Con levisimo esfuerzo, y no te cuidas
De que doquier tu hijo santa encuentre,
Libre de mancha y corrupción tu casa.

Bueno es que al pueblo y patria des un hijo
Si digno de ellos ha de ser, si útil
Para labrar el campo, y provechoso
En la paz y en la guerra. Mas conviene
Saber cómo lo educas y lo instruyes.
Mantiene á sus polluelos la cigüeña
Con los lagartos que en el campo caza
Y las culebras. Cuando crecen ellos,
También los mismos animales buscan.
Perros, asnos, cadáveres humanos,
En las cruces pendientes lleva el buitre
Volando, á fin de sustentar su cría,
La cual también con los despojos muertos
Se nutrirá cuando creciendo escoja
Para formar su nido nuevo árbol.
Cabras y liebres en la selva cazan
Las generosas águilas y halcones,
Y en sus nidos la presa depositan,
Poco después, cuando al crecer los pollos
Tienden las alas inexpertas, corren
De hambre hostigados á buscar la presa
Que ya al romper la cáscara gustaron.

Era en Cetronio edificar manía:
En las curvas riberas de Gaeta,
En Tivoli y Preneste montuosas,
Quintas soberbias construyó. La Grecia
Y más remotas tierras le enviaron

Mármol más rico que el que adorna el templo
De Hércules ó Fortuna. Del eunuco
Posidio los palacios eclipsaban
Así también al alto Capitolio.
Disminuyó sus rentas, sus riquezas
Mermó Cetronio con dispendios tales,
Mas no fué tanto que fortuna pingüe
No legara á su hijo. Este, más loco,
La hacienda dispó, nuevos palacios
Con mármoles mejores construyendo.

El que nace de padre temeroso,
Observador del sábado, no adora
Más dios que cielo y nubes; horror tiene
Como á la carne humana, á la del cerdo,
Imitando á su padre, y se sujeta
A la circuncisión. Acostumbrado
La ley romana á despreciar, aprende,
Teme y observa la judaica ley
En libro arcano por Moisés escrito.
Nunca el sendero al caminante muestra
Si no profesa sus creencias, sólo
El manantial señalará al sediento
Si está circuncidado; y aun en esto
Sigue al padre, que el sábado pasaba
Ocioso y sin cuidar de sus asuntos.

De propia voluntad lo imitan todo
Los jóvenes; tan sólo hay una cosa
Que no siguen con gusto: la avaricia;
Con la apariencia de virtud, empero,
Ese vicio les rinde, pues ofrece
En el aire, en la toga, en el semblante,

Aspecto grave, austeridad severa.
Alaban todos cual frugal y parco
Al avariento, y, cierto, de tal modo
Vela por su caudal, que más seguro
No estuviera si fuese custodiado
Por el dragón hesperio ó el del Ponto.
Y éste es mirado por el necio vulgo
Como hombre egregio, de respeto digno
Por su industriosa habilidad. ¡Cuál crece
Su patrimonio con su esfuerzo! Cierto,
Más por todos los medios, y le aumenta,
Siempre en la fragua y en el yunque dando.
Juzga feliz el padre al avariento
Siervo del oro que jamás encuentra
Dicha en el pobre, y aconseja al hijo
Siga esa senda, imite esos ejemplos.

Tiéné el vicio sus reglas. Las enseña
El padre al hijo y á aprender le obliga
Los detalles más torpes. La insaciable
Ansia de atesorar luego le inspira.
Engaña el hambre de los pobres siervos
Con medida falaz, y él mismo muere
También de hambre y ni á comer se atreve
Del negro pan los ya duros mendrugos.
Lo que hoy quedó de la comida guarda
Para mañana; en medio de Septiembre
Las habas dejará para la cena,
Ó medio pez podrido, todo puesto
Con su señal para que nadie hurte;
Hasta los puerros numerados deja.
Convidado á su mesa algún mendigo

De los del puente, á ir se negaría.
Mas, ¿á qué estas riquezas allegadas
Con tan sórdido afán? ¿Mayor locura
Puede haber, frenesí más manifiesto,
Que pasar una vida miserable
Sólo por el placer de morir rico?
Hínchase en tanto su talego, lleno
Rebosa ya, y el ansia del tesoro
Crece á medida que el tesoro crece.
Quien menos tiene, en cambio, es quien desea
Menos también. Ya quieres otras granjas,
Pues una sola á tu ambición es poco,
Y dilatar sus términos. Parece
Que es más grande y mejor la del vecino;
Cómprala, pues, con árboles y monte
Que de olivos en flor lleno blanquea.
Mas si el dueño no vende á precio alguno,
Los magros bueyes, los hambrientos asnos,
De flaco cuello, por la noche mete
A pacer en los campos que verdean
Con las espigas. Ni que á casa tornen
Esperes tú, sin que el barbecho entero
Haya pasado á sus voraces vientres,
Quedando como campo ya segado.
¡A cuántas quejas tales agresiones
Motivo dan, y cuántas heredades
Hizo vender conducta tan inicua!

Mas ¿sabes lo que hablan, los horrores
Que contra ti se cuentan?—«¿Qué me importa?
Dice; la piel de un altramuz prefiero
A que me elogien todos los vecinos,

Mientras cosecho en miserable campo
Unas cuantas espigas. » Ni dolencias
Ni achaques sufrirás, de luto exento
Vivirás, de mortíferos cuidados,
Y vida gozarás larga y dichosa
Si sólo tú posees cuanto el pueblo
Romano araba gobernando Tacio (1).
Dos yugadas de tierra recibía
El soldado, oprimido por los años,
Que en cien combates despreció la muerte,
Ya al sanguinario Pirro, ya la espada
Del moloso ó del púnico arrostrando;
Éste á muchas heridas era el premio,
El precio de su sangre y sus fatigas;
Y al mérito inferior no la juzgaba
Ni era ingrata la patria ante sus ojos.
El pegujal mezquino sostenía
Al padre, á la doméstica caterva,
A la mujer en cinta, á cuatro hijos
Jugando alrededor, nacido el uno
De la esclava, los otros de la esposa;
Cuando del surco ó de la vid volvían
Los hermanos mayores, otra cena
Mejor les esperaba, y grandes ollas
Humeaban entonces entre el ponche:
Hoy campo tal, para jardín apenas
Fuera bastante, y de esto se originan
Los delitos presentes. No hay humana
Pasión que tantas veces el veneno

(1) Dice esto porque en tiempo de Rómulo y Tacio la propiedad del pueblo romano no se extendía más allá del Campo de Marte.

Haya mezclado, tantas el aleve
Asesino puñal haya teñido
En sangre, cual la infame sed de oro,
Y es que el que quiere la riqueza, quiere
Tenerla al punto. Pero ¿qué respeto
A las leyes, qué miedo, qué decoro
Tuvo jamás el codicioso avaro?

—«Vivid, vivid contentos, hijos míos,
Con los caballos y collados nuestros,
Decía otro tiempo el hérnico y el marzo
Ó el anciano vestino; el pan busquemos
Que basta para el mes con el arado.
Es éste grato á los campestres dioses
Por cuyo auxilio y protección pudieron
Cambiar los hombres la bellota dura,
Por el don de la espiga regalada.
Nada prohibido por las leyes hace
Quien no desdenea la grosera abarca
Para abrigar sus pies contra la nieve,
Y el euro arrostra sin temor, forrado
Con invertidas pieles. Fué extranjera
Púrpura (1), entre nosotros ignorada,
La que en toda maldad, todo delito,
Lanzó á los hombres.» Estos los consejos
Eran de los antiguos á sus hijos.
Otra cosa es ahora. A media noche,
Pasado otoño ya, despierta á voces

(1) Quiere decir que en los primeros tiempos de Roma era desconocido el lujo, y que la molicie que vino después, por efecto de la comunicación con los asiáticos, fué la causa de los crímenes y la corrupción de costumbres.

El padre al hijo del profundo sueño.
 —«Toma las tablas, grita; escribe, vela,
 Prepara la demanda, lee cien veces
 Nuestras antiguas leyes, y la vara
 Pide del centurión en un libelo,
 Pero cuida que Lelio tu cabeza
 No encuentre desgrefñada, las narices
 Llenas de vello y tus espaldas llenas.
 Corre, y del Moro la cabaña arruina,
 Ó los castillos del Bretón asalta,
 Y así podrás, sexagenario un día,
 El águila llevar que te asegure
 Cuantiosas rentas; mas si no te agradan
 Las guerreras fatigas, si tu vientre
 Desatan con el miedo los clamores
 De las bélicas trompas y clarines,
 Métete á mercader, vende en el doble
 Tus géneros, ni trates en aquellos
 Que hay que llevar al lado allá del Tíber (1);
 Curtidos ó perfumes, da lo mismo,
 Lo que importa es el lucro, y éste siempre,
 Salga de donde salga, huele á rosas (2);
 Siempre en tus labios la sentencia suene
 Digna de Jove, de los dioses digna,
 Que el poeta escribió: «*Nadie pregunta*

(1) Se refiere á las industrias que debían practicarse en las afueras ó barrios extremos de la ciudad, por ser nocivas á la salud ó desagradables á causa de los malos olores.

(2) Parece aludir á la siguiente anécdota que cuenta Suetonio de Vespasiano: «*Reprehensus a Tito filio quod urina vestigalia commentus esset, pecuniam ex prima pensione ejus narius admovit, querens num quid odore offenderet. Illo negante: atqui, inquit, e lotio est.*»

»*Cómo eres rico; lo que importa es serlo*» (1).
 Esto la vieja al nietezuelo dice
 Si le pide dinero, y esto aprende
 Antes que el alfabeto la muchacha.

Al que tales consejos da á sus hijos,
 De buen grado dijérale: ¡Insensato!
 ¿Por qué esa prisa, di? Pronto al maestro
 Superará el alumno, no te inquietes.
 Cual fué vencido Telamón por Ajax,
 Por Aquiles Peleo, serás vencido.
 Respeta su niñez; aun no le tiene
 La natural malicia corrompido;
 Cuando ya barbas peine y la navaja
 Pruebe el rostro, será testigo falso,
 Será perjuro por exigua suma,
 El pie besando y el altar de Ceres.
 ¡Ay de la nuera si el dintel traspasa
 Con mortífera dote! ¡Cuán terribles,
 Durante el sueño, su garganta oprimen
 Los dedos del marido! Lo que juzgas
 Tú que ganarse puede recorriendo
 Tierras y mares, con tan breve medio
 Lo adquiere él. Porque ningún trabajo
 Cuesta el crimen mayor.—«Pero yo nunca
 Le aconsejé ó mandé maldades tales
 Dirás un día.» Sí, pero el origen
 Del mal, su causa, se halla en tus lecciones.
 Quien encendió en amor á las riquezas

(1) «*Unde habeas querit nemo; sed oportet habere.*»
 (Verso de Lucilio.)

Y con malos consejos hizo avaros
 Y permitió á sus hijos todo fraude
 Por aumentar el patrimonio, ése
 Las riendas suelta y el caballo deja
 A su antojo correr; al cual si trata
 Luego de contener, no le obedece;
 Mas sin hacerte caso, traspasando
 La meta, á ti y al carro en pos arrastra,
 Pues él no piensa que delinque haciendo
 Aquello que tú mismo le consientes;
 Y más se afirma el joven cuando dices
 Que el que da á sus amigos es un necio,
 Y necio el que socorre al deudo pobre.

Así le enseñas á robar; con todo
 Crimen y fraude á acumular riquezas,
 Y amar á éstas más que á Roma amaron
 Los Decios, mucho más que Meneceo (1),
 Si los Griegos no mienten, amó á Tebas,
 Cuyo campo nacer vió las legiones
 Armadas con escudos de los dientes
 Del dragón (2), y empeñaron lid horrible
 Cual si trompa marcial los convocara.
 Verás el fuego, pues, que tú encendiste,
 Cundir con furia, devorarlo todo;

(1) Hijo de Creonte. Sitiada Tebas por los argivos, manifestó el oráculo que se salvaría la ciudad si voluntariamente se diese la muerte el último de la familia de Cadmo; lo cual oído por Meneceo, se atravesó con la espada. Todo esto no debió merecer entero crédito al poeta, puesto que dice: *si Græcia vera.*)

(2) Habiendo Cadmo dado muerte á un dragón, esparció los dientes de éste por el suelo, brotando entonces de ellos soldados armados, que peleando se dieron mutuamente la muerte.

Ni á ti, infeliz, perdonará. Rugiendo
Feroz, también arrastrará á su cueva
A su maestro, de pavor transido,
Ese león por él alimentado.

Notorio es al astrólogo tu sino,
Pero es duro esperar la tarda hora
Señalada por él: morirás antes
Que sea el estambre por las Parcas roto.
Ya le sirves de estorbo; á sus deseos
Obstáculo ya eres, ya molesta
Al joven esa senectud más larga
Que la que alcanza el ciervo. Corre pronto,
Busca al médico Archígenes, y compra
Mitridático antídoto (1) si quieres
Saborear los higos, ó las rosas
Oler en la cercana primavera.
Preciso es un antídoto á los padres
Para antes de comer, cual á los reyes.

Mira ahora el espectáculo curioso
Al cual ningún teatro, ni las fiestas
Que en el circo nos dan ricos pretores,
Son comparables; mira los peligros
Que corre la cabeza del avaro
Sólo por dar á su caudal aumento;
Mira el dinero que apiló en el arca
Hecha de bronce, que conduce al templo

(1) Plinio indica las sustancias de que se componía este famoso contraveneno, cuya receta halló Pompeyo entre los papeles de Mitridates.

Para entregarla á Cástor (1) vigilante,
 Desde que Marte el vengador perdiera,
 Sin saberlo guardar, hasta su casco.
 Deja, pues, deja los florales juegos
 Y los de Ceres y Cibeles misma.
 Más que esos juegos interés despiertan
 Estas escenas de la vida humana.
 ¿Es, por ventura, superior deleite
 Ver en la cuerda al volteador payaso
 Diestro saltar ó descender ligero,
 Que verte á ti, que en la cretense nave
 Morada tienes, arrostrando siempre
 Al coso fiero, al austro-impetuoso,
 Misero y vil expendedor de drogas,
 Tú que traficas con el denso vino
 Que dan los campos de la antigua Creta,
 Y de Júpiter son compatriotas? (2).

Pero si el pobre volatín voltea
 En la floja maroma con su planta,
 Es por vivir, por precaver el hambre
 Con el dinero que le dan, y el frío.
 Tú por ganar millares de talentos

(1) En el Foro llamado de Augusto se hallaba el templo de *Marte vengador* (*Mars ultor*), construido por aquél después de la batalla de Accium. En él se conservaban las arcas de los ricos; pero habiendo tenido lugar un robo, fueron trasladadas dichas arcas al templo de Cástor.

(2) Júpiter era hijo, según la mitología, de Rhea y de Saturno, el cual, cumpliendo un pacto hecho con sus hermanos los Titanes, devoraba á sus hijos á medida que nacían. Rhea pudo librar á Júpiter de la muerte ocultándole en la isla de Creta, de donde salió más tarde para vencer á los Titanes y destronar á Saturno.

Y granjas ciento, temerario afrontas
 Todos los riesgos. Mira al puerto, mira
 De grandes buques á la mar cuajada,
 Más hombres hay ya en ella que en la tierra;
 Irá la flota á dondequier la llame
 La esperanza del lucro, y no las ondas
 Bástanle de Carpacia y de Getulia,
 Sino dejando atrás el alto Calpe,
 En el estrecho hercúleo oirá el ruido
 Que hace el carro del sol al ocultarse (1).
 Y el grande premio de tan ruda empresa
 Es tan sólo volver, llena la bolsa,
 A la patria, orgullosos de haber visto
 Del Océano los monstruos y tritones.

No á todos nos agita igual manía:
 Éste en el rostro de su hermano cree
 El de las furias (2) ver lleno de espanto,
 Y en sus manos la tea; el otro piensa
 Que al dar el golpe en la cerviz del buey,
 Agamemnón (3) ó el Itaco gimieron.
 Mas aunque capa y túnica no rasgue
 El codicioso que su nave llena

(1) Decían los antiguos que el sol, al ocultarse en las orillas del Océano, producía en las aguas un gran ruido, como si aquellas hirviesen infladas por su calor.

(2) Alude á la fábula de Orestes, que era custodiado en su locura por Electra su hermana, y al verla juzgaba que era una furia que le seguía.

(3) Ajax, en el juicio de las armas de Aquiles, emitido por Ulises, se enfureció contra éste y Agamemnón, porque los creía envidiosos de su valor, y en medio de su furia rasgaba sus ropas y daba muerte á los ganados, etc. Por eso añade el poeta:

Parcat tunicis licet atque lacernis.

Hasta el borde con tantas mercancías
 Y del mar sólo dista en una tabla,
 Curador necesita como el loco,
 Pues afronta estos males y peligros
 Sólo por agenciar unas monedas.
 Se alzan las nubes ocultando el cielo,
 Veloz el rayo por los aires cruza.
 —«No es nada, grita el mercader de trigo
 Y de pimientos; desatad los cab'es,
 Ningún peligro anuncia el horizonte,
 Ninguno anuncian las negruzcas bandas,
 Es una breve tempestad de estio.»
 ¡Miseró! Acaso encuentres esta noche
 La muerte, y hecho tu bajel pedazos,
 Flotando irás entre furiosas olas,
 Aun con dientes y mano sosteniendo
 La bolsa amada, para no perderla.
 Y aquel cuya codicia no encontraba
 Bastante oro en el Tajo, en las arenas
 Del Pactolo opulento, ahora le basta
 Ropa andrajosa, que ni apenas sirve
 Para cubrirle las heladas carnes,
 Y grosero manjar mientras mendiga
 De puerta en puerta, presentando á todos
 En la pintada tabla su naufragio.
 Así con tantos riesgos las riquezas
 Son adquiridas, y mayor cuidado,
 Miedo mayor el conservarlas trae.

¡Cuántos afanes por guardar la hacienda!
 —«Velad de noche, preparad el agua»,
 Ordena á la cohorte de sus siervos,

Por si ocurriere algún incendio, el rico
Licinio, temeroso por sus vasos
De ámbar precioso, sus ebúrneas mesas
Filigranadas, sus columnas frías;
Mas no el tonel del cínico desnudo
Al fuego teme, y si se rompe hoy,
Otro tendrá mañana, ó la rotura
Reparará con lámina de plomo.
En morada tan vil halló Alejandro
Al insigne filósofo, y al punto
Se vió más infeliz, pues éste nada
Deseaba; mas él, la tierra entera
Ansiando subyugar, riesgos corría
A sus grandes empresas sólo iguales.

¿Qué puedes, ¡oh Fortuna! si gobierna
La razón nuestros actos? Te hemos hecho
Diosa nosotros. Si quisiere alguno
Saber ahora qué es lo que yo estimo
Preciso, lo diré: cuanto es bastante
Para librarnos de hambre, sed y frío;
Cuanto á Epicuro en su pequeño huerto
Fué suficiente, y en su casa antes
A Sócrates bastó. Naturaleza
Nunca enseñó otra cosa, razón nunca.
¿Tan austeros ejemplos te parecen
Estrechos? Bien; pues mezcla alguna cosa
De nuestros usos; fórmate una renta
Igual á la que Otón honró en su ley,
Con un asiento en las catorce gradas.
Si esto repugnas y las cejas frunces,
Y el labio mueves con desdén, duplica

Esa renta, triplicala. ¿No basta?
¿Quieres más? Pues entonces, ni de Creso
El oro, ni los pérsicos dominios,
Ni de Narciso (1) mismo la riqueza,
A cuyo imperio Claudio, siempre dócil,
Hasta el matar su esposa decretara,
Calmar pudieran tu voraz codicia.

(1) Liberto y favorito de Claudio. (Véase la nota acerca de Mesalina, estampada en la sátira octava.)

SÁTIRA DÉCIMAQUINTA.

EL FANATISMO EGIPCIO.

ARGUMENTO.—El objeto de esta sátira es describir un sangriento rasgo del fanatismo religioso de los egipcios. Dos pueblos, enemigos por causa de los diversos dioses que adoraban, sostienen entre sí una contienda, y habiendo caído al suelo uno de los combatientes, se apoderan de él los enemigos y lo devoran. El hecho debió verificarse reinando Adriano.

¿Quién ¡oh Volusio! ignora
Los monstruos mil que el loco Egipto adora?
A un cocodrilo aquí cultos ofrecen;
Allí, ante Ibis, de serpientes harta,
De miedo se estremecen (1);
Las efigies doradas resplandecen
De los sagrados monos, allí en donde
La rota estatua de Memnón despide
Mágico son, y entre ruínas yertas

(1) La idolatría egipcia rendía culto á todos los animales que proporcionaban alguna utilidad al hombre. Este fué, según Cicerón, el motivo que dió origen á semejante culto. Así la Ibis recibía adoración porque daba muerte á las serpientes. El culto de este ave, así como el del buey, el perro y el gavián, eran los más generales en todo Egipto. También la oveja era adorada por los scitas y tebanos; el lobo en Licópolis, el mono en Hermópolis. En Anubis era adorado un hombre, según Porfirio. Herodoto dice que esta diversidad de dioses engendraba odios vivísimos entre los pueblos vecinos.

Tebas vetusta su esplendor esconde
Sepultada debajo de sus puertas.

Allí peces de mar, aquí de río,
Más allá una ciudad adorá á un perro,
Nadie á Diana (1). Es sacrilegio impío
El diente hincar á una cebolla ó un puerro.
¡Oh santa gente á la que dioses tales
Sus huertos dan! Lanudos animales
Ninguna mesa admite,
Y es matar á un cabrito culpa horrenda.
¡Sólo la carne humana se permite!

Diz que Ulises maldad tan estupenda
Contó en la mesa de Alcinoos. Quién risa,
Quién cólera sintió con su relato,
Cual si impostor osado le creyera.
«¡No hay quien arroje al mar á este hombre, digno
De la cruel Caribdis verdadera,
Pues su labio maligno
Engañarnos pretende con ficciones
De cíclopes y atroces lestrigones?
Antes creeré en Scila, en las cianeas
Móviles piedras (2) que á chocarse corren,
En los odres henchidos (3)

(1) Que era la diosa de los cazadores y, por lo tanto, de los animales de caza, como los perros. Según Herodoto, tenía un templo en Bubasti.

(2) Escollos de la isla de Cyana, que parecen moverse á causa del violento oleaje. Son llamados también *Simplegades*.

(3) Dijo Ulises en la mesa de Alcinoos que de Eolo había recibido odres llenos de viento para llegar más pronto á Itaca, y abiertos por sus compañeros mientras él dormía, excitaron horrible tempestad.

De tempestades, y en la tenue vara
 Con que viéronse, al ser por Circe heridos;
 Elpenor (1) y los suyos, en piara
 De gruñidores cerdos convertidos.
 ¿Tan falto de mollera
 Éste al feacio pueblo considera?»

Así, no sin razón, hablaba alguno
 Que ebrio no estaba, ni libado había
 Corcirio vino aun en demasía,
 Pues testigo ninguno
 La narración de Ulises sostenía.

Caso raro también, mas acaecido
 Ha poco, cuando Junio (2) cónsul era,
 Voy á contar; delito cometido
 De la cálida Coptos junto al muro
 Por el vulgo, y más grave
 Que los que todas las tragedias cuentan.
 Regístralas; jamás á un pueblo entero
 Con coturno los trágicos presentan,
 Desde Pyrra á nosotros. Oye el caso
 Con el que un pueblo diera en la edad nuestra
 De atroz ferocidad horrible muestra.

Rivalidad antigua, odio implacable,
 Vieja herida incurable,

(1) Elpenor, compañero de Ulises. El sentido es: «Antes creeré todas estas cosas, que admitir que haya hombres que devoren á otros hombres.»

(2) Este fué, según unos, Q. Junio Rustico, cónsul el año III de Adriano, y según otros, Junio Sabino, que lo fué en tiempo de Domiciano.

Entre dos pueblos, Coptos y Tentira (1),
 Que limitrofes son, arde, y parece
 La causa ser de esta enconada ira,
 Que cada pueblo al numen aborrece
 De su vecino, y juzga que el que adora,
 Tan sólo culto como Dios merece.

Celebraba Tentira fiesta un día,
 Y los jefes de Coptos idearon
 Ser esta la ocasión, este el momento
 De turbar su alegría
 Y el placer del banquete suculento
 Sorprendiéndolos, ya desprevenidos,
 Cuando en las mesas, junto al templo puestas
 Y en las plazas, se daban á sus fiestas
 En los insomnes lechos, donde pasan
 Días y noches seguidos,
 Y aun el séptimo sol los ve tendidos.

Salvaje es ciertamente
 Esta parte de Egipto, mas no cede
 Al famoso Canopo (2) en la molicie.
 Además, contra aquel que apenas puede

(1) No dejan de ofrecer duda los nombres de los lugares que cita aquí Juvenal, pues habla de dos pueblos vecinos (finitimos), y entre Tentira y *Ombos* (que es la población sobre la cual recae la duda) median más de 30 leguas. Por esto unos leen *Ombos* y otros *Coptos*. Esta última variante parece muy verosímil, y más si se tiene en cuenta el verso

Gesta super calida referemus maenia Copti.

El *super* parece significar aquí *cerca de*, en las *cercanías* de Coptos.

(2) Hoy Abukir. Era célebre por su corrupción. Cítala también Juvenal en la sátira sexta.

De pie tenerse por estar beodo,
Fácil el triunfo es. Por una parte
Vieras á los tentirios
De etiope tañedor danzando en torno;
Guirnaldas en las sienes
Llevan y flores, por mayor adorno:
Ayuno al odio de otro lado tienes.

A provocarse empiezan, encendidos
Los ánimos, y estalla
La lucha al fin. Después ambos partidos
Entran en la batalla
Con iguales clamores;
De armas les sirven las desnudas manos,
Y por doquier ya sólo ves horrores.
Ni rostros quedan sanos,
Ni intacta una nariz; sólo reparas
Frentes deshechas, incompletas caras,
Cráneos abiertos y los puños rojos,
Tintos en sangre de vaciados ojos.
Mas juego hazañas tales les parecen
Batallas infantiles
Puesto que aún cadáveres no huellan.
Y, cierto, ¿á qué combaten tantos miles,
Si con la muerte su furor no sellan?
Crece el ímpetu, pues, y ya inclinados
Al suelo, arrojan piedras,
Dardos en toda sedición usados.
No cual las que con fuerzas gigantes
Lanzaban Turno y Ayax vigoroso,
Ni aquella enorme con que hirió furioso
Tydides en el muslo al fuerte Eneas,

Sino propias de aquestos decaídos
Brazos de nuestra edad, y tan diversos
De aquellos héroes, por doquier temidos.
Ya de Homero en la edad degeneraba
Su raza; mas ahora hombres perversos
Y sin vigor sobre la tierra crecen,
Y al contemplarlos los excelsos dioses,
Con desprecio los miran y aborrecen.

Pero vuelvo á mi historia :

Cuando refuerzo á los tentirios vino,
La espada toman, la homicida flecha,
Y renuevan la lid. Ya la victoria
Es suya, y á deshecha
Fuga se entregan los contrarios. Corren
Ellos en pos. Por el espanto yerto,
Un desdichado se atropella y cae;
Cógenlo; en mil pedazos lo dividen,
Porque al hambre de todos baste un muerto,
Y sus huesos royendo, le devora
La turba vencedora.
Y ni el cocerlo ni el asarlo intenta,
Pues esperar á que la hoguera arda
Es mucho á su impaciencia, que no aguarda,
Y con crudo cadáver se contenta.

Más vale así, pues este vil empleo
No violó el fuego al cielo arrebatado,
Y que donó á la tierra Prometeo.
¡Oh elemento sagrado!
Mis plácemes recibe, y tú, Volusio,
Alégrate conmigo.

Mas quien comió el cadáver enemigo,
 Lo halló como ninguno; y no se inquiera,
 No se dude siquiera
 En tal ferocidad, si fué sabroso
 Al que comió primero; porque cuando
 Ya todo el cuerpo consumido estaba,
 Uno, que llegó el último, pasando
 Dos dedos por la tierra humedecida,
 La poca sangre que alcanzó chupaba.

Cuentan que así su vida
 Con tal manjar los vascos (1) prolongaron.
 Mas fué diverso el caso; allí abandono
 De la Fortuna, extremos
 De guerra, hambre y asedio se juntaron.
 Mirar tal caso con piedad debemos.

Todas las hierbas ya, los animales
 Todos, cuanto aplacar algo podía
 Aquella hambre rabiosa, consumieron.
 El enemigo mismo se sentía
 Movido á compasión cuando los vía
 En secos esqueletos transformados,
 Y sólo entonces con humanos restos
 Acallaron el hambre,
 Su propia carne á devorar dispuestos.

¿Qué dios, qué hombre no les perdonara
 En tan ásperas penas y crueles?

(1) Créese que alude al sitio de Calagurris por Pompeyo y Metelo. Sus habitantes, faltos ya de todo alimento, pero inquebrantables en su constancia, se sustentaron con las carnes de sus mujeres é hijos por conservar fuerzas para defender la ciudad. De este hecho surgió la frase proverbial *fames calagurritana*.

Ni aun los manes de aquellos,
 Cuyo cuerpo comían, les condenaran.
 Más humanos, más bellos
 Son los preceptos de Zenón, que veda
 Ciertos medios usar, aunque con ellos
 La misma vida rescatarse pueda.
 Mas un cántabro estoico, ¿quién vió nunca,
 Y más en la remota
 Época de Metelo? Ya ilumina
 La cultura ateniense y la latina
 Al orbe; ya al causídico Britano
 Enseña el Galo, en la elocuencia diestro,
 Y hasta de Tule (1) en el país lejano
 Diz que buscan retórico maestro.

Pueblo de tan indómita entereza
 Y el que en lealtad le iguala y fortaleza
 Y en la ruina es mayor, triste Sagunto,
 Dignos de excusa son. Mas ¿quién excusa
 Al Egipcio liviano,
 Más que Diana táurica (2) inhumano?

Cierta; aquélla, inventora
 De un sacrificio bárbaro y nefando
 (Si á los poetas fe damos ahora),
 Se aplacaba á los hombres inmolando.
 A la cuchilla impía

(1) Con este nombre designaban los romanos las regiones septentrionales de Europa.

(2) El original dice: «*Mæotide sævior ara.*» Alude al templo de Diana táurica, en la laguna Meotide, en cuyas aras eran inmolados los infelices que arribaban á aquellas inhospitalarias playas.

Y á nada más (1) la víctima temía.
Mas ¿hubo algún motivo que impulsara
A estos monstruos al crimen? ¿Fué la dura
Hambre ó terrible asedio? ¿Por ventura
Mayor maldad hicieran si negara
Nilo sus aguas á la seca Menfis?
¿La crueldad que no osara
Nunca el Cirabrio terrible ó el Britano,
Ó el Escita inhumano,
Ó el Sármeta feroz, usa un cobarde
Pueblo vil, á bogar acostumbrado
Con breve remo en pobre barquichuelo
De arcilla y con pinturas decorado?
¿Pena hallarás para delito tanto?
¿Suplicio digno de estos criminales,
A quienes ira y hambre son iguales?

Blando pecho nos dió, pues nos dió el llanto,
Naturaleza, y su mejor presente
Para nosotros es. Mándanos ella
Compadecer al olvidado amigo
Que pálido y medroso del castigo
Se defiende ante el juez; al inocente
Joven que á juicio llama
Al tutor, y sus bienes le reclama,
Y cuya faz, de lágrimas cubierta,
Y larga cabellera, al alma incierta
Sobre su sexo dejan; naturales
Impulsos mandan que también lloremos

(1) Es decir, sólo temía la muerte, pero no el ser devorado después.

Si tal vez pasar vemos
 De virgen, núbil ya, los funerales,
 Ó al niño, tierno aún para la pira (1),
 La tierra acoge; porque ¿quién que sea
 Honrado y digno de la arcana tea,
 Cual debe serlo el que á tomar aspira
 En los misterios eleusinos parte,
 El mal ajeno indiferente mira?
 Esto separa al bruto y al humano.
 Ingenio peregrino
 Díónos por eso la creadora mano,
 Capaz de lo divino
 Y apto para las artes; fué del cielo
 De do tan alto privilegio vino,
 Vedado al bruto, que la vista al suelo
 Lleva inclinada. El Creador del mundo
 Dió en el principio al animal la vida
 Y al hombre el alma racional (2); es ella
 La que al auxilio mutuo nos convida;
 Ella en un pueblo congregó á los hombres,
 Dispersos antes, y dejar les hizo
 Las selvas seculares
 Y los vetustos bosques, que ofrecieron

(1) Los cadáveres de los niños de corta edad eran sepultados y no quemados, como se hacía con los demás. Plinio dice que se consideraba como impiedad *(homines, quibus nondum dentes enati cremare.)* (*Nat. Hist.*, l. 7.)

(2) El original dice:

*«..... mundi
 Principio indulisit communis conditor illis
 Tantum animas, nobis animum quoque.»*

Por *animas* entiende el principio en virtud del cual vivimos y sentimos; por *animum*, aquel por el que entendemos y sabemos (alma racional).

A sus mayores miseros hogares,
Y por ella se unieron
A los lares ajenos nuestros lares,
Porque tranquilo sueño á todos diera
La confianza en el dintel cercano.
Ella las armas puso en nuestra mano
Para auxiliar en la contienda fiera
Al débil ó al herido ciudadano,
Para correr bajo común bandera
A combatir, y tras los mismos muros
Defenderse, y con una misma llave,
Tras la puerta común, vivir seguros.

Mas ya entre las serpientes
La concordia es mayor. La fiera sabe
No dañar á su igual. ¿Cuándo el más fuerte
León, al que es más débil dió la muerte?
¿Qué bosque viera al jabalí expirante
De otro más grande herido? En paz constante
Con el tigre furioso
El tigre vive en el hircano suelo,
Y con el oso en paz habita el oso.
Mas no al hombre bastante
Fué forjar el mortífero cuchillo
En el nefando yunque, arte ignorado
Del primitivo herrero, que el zarcillo
Sólo labraba y hoz, rastro y arado.
Ya muchos con matar no se contentan;
Quieren más, y con brazos y con pechos
Y con humanas caras se alimentan.
Si tan horribles hechos
Pitágoras mirase, ¿qué dijera?

¿A dónde no se huyera
Él, que observando rígidas costumbres,
De carne de animales se abstenía (1)
Cual de la carne humana, y ni aun quería
Comer tampoco todas las legumbres?

(1) El fundamento de esta prohibición de Pitágoras era harto ridículo, porque nacía de su creencia en la metempsicosis. Absteníase, pues, de la carne de los animales, porque suponía que las almas de los hombres iban á parar al cuerpo de aquéllos.

SÁTIRA DÉCIMASEXTA.

PRERROGATIVAS DE LA MILICIA.

ARGUMENTO.—El objeto de esta sátira (que no ha llegado completa hasta nosotros) es describir las ventajas y privilegios de la vida militar. Fundándose en la evidente inferioridad de ella, comparada con las otras de Juvenal, muchos comentadores niegan su autenticidad, considerándola obra de un mal imitador. Mas si se tiene en cuenta que está sin concluir, pues acaso su autor fué sorprendido por la muerte antes de corregirla y terminarla, y que su estilo, aun que falto del vigor, elegancia y gracia que son característicos de Juvenal, no difiere del de las demás sátiras en los giros y manera especial del poeta, puede admitirse sin dificultad que pertenece también á éste, aunque sea la más imperfecta de todas.

¡Quién, Galo, puede numerar los fueros
De la feliz milicia, si se entra
Con prósperos auspicios? Poco importa
Ser tímido, inexperto; pues más vale
Hallar benigno al hado, que el que Marte
Ó Venus nos protejan, ó la sacra
Madre (1) á quien Samos férvida venera.

(1) Juno, esposa de Júpiter y madre de Marte, había nacido en Samos, donde tenía un templo que gozaba del derecho de asilo.

Los privilegios examina antes
Que á todos son comunes, y por cierto
No es el menor que no haya ciudadano
Que ose á un soldado golpear; y en cambio
Si él es el golpeado, disimula
Sin que á mostrar ante el pretor se atreva
Los rotos dientes, la mejilla hinchada
Negra ya por los golpes, y los ojos
De cuya cura el médico no fia.
Si perseguir al agresor pretendes,
Bardáico juez (1), con cáliga y con casco,
En alto asiento tu querella escucha,
Según lo mandan las antiguas leyes
Dictadas por Camilo (2), que prohíbe
Fuera del campo, lejos de las huestes,
Litigar al soldado.—Es razonable
Que el centurión á los soldados juzgue,
Y no por eso faltará el castigo
Si es justa la querella que sostengo.
—Sí, pero sublevada la cohorte
Y los soldados todos, será inútil
La acusación. Pues ¿cómo te expondrías
Á venganza más fiera que la injuria?
Como Vagelo el mutinense, loco
Fueras en ofender cáligas tantas
Y tantos clavos, cuando sólo tienes
Dos desnudas rodillas. ¿Y hay alguno,

(1) Es decir, un juez militar. Los soldados solían cubrirse en el invierno con el manto bardaico, llamado así de los bardes, pueblo de la Iliria.

(2) Una ordenanza de Camilo prohibía á los soldados litigar sus derechos fuera del campamento, á fin de que esto no les impidiese cumplir sus deberes militares.

Si Pilades (1) no es, que desde Roma
 Para prestar su testimonio vaya,
 Y ose salvar del campo las trincheras?
 Seca tu llanto, créeme, y no al amigo
 Pidas lo que á negarte con excusas
 Dispuesto está.—«Presenta los testigos»,
 El juez dirá. Mas ¿quién será el osado
 Que diga: «He visto», aunque la ofensa viera?
 Si alguien lo hiciere, digno es de la barba
 Y de la larga cabellera digno,
 Que usaron nuestros ínclitos mayores.
 Más fácil es traer falso testigo
 Contra un togado, que uno verdadero
 Contra el honor y bienes de un soldado.

Nota otros premios, otros privilegios
 Del militar. Si gentilicia hacienda,
 Algún avaro se apropió, ó el campo
 Me arrebató el vecino, levantando
 La obscura piedra que el líndero indica,
 Y á la que llevo mi anual ofrenda (2),
 Según es uso; si el deudor se niega
 A devolver la cantidad prestada,
 Como falso el quirógrafo tachando,
 Un año hay que esperar mientras el turno

(1) El sentido es: «¿Quién hay, á no ser tan fiel amigo, como Pilades lo fué de Orestes, que ose arrostrar el riesgo de ir é declarar en tu favor al campamento?»

(2) Los límites de las heredades estaban consagrados á Júpiter Terminal, y todos los años ofrecíanse á éste sacrificios. Considerábase como un crimen el borrar esos linderos, removiendo las piedras ó mojones.